

**Paul Rassinier**

**La Operación "Vicario"**

(1966)

AAARGH

Título de la obra original: L'OPÉRATION "VICAIRE', Versión española de Jose M.a AROCA, Ediciones Acervo, Apartado 5319, Barcelona.

Primera edición: marzo 1966. Depósito Legal. B. 10.344-1966; N.O Registro: 686-66.

Este texto ha sido presentado en Internet por la secretaría internacional de la Asociación de Antiguos Aficionados a los Relatos de Guerra y Holocausto en 2000, con fines puramente educativos, para alentar la investigación, sobre una base no comercial y para una utilización razonable. La dirección de la secretaría es <[aaargh@abbc.com](mailto:aaargh@abbc.com)>. La dirección postal : PO Box 81475, Chicago, IL 60681-0475, EE.UU.

Aconsejamos a los lectores que procuren conseguir el documento original en la editorial correspondiente. Contemplamos la presentación de un texto en el Web como un gesto equivalente al de colocar el documento en la estantería de una biblioteca pública, lo cual nos cuesta algún dinero y bastante esfuerzo.

Pensamos que quien aprovecha este servicio es el que viene a leer por voluntad propia, y suponemos que este lector es capaz de pensar por sí mismo. Un lector que busca un documento en el Web siempre lo hace por su cuenta y riesgo.

+++++

ARTICULO 19 <Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.>

**Declaracion universal de los derechos humanos**, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 en París

# INDICE

## CAPITULO PRIMERO

Variaciones sobre un falso problema .

## CAPITULO II

El verdadero problema

## CAPITULO III

El mecanismo político de la operación

Post-Scriptium .

## APENDICES DOCUMENTALES

Apéndice I: Lo que se opinaba generalmente de Pío XII hasta M. Rolf Hochhuth .

Apéndice II: Pío XII por sí mismo

Apéndice III: Los principales argumentos de los defensores de Pío XII

Apéndice IV: El Cardenal Merry del Val y la Primera Guerra Mundial

Apéndice V: El problema de las reparaciones debidas por Alemania.

La iniquidad del ataque contra Pío XII mediante la representación de la obra teatral "El Vicario" ha motivado que una persona no creyente, como es Paul Rassinier, luchador infatigable por la verdad, salga en defensa del Pontífice que no puede replicar por sí mismo porque pasó ya a otra vida, por cierto hace bien poco. La gravedad de la maniobra es evidente, pues desprestigiando a Pío XII se quiere descalificar todo un período de actuación de la Iglesia y, además, porque, aunque parezca inconcebible, *El Vicario* tuvo acogida favorable en muchos ambientes, e incluso entre algunos sacerdotes católicos.

Nada parece más indicado para presentar la obra que la reproducción de la siguiente carta, dirigida al autor por el superior del "Opus Cenaculi":

Roma, 24 de octubre de 1965.

Muy señor mío:

Acabo de terminar la lectura de su libro: El papel de Pío XII ante la Historia... y esa lectura me ha impresionado.

Conoce usted la parábola del Buen Samaritano, del Evangelio según San Lucas. Un hombre baja de Jerusalén a Jericó; cae en manos de unos bandidos, los cuales le roban, le muelen a golpes y le dejan medio muerto... Un sacerdote baja por el mismo camino, ve al desdichado... y pasa de largo. Pasa un levita, que se detiene un instante junto a la víctima... Y continúa su camino. Llega finalmente un samaritano (los cismáticos y ateos de aquella época), el cual, al ver a aquel hombre en aquel estado desesperado se conmueve. Se acerca, vendar sus heridas, vierte en ellas aceite y vino, lo sube a su montura, le lleva a una posada y cuida de él...

Ateo y librepensador, es usted a mis ojos el Buen Samaritano. Es usted, y lo será por mucho tiempo, el reproche viviente para todos esos sacerdotes y todos esos levitas que, al igual que Pilato, se lavan las manos delante de esa criminal operación, y con su silencio y su cobardía se hacen cómplices, ante la historia, de los que, no pudiendo matar a Pío XII, quieren matar su memoria.

Pero Pío XII habita en unas alturas inaccesibles. Aquel genio, adornado con la santidad, continuará siendo el Papa más grande de este siglo. Para mí fue un verdadero Padre, y conservo en mi corazón la admiración más absoluta y el amor más filial hacia él.

Caballero, que Dios le bendiga.

Con todo el fervor de mi alma le doy las gracias, en nombre de todos aquellos que, fieles a la incorruptible memoria de Eugenio Pacelli, no poseen la cultura histórica de usted, ni su talento literario, ni tal vez (lo digo ruborizándome), su valentía tan admirable como indomable.

A estos vivos sentimientos de gratitud me atrevo a añadir un deseo, el de encontrarme con usted en el curso de alguna de mis visitas a París, para reiterarle de viva voz mi emocionada gratitud.

Le ruego que acepte la seguridad de mis respetuosos y agradecidos sentimientos.

Firmado: Monseñor Georges Roche

Superior General del "Opus cenaculi"

[11]

## CAPITULO PRIMERO VARIACIONES SOBRE UN FALSO PROBLEMA

### *I. El Acta de Acusación*

"Informado por el oficial de las SS Gerstein de las condiciones en que eran exterminados los deportados judíos en el campo de concentración de Auschwitz, en la Polonia ocupada por el Reich alemán, el joven jesuita Riccardo Fontana implora a Pío XII, Papa reinante en 1943, que asuma la defensa de los judíos perseguidos, que pronuncie una condena explícita y formal. Alegando su misión de paternidad total, recordando los propósitos compasivos que le animan, el Papa no pronuncia las palabras concretas que espera Riccardo, y éste se une a un grupo de judíos romanos detenidos *bajo las ventanas del Papa*. Es deportado con ellos a Auschwitz y enviado a la cámara de gas, *pobre sacerdote que, en rigor, será el Vicario de Cristo, allá donde el Papa tendría que estar hoy*" (1).

Sobre ese hecho, dado por confirmado históricamente, un joven protestante alemán, Rolf Hochhuth, hasta entonces desconocido, montó una obra teatral: *El Vicario*. En ella nos presenta a un Papa pronazi, completamente cegado por la idea de que, si Hitler pierde la guerra, Europa se verá entregada al peor de los peligros posibles para la Iglesia: el bolchevismo. Cuidadoso de no comprometer las posibilidades, que reconoce mínimas, que le quedan a Hitler de vencer al bolchevismo, aquel Papa procura crearle el menor número de complicaciones. Hasta el punto de que, dueño del poder mágico de detener con una palabra las persecuciones de que son víctimas los judíos, no sólo no pronuncia aquella palabra por iniciativa suya, sino que se niega a pronunciarla cuando le piden que lo haga. Lavándose las manos de lo que les sucede a los judíos, para que no falte nada al cuadro. Y ante la insistencia del que suplica, fatigado, cambia bruscamente de tema pasando a otro problema muy importante para la Iglesia, de la cual es el Pastor supremo: los intereses que la Iglesia posee en cierto número de empresas industriales en trance de ser destruidas por los Aliados y que, para evitar que la Iglesia pierda dinero, hay que vender antes de que sea demasiado tarde. ¿Vender a quién? A aquellos mismos Aliados, precisamente, con los cuales el Papa no simpatiza: así, por una parte, los Aliados habrán destruido sus propios bienes, y, por otra, sea cual sea el final de la guerra, el Papa habrá sido reembolsado por anticipado. Esa es, al menos, la idea que se sugiere al espectador perspicaz. El autor no llega al extremo de decir que el Papa considera a Hitler como a un enviado de la Providencia para liquidar -- ¡finalmente!-, al mismo tiempo que al bolchevismo, el litigio judeo-cristiano planteado desde hace dos mil años, mediante el aniquilamiento del pueblo judío; pero es como si lo hiciera, y no oculta la opinión que tiene de él: "Un Papa como ese... es un criminal"(2).

*Y ese Papa era Pío XII.*

En su versión original, y bajo el título de *Der Stellvertreter*, la obra fue representada en Berlín el 20 de febrero de 1963, en Basilea el 3 de diciembre, en Viena el 27 de enero de 1964, y, traducida, en Londres el 21 de junio de 1963 (*The Representative*),

en París el 9 de diciembre (*Le Vicaire*) y en Nueva York el 28 de febrero de 1964 (*The Deputy*). Por paradójico que pueda parecer, la obra se representó en último lugar en Tel Aviv, el 20 de junio de 1964: los primeros interesados en la vulgarización de su tema, el Movimiento Sionista Mundial y el Estado de Israel, procuraron no figurar de un modo notorio en el montaje del asunto. Observemos que, a pesar de haber sido traducida al italiano, la obra no ha sido representada en Roma. Ni en Moscú. En la primera de esas capitales, no podía autorizarse la representación sin violar el Concordato de 1929. En cuanto a Moscú, la no representación de la obra parece que puede atribuirse a la política de acercamiento al Vaticano patrocinada por Krushev y mantenida aparentemente por sus sucesores.

En Berlín, en Londres, en Basilea, en París y en Nueva York, las primeras representaciones provocaron, en la sala y en la calle, manifestaciones hostiles que obligaron a intervenir a la policía, y, en los medios intelectuales, apasionadas discusiones que al parecer se prolongarán durante largo tiempo. En Viena, aunque no menos amplia ni menos categórica, la protesta de la opinión pública no se salió de los límites de la corrección. Correcta, asimismo, en Israel, la discusión acerca de la oportunidad de representar la obra, discusión que no tuvo más efecto que el de retrasar en algunos meses el reestreno de la obra, aunque en este último caso cabe afirmar que sólo se trataba de una discusión formulista, elaborada artificialmente y destinada a plantear una reserva puramente diplomática.

Dado el tema y su planteamiento, la obra tenía que armar fatalmente un gran ruido. En el origen del escándalo hubo, en primer lugar, un efecto de sorpresa: hasta el 20 de febrero de 1963, en el mundo entero, lo mismo entre los ateos que entre los creyentes, entre los fieles de Roma como entre los de las Iglesias separadas o concurrentes, la opinión general era que el Papa Pío XII había hecho todo lo que estaba a su alcance para evitar la guerra, para limitar su extensión y, no habiéndolo conseguido, para que al menos cesaran todas las atrocidades que eran consecuencia del conflicto, cada vez que llegaban a su conocimiento. En lo que respecta a las que se atribuyen a los alemanes -- de las otras apenas se habla --, von Ribbentrop había declarado en Nuremberg el 27 de marzo de 1946: "Habíamos recibido protestas del Vaticano. Teníamos cajones llenos de protestas del Vaticano" (3). Y, cuando se le reprochó no haber contestado nunca a ellas, no haber acusado siquiera recibo de ellas, concretó: Es cierto. El Führer había adoptado una posición tal en lo que respecta a los asuntos del Vaticano, que las protestas ni siquiera llegaban a mí"(4). Se trataba de acontecimientos ocurridos en Polonia en marzo de 1943. En realidad, hacía mucho tiempo que las protestas del Vaticano se amontonaban en los cajones de von Ribbentrop sin que hiciera caso de ellas, y basta referirse una vez más a las Actas de los debates de Nuremberg para conocer la posición del Führer y sus justificaciones. En octubre de 1939, enterado del trato infligido a unos sacerdotes polacos por la policía alemana de ocupación, Monseñor Orsenigo, Nuncio en Berlín, se entrevistó con el Secretario de Estado von Weizsäcker para entregarle dos notas de protesta. Interrogado en Nuremberg el 26 de marzo de 1946 acerca de la suerte corrida por aquellas notas, von Steengracht, otro Secretario de Estado de Ribbentrop, respondió:

"Von Weizsäcker las transmitió, de acuerdo con las normas, a von Ribbentrop, el cual, a su vez, las presentó a Hitler. Dado que el Vaticano no había reconocido al gobierno general (nueva Polonia), y que, por consiguiente, el Nuncio no tenía ninguna competencia para aquellas regiones, Hitler declaró, al serle presentadas aquellas

notas: "Estas son piras mentiras, devolved estos apuntes al Nuncio por mediación del Secretario de Estado y decidle que no aceptaréis nunca más tales infundios" (5).

Lo cual nos permite llegar a la conclusión de que, si el Vaticano hubiese reconocido el mapa de la nueva Polonia establecida por Hitler, las notas de protesta entregadas en el Ministerio de Asuntos Exteriores por el Nuncio de S. S. en Berlín no hubiesen tenido, sin duda, más efecto, pero en vez de amontonarse, a lo largo de la guerra, en los cajones del despacho de von Ribbentrop, sin ser registrados siquiera, para tomar después el camino del cesto de los papeles, figurarían al menos en los archivos alemanes, donde aquellos que van a buscar la verdad los encontrarían. A no ser que hubiesen sido clasificados en un *dossier* como aquel número seis tan misteriosamente -- y tan oportunamente -- desaparecido. Pero ésa es otra historia de la que nos ocuparemos a su debido tiempo. Lo que importa señalar aquí es que al negarse a reconocer la Polonia recompuesta por Hitler, Pío XII le había proporcionado el argumento que necesitaba para no aceptar ninguna de sus representaciones en lo que afectaba a Polonia. Además, sin ningún provecho para su memoria, ya que aquel acto de evidente hostilidad a la política de Hitler ni siquiera es cargado en su cuenta positiva por los que hoy le denigran. Pero, si hubiese reconocido a aquella nueva Polonia con la esperanza de ser eficaz, ¿de qué no le acusarían hoy?

Von Steengracht nos informa también, por añadidura, de la naturaleza de las protestas del Vaticano y de aquellos que las motivaron: "Ya he dicho que intervine en centenares de casos, cuando el Nuncio venía a verme, cuando se trataba de judíos para los cuales no era competente, o incluso de sacerdotes polacos para los cuales era competente pero carecía del poder de actuar" (6).

Por otra parte, cada vez que en uno u otro de los trece procesos de Nuremberg se trató del Vaticano, los testigos de la acusación y los de la defensa presentaron en la misma versión y casi con las mismas palabras los hechos en los cuales habían estado mezclados. No hubo ninguna nota discordante. Y eso demuestra que, contrariamente a lo que tratan de hacernos creer sus detractores, la actuación de Pío XII no estuvo inspirada únicamente en los intereses de la Iglesia romana, y que, de un modo especial, los judíos no quedaron excluidos de su solicitud. Hasta el punto de que tal opinión no fue puesta nunca en duda, que yo sepa, antes del 20 de febrero de 1963.

Es más: desde el final de la guerra hasta su muerte, si bien los medios protestantes, trabajados por el antipapismo heredado de Lutero y de Calvino, se mostraron, en su conjunto, muy reservados -- luego veremos que el papel desempeñado por ellos en el acceso de Hitler al poder en la Alemania de anteguerra y la situación del protestantismo en la postguerra no fueron ajenos a aquella reserva --, los portavoces más calificados del pensamiento y de la política judíos no cesaron de alabar a Pío XII por su actuación durante la guerra y de testimoniarse su agradecimiento. Y esto encaja perfectamente con los comentarios, no sólo de satisfacción sino incluso de entusiasmo, que habían acogido su elección el 2 de marzo de 1939 en toda la prensa, incluida la de obediencia socialista y comunista. En los anexos se encontrarán las declaraciones de todas aquellas personas que habían hecho de aquel Papa, a lo largo de toda su carrera, un Papa que no tuvo nunca la menor simpatía por el fascismo italiano ni por el nacionalsocialismo alemán. Apenas se hizo notar que no la sentía tampoco por el bolchevismo ruso.



Frente a esa opinión casi general y sólidamente establecida, *El Vicario* de M. Rolf Hochhuth representaba una verdadera revolución. Obligado por las reacciones del público a ofrecer una explicación, aquel joven lo bastante notable como para convertirse, de la noche a la mañana, en ombligo de un universo en busca de una buena conciencia, nos cuenta sobre todo el espantoso drama de conciencia -- la pesadilla, ha dicho M. Jacques Nobécourt (7) -- que, desde los quince años (A la muerte de Hitler) hasta los treinta y tres -- con su tormenta bajo el cráneo de Jean Valjean, Víctor Hugo era un simple bromista-, le había hecho vivir un aspecto particular de una guerra que había durado casi seis años, puesto al mundo entero a sangre y fuego, transformado a Europa, desde los Pirineos al Volga y desde su extremo norte a su extremo sur, en un inmenso campo de ruinas, al tiempo que causaba medio centenar de millones de muertos: en ese medio centenar de millones de muertos había hombres, mujeres, niños y ancianos, pero lo que a él le había torturado incesantemente, día y noche, eran los seis millones de muertos judíos.

Conocemos ahora la evolución de Hochhuth: la guerra, que no le había preocupado nunca, ni en su principio ni en sus consecuencias globales, le torturó literalmente por una sola de sus consecuencias: la injusticia cometida contra los judíos. Todo lo demás carecía de importancia. Y no paró hasta descubrir al culpable de aquella injusticia, *mucho peor que todo lo peor que pueda imaginarse* (8). Al cabo de dieciocho años de una indescriptible pesadilla, como buen protestante que, al igual que todos sus correligionarios, atribuye todas las desdichas del mundo a la existencia del Papa, del mismo modo que otra importante fracción de la opinión pública las atribuye todas a los judíos, encontró finalmente a aquel responsable: Pío XII. Aquel Papa, desde luego, había protestado durante aquellos seis años contra todos los horrores de la guerra cada vez que había tomado la palabra, Hochhuth lo admitía, pero únicamente en términos generales y sin haberse referido nunca -- excepto una vez- al martirio de los judíos *expressis verbis*. De ahí una primera conclusión: se había callado. Seguida de una segunda: por simpatía hacia Hitler y el nazismo. Acordándose de que en su obra había tratado a Pío XII de "criminal", para subrayar que se trataba de una opinión muy afirmada, M. Rolf Hochhuth añadió, de pasada, que había sido "infame" (9). El tema encontraba así su forma completa: un Papa convertido no solamente en "criminal" sino también en "criminal infame" por el solo hecho de un "silencio" que, lejos de ser real, le era atribuido por personas cuya vista no ha llegado nunca mucho más allá de las puntas de sus narices.

¿Los otros responsables? ¿Los Churchill, los Roosevelt, los Stalin? Antes y durante toda la guerra, les habían sido ofrecidas todas las posibilidades imaginables para poner a cubierto de sus horrores a aquellos judíos que los dirigentes hitlerianos de Alemania (antes de concentrarlos en campos e incluso después) consideraban, desde luego, como una población peligrosa para la moral de su pueblo en combate, pero también como una población civil. Aquellos caballeros se habían negado. Y M. Jacques Nobécourt, subrayando con mucha justicia que los propios yerros no pueden justificarse con los de los demás, ha recusado el argumento de un modo muy ingenioso: "Invocar su ejemplo para explicar el silencio -- de Pío XII, es situar al nivel de unos políticos obligados al *realismo* en sus actos y en sus decisiones al Papa, cuya misión era la de *hablar a tiempo y a contratiempo*, la de recordar el mensaje evangélico y darle una aplicación concreta"(10). A. M. Jacques Nobécourt sólo le

faltaba demostramos que la "paternidad total" de Pío XII, paternidad que no debe hacer distinciones ni entre las razas, ni entre las nacionalidades, ni siquiera entre las religiones, obligaba al Papa a "recordar el mensaje evangélico del cual estaba encargado" en aquellas condiciones.

Indudablemente, y Pío XII no esperó a que le recordaran su obligación, la "aplicación precisa" del mensaje evangélico era para él la necesidad de intervenir para salvar la paz -- es decir, para salvar a todo el mundo --, y luego, cuando hubo fracasado, de detener la guerra para salvar todo lo que podía ser salvado.

Bajo ese ángulo, resulta odioso imputarle un pretendido silencio, ya que habló tan claro y tan alto como era posible.

Mas, para M. Nobécourt, "la aplicación precisa" del mensaje evangélico hubiera debido conducir al Papa a una acción restrictiva que sólo tuviera en cuenta la suerte de los judíos: no intentar nada contra la guerra, dejarla continuar su carrera infernal y abandonarle el resto de la humanidad.

Séame permitido poner en duda que la demostración emprendida por M. Nobécourt resulte fácil. De un modo especial hoy. Ya que, con tanto edificar hipótesis sobre el tema de "lo que el Papa Pío XII hubiese obtenido si...", el adversario tiene también derecho a edificarlas por su cuenta y puede imaginar perfectamente esto: un Pío XII que, en vez de situarse en una de las cumbres del pensamiento humano y de no concebir la salvación de los judíos más que en el marco de la salvación de toda la humanidad, es decir, en la Paz, que es el supremo de los bienes, hubiese descendido algunos grados en la escala de los valores universales y se hubiese limitado a la interpretación restrictiva de su papel, el cual se le reprocha haber rechazado. Entonces sería cuando M. Jacques Nobécourt hubiese podido hablar de "realismo", pero esta vez, "realismo ramplón" por cuanto en el terreno de los hechos, como el propio Pío XII reconoció, se encontraba "ante una puerta para la que no servía llave alguna" (11). El común de los mortales del resto de la humanidad podría, por añadidura, hablar del carácter singular de aquella *Paternidad total* cuya solicitud se dirigía, por prioridad, a los judíos, negándose a atacar el verdadero fondo del problema y contrayendo con ello la responsabilidad de la muerte, no sólo de los judíos, sino de la totalidad de los cincuenta millones de víctimas. El colmo -- aunque nadie sabría que era un colmo -- hubiese sido que, actuando bajo los frenéticos aplausos del mundo sionista, el protestante Rolf Hochhuth hubiera escrito un *Vicario* sobre aquel tema, que el comunista Piscator lo hubiera montado y que el cristiano progresista Jacques Nobécourt les siguiera los pasos del mismo modo. ¿Y por qué no, en realidad?

Es posible que el pregonar cierto desdén por el *realismo* y oponerle un *idealismo* definido por unos modos de hablar y de actuar a tiempo y a contratiempo sea la más elevada expresión del espíritu y el privilegio, al mismo tiempo que el honor, de las verdaderas élites, cuya encarnación más pura no dudo que sea el estado mayor que ha montado esa ofensiva contra Pío XII. Una actitud, en todo caso, muy bien vista en aquellos medios cuyas pretensiones intelectuales sólo son igualadas por su inconsciencia y que hacen las delicias de M. Pierre Daninos (12). Pero, si se sabe que al término de todas las especulaciones intelectuales siempre llega, por las conclusiones que se extraen de ellas, el momento de traducirse en palabras en el orden de las cosas morales, y en actos en el de los hechos, es decir, en uno y otro caso, de

Llegar a lo real a través de lo irreal, entonces todo es impuro, o puro, y sólo se trata de saber a qué nivel, confundiendo uno y otro, es necesario hablar o actuar : al nivel de los vocingleros de la música "yeyé" cuyo ideal parece estar inspirado en la necesidad de pisotearlo todo, o al nivel del Cristo muerto en la Cruz. ¿Postulando únicamente la salvación de los judíos (admitiendo que supiera hasta qué punto estaban amenazados), o la de toda la humanidad? La respuesta a esta pregunta, fijando entre los dos extremos el punto en que todo no es más que "realismo" y aquel en que todo es "idealismo" nos dirá dónde se encuentra el sofisma.

Se comprendió muy pronto que, salido de su cuento de "pesadilla" -- que había durado dieciocho años, no lo olvidemos, y eso se apreciaba perfectamente en su rostro en el cual "no se destacaba nada, como de estudiante que acaba de decir una barbaridad" (13), con sus cabellos intactos, con su frente sin arrugas, con su mirada neutra, un rostro armónico, a excepción de los labios, demasiado sensuales --, M. Hochhuth no tenía ya nada más que decir. Pinchándole un poco, los periodistas llegaron a hacerle decir cosas como éstas: que se había convertido en "abogado de la Iglesia católica", que en Berlín muchos espectadores le habían tomado por un católico enardecido" (14), que podía citar como hombres eminentes a "Hans Werner Richter y a Günther Grass" (!!!... ). O como ésta: que no atacaba al Papa ni en su calidad de hombre ni en la de Papa, sino porque era "el representante de la culpabilidad de todos nosotros", y que a través de él "cada espectador debía poder reflexionar sobre su propia culpabilidad"(15). A la Señora Nicole Zand le dijo, subrayándolo incluso, que , que "el único ataque contra el papa apunta exclusivamente a su silencio, y que "el responsable de quinientos millones de creyentes, considerado por un número increíble de no creyentes como la instancia moral más alta en toda la tierra, no tenía derecho a callarse, a mantenerse en silencio frente a la matanza de los judíos por los nazis."(16).

Y henos de nuevo arrastrados al lado insignificante de las cosas, considerado como el más importante porque era el único que podía permitirle a Pío XII tomar partido por uno de los beligerantes, que es lo que a fin de cuentas se le reprocha. A este modo de ver, Pío XII opuso de antemano esto al plan de las víctimas:

"... [esta guerra que ya se iba destacando por] una serie de actos tan irreconciliables con las prescripciones del derecho internacional positivo así como con las prescripciones del derecho natural, e incluso con los más elementales sentimientos de humanidad; las atrocidades y el empleo ilícito de medios de destrucción, incluso contra los no combatientes y los fugitivos, contra los ancianos, las mujeres y los niños"(17).

O esta, que pone de manifiesto su indignación ante la idea "de que centenares de miles de persona que, sin tener la menor culpa, sino simplemente porque pertenecen a tal o cual raza o nacionalidad, están condenadas a morir o a ir debilitándose progresivamente" (18).

O, finalmente, esto, que es un volver a la carga evocando las "súplicas ansiosas de todos los que padecen, con motivo de raza o nacionalidad, las mayores pruebas y los

dolores más agudos, incluso con vistas a medidas de exterminio, sin ningún tipo de culpa personal"(19).

Esas tomas de posición desprovistas de toda ambigüedad y que, en una u otra forma, se encuentran en boca de Pío XII, casi sin excepción, cada vez que se dirige a su público habitual (especialmente en todos sus mensajes de Navidad y en todas sus alocuciones rituales del 2 de junio de cada año), o bajo su pluma, cada vez que escribe, no son tomadas en consideración por el estado mayor del *Vicario*, como si nunca hubiesen sido formuladas. Se impone la pregunta: ¿Por qué?

Y he aquí la respuesta, en forma de una declaración hecha al Centro de Documentación Judía contemporánea (20) por un banquero romano, Angelo Donati, el cual informa de la conversación sostenida entre Monseñor Maglione, secretario de Estado de Pío XII, y Sir Osborne, enviado británico cerca de la Santa Sede, en agosto de 1943: "Como habrá visto, dijo Monseñor Maglione a Osborne (en su mensaje navideño de 1942); el Santo Padre ha tenido en cuenta las recomendaciones de su gobierno. Respuesta de Osborne: "Semejante condena que igualmente se puede aplicar al bombardeo de las ciudades alemanas no corresponde en absoluto a lo que el gobierno británico había solicitado".

Y por ahí asoma la punta de la oreja: las protestas de Pío XII contra los horrores de la guerra fueron formuladas siempre en términos tales que los condenaban todos, procedieran de donde procedieran, y lo que hoy se le reprocha es el haberse negado a condenar únicamente los de uno de los dos bandos beligerantes. La actitud de Pío XII se inscribe en una doctrina del papado y de la Iglesia -- completamente nueva, es cierto, pues sólo data de Pío X -- la cual fue claramente definida por Benedicto XV:

"Lamentamos no poder hacer más para apresurar la terminación del conflicto (la Primera Guerra Mundial). Nuestro cargo apostólico no nos lo permite. En cuanto a proclamar que no le está permitido a nadie, por cual quier motivo que sea, ofender a la justicia, es sin duda, en su punto más elevado, una tarea que corresponde al Soberano Pontífice, constituido por Dios en intérprete supremo y vindicador de la Ley eterna. Condenamos toda injusticia, proceda de donde proceda, pero no sería conveniente ni útil mezclarse en los litigios de los beligerantes" (21).

"Conveniente, útil", esas palabras tienen, desde luego, un leve perfume de realismo común y corriente, pero sólo si se las aísla de su contexto y si se olvida que un Papa tiene también rango y prerrogativas de Jefe de Estado, y que, en consecuencia, como todo Jefe de Estado, debe ceñirse en público al lenguaje diplomático, si no quiere comprometer su misión "apostólica".

En la conversación con el periodista al cual recordó aquella declaración, M. Latapie le hizo notar que "muchos sacerdotes (habían sido) apresados como rehenes en Bélgica y en Francia y habían sido fusilados. Benedicto XV replicó que, en el bando adverso, también otros rehenes habían sido apresados y fusilados, y no solamente sacerdotes:

"He recibido noticias -- dijo- de los obispos austríacos, asegurándome que el ejército ruso había detenido como rehenes a varios sacerdotes católicos, que en cierta ocasión empujó delante de ellos a mil quinientos judíos para avanzar detrás de aquella barrera

viviente expuesta a las balas enemigas. El obispo de Cremona me informa que el ejército italiano ha detenido ya como rehenes a dieciocho sacerdotes austríacos" (22).

Nos parece estar leyendo el telegrama que, tras haber inquirido de Pío XII el verdadero significado que había de atribuir a su mensaje de Navidad de 1942, M. Harold Tittmann, principal colaborador de M. Myron Taylor, representante personal del Presidente Roosevelt cerca de la Santa Sede, envió al Departamento de Estado el 5 de enero de 1943:

"En lo que respecta a su mensaje de Navidad -- escribía el diplomático americano-, el Papa me ha parecido sinceramente convencido de que se había expresado con la claridad suficiente para satisfacer a todos los que habían insistido para que pronunciara al menos unas palabras condenatorias de las atrocidades nazis, y quedé muy sorprendido cuando le dije que algunos no compartían su convicción.

"Me dijo que le parecía evidente para todo el mundo que había querido referirse a los centenares de miles de polacos, de judíos y de rehenes asesinados o torturados sin ningún motivo, a veces únicamente a causa de su raza o de su nacionalidad.

"Me explicó que al hablar de las atrocidades no hubiera podido citar claramente a los nazis sin hablar al mismo tiempo de los bolcheviques, lo cual, pensaba, no complacería quizás a los Aliados.

"Añadió que temía que los informes de atrocidades señaladas por los aliados eran fundados, pero dejó entender que su impresión era la de que tales informes podían haber sido exagerados hasta cierto punto, a fines de propaganda. En conjunto, consideraba que su mensaje tenía que ser bien acogido por el pueblo norteamericano, y yo estuve de acuerdo con él" (23).

Tan claramente explicado y aprobado por un diplomático norteamericano -- el cual vale tanto como los diplomáticos alemanes citados por M. Saúl Friedländer (24) para probar que únicamente Hitler podía "acoger bien" todos sus hechos y dichos- el comportamiento de Pío XII, parece que no hubiera debido prestar nunca a discusión, ni siquiera en el terreno de las víctimas, a propósito de las cuales declaró siempre que tenía "igual compasión hacia todas", "por todos los que sufren moral y materialmente ... en Alemania como en el resto del mundo ... en un bando o en otro... sean o no hijos de la Iglesia." (25). Era la única forma de no "mezclarse en los litigios de los beligerantes", de no tomar partido por unos contra otros, tal como lo ordenaban todos los imperativos de todas las morales religiosas o laicas, y de "apresurar el fin de la plaga", "de esta masacre recíproca ... insoportable", dijo Pío XII en su carta a Monseñor Preysing- dentro de los límites de las posibilidades que le eran dejadas por su cargo apostólico. De la preocupación por el final de la guerra y de la solicitud del Papa por algunas solamente de entre las víctimas, sus acusadores han hecho, sobre el tema del *Vicario*, los dos términos de una alternativa en la cual el segundo debía preponderar sobre el primero. Al negarse a aquella solicitud selectiva, Pío XII demostró que entre él y sus acusadores existía únicamente una diferencia de altura de miras. Por otra parte, en dos ocasiones, en Polonia en 1939 y en Holanda en 1942 (26), su intervención en aquel sentido no había hecho sino agravar la suerte de las víctimas y aumentar su número, al tiempo que comprometía, evidentemente, sus posibilidades ulteriores en lo que respecta al retorno a la paz.

Y no digamos nada del modo que tiene M. Rolf Hochhuth de hablar de "nuestra culpa colectiva" y de señalar al Papa como "el representante" de aquella culpabilidad general. Un fenómeno psicológico muy conocido es el que consiste, para un culpable, en reaccionar bruscamente gritando que no es el único culpable y en no ver a su alrededor más que personas tan culpables como él. No es menos conocido el fenómeno de que la primera preocupación de varios culpables, cuando se encuentran reunidos, es la de buscar, al margen de ellos, al responsable de su flaqueza común; y es un hecho constante que lo encuentran siempre, y es lo que el diccionario llama "chivo expiatorio". En el caso Hitler, el chiquillo que era en aquella época M. Rolf Hochhuth no tiene ninguna responsabilidad, evidentemente. Pero no por ello deja de figurar su reacción en el catálogo de los fenómenos constantes y no menos conocidos: a la edad de las tomas de conciencia se encontró bruscamente cara a cara con las responsabilidades de sus allegados: de su padre, por ejemplo, y de sus correligionarios protestantes más viejos que él y cuyo papel no fue pequeño en el acceso de Hitler al poder en Alemania, y por lo tanto en la guerra y en todas sus consecuencias. No cabe duda: aunque inocente, pertenecía a un clan de culpables y aquello fue lo que resultó insoportable para él. El honor del clan: siempre es Rodrigo el que se duele más vivamente del bofetón recibido por su padre, y don Diego se vuelve siempre hacia él. En el caso en cuestión, Rodrigo-Hochhuth tenía muchos padres. Y, para todos aquellos protestantes de conciencia turbia, el bofetón era aquel Papa de conciencia tranquila, cuya reputación no se había visto empañada lo más mínimo por su conducta antes y durante la guerra. La derrota de Lutero. Unos papeles invertidos: el derecho del lado de Don Gormas. Teniendo muchos padres, Rodrigo tenía, además, muy poco valor: para desenvainar la espada, esperó prudentemente a que Don Gormas estuviera muerto.

Pero, suspendamos la comparación.

No cabe duda de que, al replegarse sobre "nuestra culpabilidad compartida", M. Rolf Hochhuth ha conseguido provisionalmente poner fuera de juicio la culpabilidad de su clan, diluirla, anegarla en aquella pretendida culpabilidad general, y tranquilizar su conciencia; esto es un hecho tan evidente como su inocencia personal, en los dos sentidos de la palabra, y especialmente en el sentido de estupidez. Sin embargo se tiene la impresión de que por encima de todo ha querido atenuar el alcance de su incongruencia, y merecería alabanzas por ello si esa no hubiese sido la peor de todas las formas de excusarse, justificándose. Y nos permitimos preguntar ¿qué operación de la mente es más vulgar, y, en ciertos casos más odiosa -- por ejemplo, el del político o del jefe de industria que extienden al ajustador de la casa Renault la responsabilidad de una guerra o de un tratado de paz -- ?... Si "todos somos culpables" de la muerte de los judíos, ¿por qué no hemos de serlo todos de la guerra? ¿Por qué uno solo de todos nosotros merece ser puesto en la picota? ¿Por qué sólo merecen ser castigados unos cuantos de entre todos nosotros? ¿Por qué M. Rolf Hochhuth figura entre los más encarnizados en reclamar que esos cuantos sean castigados, en Francfort o en otra parte? Un día, alguien pretendió que "todos somos asesinos": el mismo tema, aunque para demostrar que entre nosotros no había jueces, y, al margen del valor de la fórmula, hay que convenir en que aquél que lo dijo tenía otra estatura intelectual.

De las explicaciones y justificaciones de M. Rolf Hochhuth dignas de ser retenidas, sólo queda aquella por la cual se presenta como "un abogado de la iglesia católica". La pasaremos por alto: el ridículo tiene también sus derechos y hay que respetarlos.

## II. El derecho a componer fábulas.

Los partidarios de M. Rolf Hochhuth han tratado de eludir toda discusión sobre el fondo del asunto. En primer lugar, los argumentos que les fueron opuestos no han sido desmentidos por parte de ninguno de ellos: en la imposibilidad de refutar las referencias, las aceptaron como verdaderas, pero las declararon insuficientes. En lo que respecta a lo que había proporcionado a su ídolo el punto de partida concreto de su acusación, el demasiado célebre documento Gerstein, se limitaron a declarar que era de pública notoriedad. Luego se refugiaron en unas verdades generales sobre la tradición del teatro, el cual, desde los trágicos griegos hasta Paul Claudel, pasando por Shakespeare, Corneille, Racine, Molière, Victor Hugo, Schiller, etc., siempre ha tomado prestados personajes a la historia y los ha llevado a la escena, arguyendo que si *El Vicario* de M. Rolf Hochhuth producía tal impacto, se debía únicamente a que el autor se había permitido poner en escena a un Papa, personaje considerado como sacrosanto e intocable por demasiadas personas, y que no existían motivos fundamentales para que se hiciera con Pío XII una excepción que no se había hecho con Sócrates, Julio César, Ricardo III, Enrique VIII, Cromwell, Juana de Arco, e incluso Alejandro VI, que también fue Papa.

De acuerdo. Añadiremos incluso que los autores que pusieron a esos ilustres personajes en escena se tomaron con la historia tantas libertades como M. Rolf Hochhuth y, sin embargo, nadie se lo ha tenido nunca en cuenta. Por dos motivos, al menos: por una parte, e incluso en el caso del poco escrupuloso Aristófanes, que inventó el teatro político, y aun en el del espeso Claudel, nos han ofrecido obras maestras del espíritu, de la cultura y del arte, en tanto que nadie se atreverá a sostener que *El Vicario* es una obra maestra; por otra parte, aquellos autores eran personas honradas, y encabezando la edición de cada una de sus obras figuraba una nota que mencionaba sus fuentes y concretaba las libertades que las necesidades de la puesta en escena, su fantasía o sus convicciones, les había inducido a tomarse con la historia. Para permitir a los autores aquellas libertades que no engañan a nadie, ni en el hecho ni en la intención, el teatro inventó esos personajes ficticios, doncellas y otras confidentas o confidentes a los que se da el nombre de "utilitarios". En tanto que M. Rolf Hochhuth ha epilogado su *Vicario* con un "apéndice histórico" -- en el cual dice que "no se estila *recargar* una obra de teatro con ello" (27), lo cual demuestra hasta qué punto está informado de las costumbres en la materia-, destinado a "demostrar que le había soltado la rienda a su imaginación solamente hasta donde era necesario para utilizar en el escenario los materiales históricos brutos de los que disponía"(28), y que se había atenido "a los hechos comprobados o demostrables" (29). Pero la lectura de aquel apéndice permite comprobar que, aparte de los sofismas por medio de los cuales pretende demostrar la culpabilidad de Pío XII, no es, con relación a los propios hechos contra los cuales aquel Pontífice hubiese tenido que protestar, más que una disertación sobre unos testimonios de segunda o de tercera mano, en su mayor parte sin referencia concreta, o bien, si hay alguna, dada en forma de "un industrial de cuyo nombre no me acuerdo" (30), "puede ser que" (31), "también es posible que" (32). Además, todos esos testimonios no aportan *pruebas*, sino únicamente una *convicción* que es la misma en todos y que puede resumirse así: "El SS Kurt Gerstein que me contó estas cosas" o "que se las contó a mi vecino el cual me las contó a mí mismo, no puede haber mentido". Unos testigos de moralidad muy *sui generis*, que permiten a M. Rolf Hochhuth declarar: "En 1942, cuando [Gerstein] apareció en la nunciatura y fue rechazado"(33), y luego insinuar: "El valor y la habilidad de

Gerstein, que le permitieron representar durante años enteros su temerario doble papel en las SS, hacen *plausible* (sic) que consiguiera llegar hasta Monseñor Orsenigo (el Nuncio del Papa en Berlín) en persona, cuando intentó dar a conocer al Nuncio apostólico unos detalles sobre el campo de Treblinka. Conociendo la violencia de sus sentimientos y su decisión llena de astucia, resulta difícil creer que se dejara expulsar de la Nunciatura por un clérigo subalterno" (34).

Eso es lo que M. Ervin Piscator, el director escénico de *El Vicario*, llama "desarrollar artísticamente unos materiales científicamente desprendidos de documentos históricos"(35), y M. Jacques Nobécourt "una constante referencia a la historia"(36). ¡Gracias en nombre del arte, gracias en nombre de la ciencia, gracias en nombre de la historia!

### *III. Retrato del SS Kurt Gerstein.*

Si se piensa que, tal como está planteado por M. Rolf Hochhuth, todo el problema consiste en saber si el SS Kurt Gerstein consiguió o no hacer llegar al Vaticano, en agosto de 1942, unas informaciones acerca de lo que había pasado, no en el campo de Auschwitz, como pretenden Jacques Nobécourt y Rolf Hochhuth, sino en Belzec y en Treblinka, resulta muy importante estar exactamente informado, en la medida de lo posible, sobre el tal Kurt Gerstein. Al parecer, existe un documento que lleva su firma, en el cual se dice que fue "conminado a dejar la nunciatura cuando se presentó allí" , y que "se lo contó a centenares de personas, entre ellas al Dr Winter, síndico del obispo de Berlín, rogándole se lo hiciera saber al papa"(37). De lo cual M. Saül Friedländer, otro Fiscal general en el caso Pío XII, concluye "No hay ningún motivo para creer que este texto no fue enviado a Roma" , y añade que, aun en el caso de que no hubiese sido enviado, "tenemos el derecho de *suponer* que un texto idéntico fue transmitido al Sumo Pontífice por Mons. Preysing a fines de 1942" (38). Es también un nuevo sistema de "desprender científicamente" verdades históricas. ¡Y M. Saül Friedländer es profesor de Historia del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra! Ni por un instante se le ocurrió pensar, como a todos los que no están completamente desprovistos de sentido común y que se han molestado en leer el documento Gerstein, que si en realidad este último le contó al Dr. Winter lo que contiene, el síndico del obispo sólo podía tomarle por un loco (39).

De todos modos, la verdad "que se desprende científicamente" a la cual M. Rolf Hochhuth terminó por unirse y que ha llevado a la escena es la siguiente: en agosto de 1942, el Nuncio del Papa en Berlín expulsó al SS Kurt Gerstein, pero *después* de haberle escuchado; al día siguiente, un joven jesuita de la Nunciatura le toma en serio y, el 2 de febrero de 1943, transmite al Vaticano los informes que Gerstein le ha comunicado; para más seguridad, Gerstein acude a Roma, consigue hacerse escuchar, etc. La continuación se adivina: todo llega al Papa, y el Papa... ¡se calla!

Ya que es importante para la tesis sostenida que el Papa estuviera enterado y en detalle. No se comprende demasiado bien el motivo porque, estuviera enterado o no en *detalle*, eso no modificaba en nada las premisas de su conducta, dado el concepto que tenía de su misión apostólica, la única aceptable de acuerdo con todas las morales y que era, no nos cansaremos de repetirlo, reaccionar, no en función de tal o cual



categoría de víctimas, o de tal ocual clase de muerte que les fuera infligida, sino en función de la guerra en sí misma y de las posibilidades de poner fin a ella. Por otra parte, en uno y otro caso la única arma a su disposición era la intervención diplomática, aunque M. Jacques Nobécourt, que la admite para Pío X (40), no la admite para Pío XII. De todos modos, Pío XII realizó aquella intervención diplomática cada vez que supo algo, lo mismo si se trataba de las persecuciones contra los judíos que de los bombardeos aéreos. Lo único que puede reprochársele es que nunca lo hizo en términos que pudieran significar una toma de posición en favor de uno u otro de los beligerantes. Pero en esto estriba precisamente su honor ya que, válida para un Jefe de Estado cualquiera, aquella toma de posición hubiese resultado inaceptable en el Vicario de Cristo. Por tanto, el que estuviera enterado o no, sólo tiene interés desde el punto de vista de la verdad histórica. Sin embargo, no supo lo que se le reprocha haber sabido y el cardenal Tisserant (41), al cual se ha tratado inútilmente de explotar contra Pío XII y que en virtud de sus desavenencias con él (42) no puede resultar sospechoso, ha zanjado definitivamente la cuestión:

"Solamente después de la llegada de los Aliados a Alemania es que se nos informó acerca de Auschwitz", ha declarado el Cardenal (43).

Esa verdad, que honradamente no puede poner a la par con la de un Hochhuth, ni siquiera con la de Piscator, de Jacques Nobécourt o de Saúl Friedlander, obliga a decir lo que hay exactamente del tal Kurt Gerstein y en primer lugar que nunca dijo que hubiera ido a Roma, lo cual resulta ya muy significativo.

Para mí, el SS Kurt Gerstein es un antiguo conocido. Nunca he concebido a una Europa sin Alemania, y me ha preocupado poner en claro la verdad histórica sobre los campos de concentración, oscurecida por los peores excesos de la germanofobia; así, me sentí sensibilizado por aquel cura que había conseguido convencer a toda Francia e incluso a los periodistas del mundo entero de que vio a millares y millares de personas entrar en las cámaras de gas de Buchenwald y de Dora (44), donde yo sabía que no habían existido tales cámaras; y el 31 de enero de 1946, lo fui por el documento firmado por Gerstein, donde se decía que, en los campos de concentración de la Polonia ocupada, los judíos eran sistemáticamente "asfixiados" en hornadas de 750 a 800 personas en "cámaras de gas de 20 metros cuadrados (según una versión del documento, pues existen dos, eran 25 m<sup>2</sup>) de superficie y 1.90m de altura" y que añadía que un total de 25 millones de judíos europeos habían sido asfixiados de ese modo. Auschwitz era citado sin más y, contrariamente a BeIzec y Treblinka , el SS no lo había visto por sí mismo, sino *deducido* de las facturas del Zyklon B que él había suministrado a aquel campo. Inmediatamente pensé que un hombre capaz de decir aquellas barbaridades, o no existía, o era un loco (45), que los que se tomaban en serio aquellas cosas eran aptos para el psiquiatra, que se inscribían en el cuadro de la germanofobia más demencial y, en virtud del crédito que a pesar de todo se les había concedido, quise tranquilizar mi conciencia investigando la verdad. He aquí, resumido, lo que descubrí y expuse en otra parte, con un detalle al cual ruego quiera acudir el lector preocupado por la verdad absoluta (46).

1. El documento Gerstein existe en dos versiones, una alemana fechada el 26 de abril de 1945, y otra francesa, fechada el 4 de mayo de 1945 (lo cual demuestra que Pío XII no pudo haber tenido conocimiento de ellas en 1942... o a principios de 1943, tal

como se afirma en *El Vicario*), y si bien las dos versiones parten de los mismos hechos, no coinciden ni en su presentación ni en su enunciado.

2. Ni la una ni la otra han sido presentadas nunca íntegramente delante de ningún tribunal, ni han sido objeto de ninguna publicación oficial: sólo fueron citadas, sin que se sepa de cuál se trata, el 30 de enero de 1946 en el proceso de los grandes criminales de guerra en Nuremberg, sin más indicación de su contenido, lo cual significa que, no habiendo sido presentadas -- a pesar de la insistencia del Tribunal (47) --, no fueron, ni la una ni la otra, consideradas como prueba de cargo. Hay que precisar honestamente que unos fragmentos cuya autenticidad fue imposible comprobar fueron tomados en cuenta por otros tribunales, en otros procesos, en particular los de la empresa que fabricaba el zyklon B en enero de 1948, el de los médicos en enero de 1947 "con motivo del hecho de que este documento había sido aceptado en el proceso de los grandes criminales", lo cual era falso, y "porque no se podía poner en tela de juicio las decisiones de este proceso, por el estatuto del mismo" y por fin en Jerusalén, en el proceso Eichman de 1961, en su versión francesa, al amparo del mismo motivo jurídico.

3. El documento Gerstein ha desaparecido actualmente del Depósito central de archivos de la justicia militar francesa, lo mismo que "del expediente del tribunal de desnazificación de Tübingen" que tuvo que conocer el caso del hombre en 1949. Muy oportunamente: el escándalo provocado por *El Vicario* había hecho indispensable y casi inevitable su publicación, para poner a todo el mundo de acuerdo. Pregunta: ¿quién tenía interés en hacerlo desaparecer? Observemos que, en el caso Pío XII, es la segunda vez que se señala la desaparición de un documento: el *dossier* no 6 del Vaticano, como es sabido, desapareció igualmente de los archivos alemanes y, en este caso, no se trata de un documento, sino de *todo un legajo*. En nuestros días se roba fácilmente en los archivos. Y no parece que las autoridades responsables de la vigilancia de los depósitos se impresionen demasiado: no ha habido la menor investigación. La desaparición del *dossier* n.º 6 del Vaticano de los archivos alemanes es grave, desde luego, aunque reparable hasta cierto punto: quedan los de los ingleses y los de los americanos, de los cuales cabe esperar que no se hayan visto sometidos al pillaje como parecen haberlo sido los franceses y los alemanes, y que permitirán, sin duda, los reajustes necesarios. Quedan también los del Vaticano. Pero en lo que respecta a estos últimos existe la regla de los cien años de demora, sin contar con los posibles retrasos: actualmente se está en el año 1849. Para los archivos políticos, se entiende, no para las *Acta Apostolicae Sedis* que se publican en latín y casi al día. Creo poder afirmar que en virtud de las polémicas provocadas por *El Vicario*, se hará una excepción para el período nazi y ya se está trabajando en ellos [...] (49), aunque el paso por el trono de Pedro del que es llamado ya "el bueno de Juan XXIII" no ha contribuido a facilitar las cosas, ni a activarlas.

Existen también los archivos rusos, pero, dadas las costumbres de los rusos en materia de historia, no hay que contar con ellos, al menos antes de que transcurra cierto tiempo.

Volviendo al documento Gerstein, el caso es mucho más grave: el documento no se refiere a ninguna gestión diplomática, y si el original de sus declaraciones en dos idiomas (50) ha desaparecido, no queda ya ningún rastro de él. Hasta el punto de que nunca podrá comprobarse su autenticidad. Queda una de sus dos versiones, la

alemana, hecha pública por el historiador alemán Rothfels, pero esa versión, muy sospechosa ya en virtud de las modificaciones ingenuamente confesadas por unas notas de pie de página, carece de todo valor probatorio. Queda también la versión francesa hecha pública, en la barra del Tribunal de Jerusalén (51), pero, si el original ha desaparecido, la tal versión, a pesar del valor jurídico que le concedió el Tribunal de Jerusalén, no tiene ningún valor histórico: los procesos por brujería de la Edad Media están llenos de testimonios de ese tipo. Y, por otra parte, subsisten las diferencias que presenta con la versión alemana de M. Rothfels.

4. Queda ahora el hombre que fue el SS Kurt Gerstein. Cuando se habló de él por primera vez en el Tribunal de Nuremberg, el 30 de enero de 1946, estaba muerto; la fecha de su muerte se da como conocida: el 25 de julio de 1945. Pero se ignora dónde murió y lo que ocurrió con su cadáver (52), lo que hace que la fecha de su muerte resulte dudosa. Sobre las circunstancias de aquella muerte: detenido en Rottweil (Alemania) por unos soldados franceses a su llegada, habría sido entregado a la policía militar americana, la cual, después de haberle interrogado, le habría entregado a la policía militar francesa que a su vez le habría enviado a una prisión militar de París para un interrogatorio complementario. Se ignora a qué prisión fue enviado: el documento sobre el cual nos apoyamos se limita a decir: "la prisión militar de París", sin especificar nada más (53). En aquella desconocida prisión militar (54) se le habría encontrado muerto, una mañana, ahorcado. Después, nada: Noche y Niebla. Nos encontramos en la época de las desapariciones misteriosas de documentos, de hombres e incluso de cadáveres, y pronto resultará más fácil reconstruir lo que sucedió veinte siglos antes de Jesucristo entre los esquimales o los hotentotes, que lo que sucedió la semana última en París. ¿Qué fue del SS Kurt Gerstein después del 4 de mayo de 1945? Se ignora por completo, aunque no está descartada la posibilidad de que llegue a saberse: tal vez bastaría apelar al testimonio de los dos oficiales americanos que le interrogaron, cuyos nombres y direcciones son conocidos. Digo tal vez. Supongamos que el SS Kurt Gerstein hubiera dicho lo que figura en el documento que lleva su firma -- ¡si es la suya!- presionado por un interrogatorio demasiado violento, y que hubiera muerto a manos de aquellos oficiales en el propio Rottweil. En tal caso, el traslado a aquella misteriosa prisión militar de París no sería más que una pura invención destinada a ocultar el crimen.

En todas las otras hipótesis imaginables, los oficiales en cuestión hablarían y, partiendo de lo que habían hecho con Gerstein después de haberle interrogado, se podría, pasa a paso, reconstruir el itinerario que le condujo a la muerte, determinar las circunstancias de aquella muerte, tal vez incluso recuperar su cadáver y, con ello, aclarar la autenticidad del documento que le es atribuido.

Hasta ahora, precavidamente, nadie ha interrogado a aquellos oficiales. De no hacerlo, ahora que el documento ha desaparecido, equivaldrá a decir que no ha existido nunca.

Y, a pesar de toda la competencia de M. Rolf Hochhuth y de sus partidarios para las verdades históricas, *El Vicario* no se apoya ya en nada.

Se comprende, por tanto, que cada vez que alguien ha intentado llevarles a un terreno que es el propio de la historia, hayan escurrido el bulto.

#### *IV. Los testigos de choque.*

En cambio, hay un terreno en el cual los partidarios de M. Rolf Hochhuth han sido generosos, hasta la indecencia: el de los testigos de choque. Toda una pléyade de nombres ilustres: Albert Camus, François Mauriac, Albert Schweitzer, Thomas Mann, etcétera.

En una conferencia pronunciada entre Dominicicos, el 28 de noviembre de 1945, Albert Camus, refiriéndose a Pío XII, había dicho:

"Hay una voz que me hubiese gustado oír durante aquellos terribles años. Me han dicho que habló. Pero compruebo que las palabras que dijo no llegaron hasta mí" (55).

Albert Camus, Premio Nobel: todo un personaje. Pero nos atrevemos a decir, modestamente, que si hubiera que borrar de la historia todo lo que Albert Camus no vio ni oyó, no quedaría en ella gran cosa. Viendo las cosas de ese modo, él mismo sería borrado de la historia por un número muy apreciable de personas. Albert Camus fue, sin duda, un gran filósofo, pero no lo demostró expresándose de aquel modo.

Por su parte, el gran escritor François Mauriac, también Premio Nobel, escribió en un prólogo a un libro de M. Léon Poliakov (56):

"No tuvimos el consuelo de oír al sucesor del Galileo, Simón Pedro, condenar claramente, concretamente y no por medio de alusiones diplomáticas, la crucifixión de esos innumerables "hermanos del Señor". Al venerable cardenal Suhard, que tanto hizo en la sombra por ellos, le pedí un día, durante la ocupación: "Eminencia, ordenad que se rece por los judíos..." El cardenal levantó los brazos al cielo: no cabe duda de que el ocupante tenía medies de presión irresistibles y que el silencio del Papa y de la jerarquía era un espantoso deber; se trataba de evitar males peores. Pero queda el hecho de que un crimen de aquella envergadura recae en parte no despreciable sobre todos los testigos que no gritaron, fueran los que fuesen los motivos de su silencio."

M. Alexis Curvers ha contado muy espiritualmente (57) las vicisitudes de ese texto, del cual M. Rolf Hochhuth sólo había retenido la primera frase. La falsificación, en cuanto al sentido, es evidente. Cogido en flagrante delito por el R. P. Marlé (58) que fue el primero en observarlo, los editores terminaron por dar el texto completo en varias ediciones. Pero yo poseo un ejemplar alemán en el cual el editor, no pudiendo efectuar la corrección sin alterar toda la compaginación del libro, se ha limitado a eliminar todos los exergos, y así resulta que el Avant-Propos de M. Irwin Piscator empieza en medio de un párrafo. En compensación, la edición americana que ha restablecido el texto integral de François Mauriac incluye, además, una carta del Dr. Albert Schweitzer. ¡Lo único que le faltaba a la gloria de M. Rolf Hochhuth!

Para terminar con François Mauriac, he aquí cómo juzga Alexis Curvers su testimonio:

"El Cardenal, afortunadamente para M. Mauriac, no ordenó las rogativas públicas que el escritor reclamaba; sin embargo, publicó una protesta, cosa que no hizo M. Mauriac; actuó en "la sombra", lo cual no impide a M. Mauriac declararle a la vez venerable y responsable del crimen.

"A pesar de los medios de presión irresistibles del ocupante, a pesar del espantoso deber del silencio, y a pesar de los males peores que se trataba de evitar, M. Mauriac exigía del Papa, de la jerarquía y de todos los testigos, un grito que él se cuidó mucho de no emitir, pero que, veinte años después, iba a servir de tema obsesivo para la campaña contra Pío XII, contenida por entero en esas cuatro frases de M. Mauriac."

No puede definirse mejor la actitud de François Mauriac. Sin embargo, hay que añadir que en la época de los hechos, François Mauriac estaba mucho más preocupado por lo que se decía en Vichy y por las disposiciones acerca de él mismo del teniente Heller de la *Propaganda-Staffel*, que por lo que se decía en el Vaticano. Virtud del "sonido casi intemporal" (57) de una voz: cubre a todas las demás.

De la carta que el doctor Albert Schweitzer escribió desde Lambarene, el 30 de junio de 1963, al editor alemán de M. Rolf Hochhuth, sólo retendremos las tres proposiciones esenciales:

1. "Como testigo activo del fracaso de aquella época (la de la persecución de los judíos), creo que debemos preocuparnos del problema planteado por aquel acontecimiento histórico."

Así nos enteramos de que el doctor Schweitzer ha sido un testigo activo. ¿Contra quién? Contra Hitler, huelga decirlo. Veinte años después, conviene saberlo.

2. "A fin de cuentas, la Iglesia católica no es la única responsable: la Iglesia protestante también lo es. Pero la Iglesia católica tiene una mayor responsabilidad, porque representaba una potencia organizada, supranacional, muy bien situada para hacer algo, en tanto que la Iglesia protestante era nacional, impotente y estaba desorganizada."

El doctor Albert Schweitzer es protestante y no puede sorprender a nadie que abogue por su Iglesia. Sin embargo, debemos señalarle que, en Alemania, la Iglesia protestante representaba una fuerza mucho más poderosa (de 40 a 45 millones de adeptos) que la Iglesia católica (de 20 a 25 millones), y que sus pastores no se distinguieron precisamente en 1933 por sus esfuerzos para evitar que Hitler ascendiera al poder, en tanto que el Episcopado católico aconsejó que se votara contra él.

3. "La aparición de *El Vicario* resulta significativa. No es solamente la condena del silencio de una personalidad histórica, no es solamente un veredicto histórico, sino también un aviso a nuestra época, la cual se abandona a una vida totalmente desprovista de humanidad."

¿Un veredicto histórico? La idea de que la historia emite veredictos está bastante difundida en los tristes tiempos que corren. Pero el emitido en tales términos por el doctor Schweitzer, que no teme identificar a M. Rolf Hochhuth con la Historia, no dejará de participar de aquella mediocridad. A nadie puede escapar el carácter común de esas tres proposiciones: la primera es una propaganda para su persona como "testigo activo"; la segunda es una propaganda para su Iglesia, "también culpable", desde luego, pero mucho menos que la Iglesia católica; y, en cuanto a la tercera, es una discreta alusión a la empresa que dirige en Lambarene, y que por medio de una

propaganda muy bien enfocada ha sabido utilizar para aparecer a los ojos de un mundo intelectualmente desquiciado como el compendio de las virtudes humanitarias, pero que, a los ojos de un gran número de mentes sanas aparece cada vez más como una empresa casi únicamente comercial (58).

Basta leer *Les Mots* (59), esa obra maestra de Jean-Paul Sartre, el cual desciende de los Schweitzer por línea femenina, y que en consecuencia les conoce bien, para no dudar de que el sentido de la publicidad, confirmado por M. Morvan Lebesque en un reportaje (60) que hizo en Lambarene, se transmite hereditariamente.

El caso de Thomas Mann es un poco distinto: aquel escritor alemán que se hizo famoso en 1901 (a la edad de 26 años) por una notable novela de análisis social, *Los Buddenbrook*, había llamado la atención de los círculos intelectuales franceses en 1914 por la influencia que ejerció en los medios intelectuales alemanes en favor de la Primera Guerra Mundial (61). Hay que creer que la guerra era en él una necesidad: a partir de 1933 se puso al servicio de la Segunda. Sin embargo, en un cuarto de siglo sus motivos filosóficos habían dado un giro completo: del pangermanismo había pasado al antinazismo. Pero tuvo la precaución de dejarnos la tarea de aplastar al nazismo, ya que a los primeros síntomas de peligro se apresuró a poner a salvo su valiosa persona en los Estados Unidos.

Un gran escritor, en suma (también Premio Nobel), pero un vulgar vocinglero. En virtud de lo cual, contrariamente a sus codignatarios de la libre academia sueca que se limitaron a generalizar, *a posteriori*, sobre el horror de unos hechos de los cuales no tenían el menor conocimiento, Thomas Mann se pronunció, mientras se desarrollaban, al nivel de su materialidad que él garantizaba: a pesar de su lejanía física, era el testigo más directo de lo que pasaba en Europa. Así, disponiendo mensualmente de ocho minutos en las antenas de la B.B.C., se dedicó a informarnos de un modo muy concreto acerca de los menores acontecimientos de Polonia, y fue el primero en señalar, en noviembre de 1941, las matanzas de judíos y de polacos, y luego, en enero de 1942, el exterminio de los judíos holandeses por medio del gas (62).

Ignoramos cuáles eran las fuentes de información del difunto Thomas Mann. Es posible que fueran las mismas que las de un tal Ralf Feigelson, el cual resume así, fechándolas, todas las informaciones llegadas de Polonia:

"Desde las primeras matanzas en masa al Este de Europa, los resistentes judíos y polacos habían alertado a la opinión mundial. A finales de 1941, la Resistencia de Lodz informó a Londres acerca de los acontecimientos de Chelmno. El 16 de marzo, el 31 de agosto y el 15 de noviembre de 1942, fueron enviados tres informes desde Varsovia. En abril de 1943, el *ghetto* de Byalystock lanza un S.O.S. Aquellos gritos de alarma, que llegaron a su destino ... " (63).

Que yo sepa, no existe ningún rastro de una información destinada a Londres acerca de lo que sucedía en Chelmno . Pero es posible que una carta de M. Riegner, representante del Congreso Mundial Judío en Ginebra, a la embajada de los Estados Unidos en Berna, con fecha de 8 de agosto de 1942 (64), se base en el informe salido de Varsovia el 16 de marzo. El problema que se plantea es únicamente el de saber en qué fecha fue informado el Vaticano y cuál fue su reacción. Lo que puede afirmarse con certeza es que, por primera vez, unos hechos concretos fueron llevados a su

conocimiento el 26 de septiembre de 1942, a, través de una carta de M. Myron Taylor, representante personal del presidente Roosevelt cerca del Papa, al Secretario de Estado Monseñor Maglione (65). En ella se trata de la liquidación del *ghetto* -- de Varsovia, en Belzec, de matanzas, de deportaciones a cuarenta personas por vagón hacia Lituania, Lublin o Theresienstadt, etc. Se dice también que "los cadáveres son utilizados para la fabricación de grasas", pero no se habla de cámaras de gas. Esas informaciones son facilitadas por la carta como procedentes de la Agencia judía de Ginebra, con fecha de 30 de agosto de 1942. La Agencia en cuestión dice haberlas obtenido de "dos testigos oculares de toda confianza (arios), uno de los cuales llegó de Polonia el 14 de agosto", pero no se cita el nombre de los testigos.

Monseñor Maglione contestó el 10 de octubre de 1942 y, según nos dice M. Tittmann, principal colaborador de M. Myron Taylor, su respuesta se produjo en los siguientes términos:

"Después de agradecer al embajador Taylor el haber llevado el asunto a la atención de la Santa Sede, la nota (de Monseñor Maglione) declara que unos informes procedentes de otras fuentes y relativos a las severas medidas adoptadas contra personas no-arias han llegado también a la Santa Sede, pero que, hasta el momento presente, no ha sido posible comprobar su veracidad ... " (66).

Se comprende perfectamente que la Santa Sede experimentara la necesidad de comprobar la veracidad de aquellas informaciones. Y se comprende también que, el 5 de enero de 1943, en una entrevista que sostuvo con el mismo M. Tittmann, Pío XII pudiera declararle que "temía que los informes de atrocidades señaladas por los Aliados fueran fundados... pero que su impresión personal era la de que habían podido ser exagerados hasta cierto punto, con fines propagandísticos"..

En aquella fecha había sido publicada la declaración interaliada sobre la suerte de las poblaciones judías de Europa transportadas al Este. Se trata de la puesta en práctica de "la intención, repetida a menudo por Hitler, de exterminar a la población judía de Europa", de su transporte en unas espantosas condiciones de brutalidad y de horror", de las "personas físicamente sanas lentamente exterminadas por el trabajo en los campos" de los "enfermos condenados a morir por inanición", de las "víctimas cuyo total se eleva a centenares de miles" (67), pero tampoco se habla para nada de cámaras de gas. Conociendo por M. Myron Taylor las dudosas fuentes de las informaciones repetidas en aquella declaración (68) Pío XII no podía dejar de experimentar la necesidad de comprobar su exactitud.

Lo que había dicho el difunto Thomas Mann sobre los exterminios por medio del gas, a partir de enero de 1942, había pasado completamente inadvertido. Parece que la primera vez que se habló de ello, de modo que la autenticidad quedará acreditada en los medios gubernamentales y diplomáticos aliados, puede fecharse en noviembre de 1943, con la aparición en Londres de un libro de un profesor israelita de Derecho de la Universidad, de Varsovia que se había refugiado en la capital inglesa en 1939: *Axis Rule in occupied Europe*, de Rafael Lemkin. Sin embargo, aquel libro fue acogido con muchas reservas: hay que convenir que aquellos millones de judíos sistemáticamente exterminados en unas cámaras de gas constituían un hecho difícilmente creíble, especialmente cuando la acusación era formulada por un hombre cuya calidad de

testigo no era más aceptable que en el caso de Thomas Mann. Londres, de todos modos, no parece haber realizado ninguna gestión diplomática al respecto.

Existe también el informe del Dr. Reszö Kasztner, presidente del Comité de Salvación de los judíos de Budapest, el cual se refiere a las matanzas de judíos en el Este europeo, conocidos por su autor a finales de 1942, y a las cámaras de gas, cuya existencia llegó a su conocimiento en el verano de 1943. En esta ocasión se trata de un testigo directo en lo que respecta a Hungría y, a través de un servicio de información que él mismo había creado, un testigo de segunda mano en lo que respecta a Eslovaquia, Bohemia-Moravia, Polonia, Rumania y Austria. Hungría no fue invadida por las tropas alemanas hasta el 19 de marzo de 1944. Hasta entonces, el doctor Reszö Kasztner estuvo en comunicación completamente libre con una organización judía paralela a la suya cuya sede se encontraba en Constantinopla, capital de Turquía, país neutral donde los judíos no fueron nunca molestados. No parece que después de la invasión de Hungría los alemanes cortaran la comunicación entre los judíos de Budapest y los de Constantinopla, sino todo lo contrario (69). Desde finales de 1942 hasta la invasión de Hungría por las tropas rusas, por tanto, el doctor Kasztner informó a la organización judía de Constantinopla de todo lo que sabía o creía saber. A partir de allí, ¿qué pasaba con las informaciones transmitidas? Se ignora. Cuando, el 18 de mayo de 1944, Joel Brand-, enviado a los aliados por Eichmann para tratar del cambio de un millón de judíos por diez mil camiones, llegó a Constantinopla, la primera pregunta que le formularon sus corresponsales judíos turcos fue la siguiente: "¿Es cierto que han empezado las deportaciones?" (70). Inmediatamente comprobó que mantenían unas relaciones muy superficiales con las embajadas inglesa y norteamericana. Y cuando les habló de enviar un telegrama, la respuesta fue: "No es tan sencillo como parece... Ni siquiera estamos seguros de que nuestros telegramas lleguen a su destino, o de que no sean falsificados".(71). Joel Brand les contó entonces lo que sucedía y no le creyeron. Habiendo conseguido entrar en contacto con Lord Moyne, responsable inglés para Palestina, el representante británico le hizo encarcelar como impostor (72). Finalmente, el informe Kasztner no fue redactado por su autor, en aquella época refugiado en Suiza, hasta el verano de 1945, tomado en consideración oficialmente por primera vez el 13 de diciembre de 1945 por el Tribunal de Nuremberg (73) y hecho público, en idioma alemán, en una versión muy distinta al original, en el curso del año 1961, por el editor Kindler, de Munich, durante el proceso Eichmann (74).

Resulta difícil sostener que Pío XII pudiera estar mejor informado que los Aliados. Pero, cuando menos, se replicará, pudo haber confiado en los Aliados y aceptar sus informaciones tal como le fueron transmitidas, especialmente la carta de M. Myron Taylor del 26 de septiembre de 1942 y la resolución aliada del 18 de diciembre de 1942 (75). ¿Y por qué no había de demostrar, con respecto a aquellas informaciones, la misma reserva que los propios aliados manifestaban con respecto a sus informadores?

Tenía que efectuar comprobaciones. Pero, ¿de qué medios disponía? Sus Nuncios, simplemente. Sin embargo, no tenía Nuncio en Polonia, por haberse negado a reconocer aquel Estado en los límites a los cuales lo había reducido Hitler. Tenía Nuncios en Eslovaquia, en Hungría, en Ankara, etc., es cierto. Pero cada vez que aquellos Nuncios le señalaron alguna exacción, se informó y les dio instrucciones en el sentido de una gestión de protesta. El lector conoce ya la suerte corrida por todas



las protestas del Vaticano, que llenaban los cajones del despacho de M. von Ribbentrop. Joel Brand da cuenta de repetidas intervenciones del Papa, sea directamente, sea a través de sus Nuncios, en Eslovaquia en 1941, 1942 y 1943, y en Hungría de mayo a junio de 1944 (76). He aquí, ahora, la suerte corrida por una intervención de Monseñor Orsenigo, Nuncio en Berlín, cerca del propio Hitler.

"Hace unos días -- dice el Nuncio --, tuve la misión de ir a Berchtesgaden, donde fui recibido por Hitler. En cuanto abordé la cuestión de los judíos y del judaísmo, la entrevista sufrió un cambio radical. Hitler me volvió la espalda, se acercó a una ventana, empezó a repiquetear con los dedos en uno de los cristales. Mi situación se hizo muy penosa, obligado a exponer mi petición a un interlocutor que me daba la espalda. Sin embargo, dije lo que tenía que decir. Hitler se volvió bruscamente, se dirigió a una mesa sobre la cual había un vaso lleno de agua. Cogiendo el vaso, lo estrelló furiosamente contra el suelo. Ante aquel gesto altamente diplomático, tuve que considerar mi misión como terminada" (77).

Lo que es seguro -- y lo que se le reprocha a Pío XII, es que sus intervenciones sólo estaban basadas en hechos comprobados por sus propios servicios de información, que siempre eran formuladas por vía diplomática (el propio M. Jacques Nobécourt observa a propósito de Pío X que un Papa no dispone de otros medios (78): ¿por qué no había de ser válido para Pío XII lo que era válido para Pío X?), y que siempre habían tenido el carácter de "prote"stas contra todas las atrocidades, vinieran de donde vinieran", como aquellas, por ejemplo, que formuló a los ingleses y a los americanos a propósito de los bombardeos aéreos contra las poblaciones civiles. Era la única forma de protesta -- compatible con su misión apostólica de , en una encrucijada que nos recuerda el problema de la Sabina desgarrada entre su hermano y su esposo, lanzados uno contra uno por los ancianos de los dos bandos.

El Papa reaccionó contra la guerra; no tenía por qué reaccionar contra sus consecuencias particulares para uno solo de los dos bandos, en detrimento del otro.

Pero esta puntualización sobre lo que Pío XII supo y en qué fechas, no perseguía más objetivo que el de permitir apreciar en su justo valor a los "testigos de choque" de M. Rolf Hochhuth y sus consortes. Y de poner en evidencia que se puede ser a la vez un talento consagrado, y, moralmente, un hombre insignificante. Excepción hecha, naturalmente, del doctor Schweitzer, cuya "consagración" no se debe a un talento literario, sino únicamente a un exhibicionismo hábilmente puesto al servicio de un agudo sentido comercial.

#### *V. Saül Friedländer y los archivos alemanes.*

Uno de los numerosos fiscales de la causa merece una mención especial: el último de entrar en liza, M. Saül Friedländer, citado ya varias veces en estas páginas. Ciudadano israelita nacido en Praga, M. Saül Friedländer se benefició, mucho antes de que apareciera su libro *Pío XII y el Tercer Reich* (79), de una campaña publicitaria sin precedente para un autor, y que dio la impresión de que se había lanzado al estudio de los documentos alemanes relativos al asunto del *Vicario* del mismo modo que un lobo soltado en un corral. Iba a pulverizar a todos los que dudaban de lo fundamentado de la tesis de M. Rolf Hochhuth.

He aquí el resultado:

1. Un libro de 238 páginas en 160, cuyas dos terceras partes, aproximadamente, están ocupadas por comentarios del autor, por documentos de fuentes distintas a la alemana (agencia judía, archivos israelitas, ingleses, americanos), por citas de otros autores (Poliakov, Nobécourt, etcétera), y por un epílogo de Alfred Grosser. Lo cual nos lleva a la conclusión de que el *dossier* del Vaticano en los archivos alemanes, que ocupa un centenar de páginas de pequeño tamaño, es muy reducido. Y las relaciones entre el Vaticano y el Tercer Reich muy limitadas. M. Saül Friedländer, es cierto, nos dice que sólo ha encontrado cinco *dossiers* en el quinto de los cuales se menciona un sexto que ha desaparecido. ¿Y si ese sexto mencionaba un séptimo, un octavo, etc.? Aquella desaparición de documentos, cuyo número no se puede calcular, obliga al autor a limitar su investigación al 16 de octubre de 1943, habiéndola empezado deliberadamente a partir del 3 de marzo de 1939; sin embargo, los contactos entre Pío XII y el Tercer Reich se iniciaron, cuando el Papa no era más que el Cardenal Secretario de Estado Pacelli, el 30 de enero de 1933 y continuaron hasta abril de 1945, por lo que resulta que la investigación sólo abarca cuatro años y medio de un período que duró doce años. Limitado en el tiempo, lo es asimismo en su campo: M. Saül Friedländer nos presenta a Pío XII, no a través del *dossier* del Vaticano en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich, sino únicamente a través de la correspondencia de su embajador en el Vaticano con el Secretario de Estado. de aquel Ministerio. Por añadidura, sólo nos ofrece los informes del propio embajador o de sus colaboradores, nunca los textos de las instrucciones que los motivaron. En tanto que la tendencia de los historiadores modernos es, cada vez más, la de volver a situar los hechos en su marco histórico en el plano del tiempo y del espacio para alcanzar un máximo de objetividad, la de M. Saül Friedländer consiste en aislarlos tanto como sea posible de aquel marco.

2. La limitación de su investigación en el tiempo permite, al iniciarla el 3 de marzo de 1939, pasar en silencio las relaciones entre Pío XII y el Tercer Reich durante todo el período que va desde el 30 de enero de 1933 al 3 de marzo de 1939. Y he aquí lo que nos da:

El 3 de marzo de 1939, el Consejero Du Moulin, jefe de los Asuntos Vaticanos en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich, redacta la ficha del Papa elegido la víspera; en ella se lee: "... No puede reprochársele, pues, el haber colaborado en la política de fuerza de Pío XI... Con toda su energía, se ha opuesto a la política de los intransigentes y ha tomado el partido de la comprensión y de la reconciliación". (80). Sin embargo, el mismo día, en Francia, *Le Populaire* (periódico socialista) y *L'Humanité* (periódico comunista) se felicitan por la elección de un Papa antifascista y antinazi. El Consejero Du Moulin había olvidado por completo la campaña de la prensa alemana contra el cardenal Pacelli, a raíz de su viaje a Francia en 1937, y especialmente el famoso apóstrofe del *Angriff* (81), periódico de Goebbels: "Pío XI es medio judío, Pacelli lo es del todo".. Por otra parte, se sabe que el verdadero \*autor de la encíclica *Mit brennender Sorge* del 14 de marzo de 1937, que constituye una condena implacable del nazismo, es el cardenal Pacelli, futuro Pío XII, aunque la encíclica estuviera firmada por Pío XI. Lo que el Consejero Du Moulin había olvidado, lo sabemos por Monseñor Paganuzzi, íntimo colaborador de Pío XI y de Pío XII, que lo declaró al semanario italiano *Vita* en estos términos:

"El Papa les dio a leer el texto definitivo de la encíclica, pidiéndoles su opinión y comentarios. Los dos cardenales felicitaron al Papa por la justa denuncia de los errores nazis y la repulsa circunstanciada de posiciones contrarias a todos los principios morales y a la ley natural y existente, subrayando que aquellas posiciones nazis eran las responsables del estado precario de las relaciones entre la Iglesia y no solamente el Reich sino el conjunto del catolicismo alemán.

"El anciano Papa se alegró visiblemente por los cumplidos y la aprobación de los dos cardenales alemanes. En un momento dado, señalando con el dedo al Cardenal Pacelli y tras una breve pausa para subrayar lo que iba decir (Pío XI) declaró lentamente: "Dadle las gracias a él... Lo ha hecho todo... Ahora es él quien lo hace todo"" (82).

Y la prueba irrefutable ha sido suministrada por *La France catholique*, que ha publicado (83) la fotocopia de un fragmento de prueba de imprenta de aquella encíclica, en la cual figuran, no correcciones *tipográficas*, sino correcciones *de autor* de puño y letra del Cardenal Pacelli.

Finalmente, sabemos por el R. P. Leiber que, habiendo firmado el Tercer Reich un Concordato con el Vaticano, Concordato que fue violado al día siguiente de su firma e innumerables veces con posterioridad, todas las protestas del Vaticano contra aquellas repetidas violaciones (84) son de puño y letra del Secretario de Estado Pacelli, el único, por otra parte, que en su calidad de padre del derecho concordatorio establecido por él, podía formularlas propiamente. Y, según *La Documentation catholique*, que cita las *Acta Apostolicae Sedis*, la Suprema Congregación del Santo Oficio condenó a iniciativa suya libros como *El Mito del Siglo Veinte*, de Alfred Rosenberg, *La Iglesia Nacional Alemana* sobre el mismo tema del mito de la raza y de la sangre, de E. Bergmann, *La Emigración de los Judíos a Canaan*, del abate Schmidtke, profesor de la Facultad de Teología de Breslau, etc., y decisiones del gobierno del Reich tales como la esterilización de las personas víctimas de enfermedades hereditarias y la eliminación (eutanasia) de los enfermos incurables que constituyen una pesada carga para la sociedad. El método seguido por M. Saül Friedländer le permite pasar todo eso en silencio y presentarnos a un Pío XII que no tiene de común con su verdadera figura histórica mucho más que el que nos presenta M. Rolf Hochhuth. Ello le permite incluso escribir: "Únicamente los archivos del Vaticano podrían revelar si los sermones de Monseñor Galen, obispo de Münster, que en agosto de 1941 se pronunció públicamente contra la eliminación de los enfermos mentales y obligó a Hitler a rectificar la acción que había emprendido, se debieron a instrucciones del Papa o fueron una iniciativa personal del obispo". (85)

Lo que demuestra que ni siquiera ha leído aquellos sermones, los cuales se refieren de un modo absoluto a la decisión de la Suprema Congregación del Santo Oficio del 2 de diciembre de 1940, que tiene el valor de una "instrucción del Papa", y que, en este caso lo era, ya que fue adoptada bajo su pontificado.

El mismo método, finalmente, le permite pretender que: "Se recordará, sin duda, que el antiguo Nuncio en Munich y en Berlín fue el iniciador del concordato entre la Santa Sede y el Tercer Reich..." (86), sin darse cuenta de que él mismo cita un documento en el cual se dice que "el concordato con el Reich había sido el resultado de un deseo expresado por Alemania"(87).

3. La limitación de la investigación a los informes de un embajador permite observaciones como ésta: al mismo tiempo que M. Tittman, de la misión Roosevelt en el Vaticano, se declara de acuerdo con el Papa acerca de las respuestas que le ha dado a propósito de su mensaje de Navidad de 1942, y especialmente cuando le dice que

aquel mensaje "debía ser bien acogido por el pueblo norteamericano", el embajador alemán Bergen -- que permaneció en su puesto en el Vaticano hasta el 4 de julio de 1943- se felicita cerca de su gobierno de que aquel mismo Papa no haya cedido a las solicitudes de los anglosajones en el sentido de condenar únicamente los crímenes nazis. De modo que a juzgar por los informes de los dos embajadores, todo el mundo debía sentirse satisfecho con aquel mensaje de Navidad de 1942... Sin embargo, sabemos perfectamente que la realidad era muy distinta: en efecto, todo el mundo quedó descontento, los alemanes porque el mensaje era demasiado concreto, aunque el embajador les demostrara que aquello no era grave, subrayando la cordialidad con que había sido recibido por el Pap, o las "informaciones de fuentes autorizadas que permitían afirmar que el Papa estaba de corazón al lado de las potencias del Eje" (88); y los americanos porque el mensaje no era bastante concreto, aunque su embajador les dijera que era suficientemente claro, lo cual daba a entender que él no dudaba de que se marchaba por el buen camino y que se alcanzaría el objetivo deseado.

Hay que desconfiar de los informes de los embajadores. Todos los historiadores saben que un embajador está preocupado especialmente en hacer resaltar su actuación cerca del gobierno ante el cual está acreditado, y que la versión que da de un hecho relacionado con la política exterior de su propio gobierno, así como de las reacciones que provoca en el del país donde desempeña su cargo, no tiene valor más que por comparación con los informes de las otras embajadas del lugar sobre el mismo hecho y las mismas reacciones, y de ahí los intercambios de instrumentos diplomáticos que son la consecuencia de la actuación del embajador, si se ha visto coronada por el éxito. En el caso de Bergen y de su sucesor Weizsäcker, su misión fue un fracaso total, y por ello se comprende que se sintieran inclinados a cargar las tintas sobre el fracaso de los embajadores aliados, explicándolos por las simpatías del Papa hacia las potencias del Eje, a través de sus personas y debido a su actuación.

Pero, ¿cuál era la misión de un embajador de Hitler cerca de la Santa Sede? Acerca de ese extremo, estamos exactamente informados por el acta de la entrevista que M. von Ribbentrop en persona sostuvo en el Vaticano con Pío XII y luego con su Secretario de Estado Monseñor Maglione, el 11 de marzo de 1940: " El Führer -- dice Ribbentrop- opinaba que era factible un arreglo fundamental entre el nacional-socialismo y la Iglesia católica. En cambio, carecía de sentido tratar de arreglar las relaciones entre uno y otra abordando unos problemas separados de tal o tal género, o estableciendo unos acuerdos temporáneos. El Estado nacional-socialista y la Iglesia debían más bien desembocar en un momento dado en un arreglo general y fundamental de sus relaciones, el cual constituiría entonces una base permanente de cooperación armónica entre ellos. Además, no había que perder de vista que un arreglo entre el nacional-socialismo y la Iglesia católica dependería de una condición preliminar principal, a saber, que el clero católico de Alemania abandonara toda clase de actividad política y se limitara exclusivamente al cuidado de las almas, la única actividad que era de la competencia del clero. El reconocimiento de la necesidad de aquella separación radical no parecía ser aún la opinión unánime del clero católico alemán ( ... ). El clero católico tiene que hacerse a la idea de que, con el nacional-socialismo, ha aparecido en el mundo una forma completamente nueva de vida política y social" (89).

Está claro: se trata de una revisión del Concordato que deja al clero alemán cierta latitud política (especialmente por su artículo 31 sobre las organizaciones de juventudes), insoportable para Hitler. Si bien se muestra de acuerdo sobre "los hechos concretos tal como los ha mencionado el ministro", Pío XII no le sigue por aquel camino y "trata de encauzar la conversación hacia ciertos problemas específicos y ciertas quejas de la Curia", pero el ministro le interrumpe "subrayando una vez más la necesidad de un arreglo fundamental y general del conjunto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado".

La misión del embajador Bergen y de su sucesor era, pues, la de inducir a Pío XII, si no a intercambio de instrumentos diplomáticos cuyo objeto sería una modificación del Concordato, al menos a una declaración susceptible de inducir al clero católico alemán a una renuncia al ejercicio de su influencia política y a la idea de que, con el nacional-socialismo, había hecho su aparición en el mundo una forma completamente nueva de vida política y social. En plena guerra, equivaldría a una toma de posición en favor de las potencias del Eje. Cuando Hitler y von Ribbentrop quedaron convencidos de que Bergen no tenía ya ninguna posibilidad de éxito, le sustituyeron por Weizsäcker.

Esto no impidió a Bergen destacar hasta el último momento el papel que había desempeñado en sus funciones: el día que recibió la orden de pedir el *placet* para su sucesor, escribió a su ministro una carta en la cual hablaba del desorden existente en el Vaticano, donde él era el único, "gracias a las relaciones íntimas que se había creado -- estaba en el Vaticano desde 1920 --, que podía conseguir algo efectivo, aunque de momento resultaba imposible". (90).

Von Weizsäcker, su sucesor, no tuvo tiempo de hacer sensible su fracaso a los ojos de Hitler.

Por otra parte, hay que desconfiar, no sólo de los informes de los embajadores, sino del estilo diplomático propio de los embajadores e incluso de los Jefes de Estado. Ejemplo: Pío XI, que suele ser opuesto a Pío XII por su antinazismo de buena ley, acogió a von Papen, a raíz de su llegada al Vaticano" para el asunto del Concordato, en estos términos: "Permitidme deciros cuánto me satisface ver en la persona de Hitler el gobierno alemán presidido por un hombre que ha tomado por divisa la lucha encarnizada contra el bolchevismo y el nihilismo". (91).

M. Max Gallo (92), por su parte, cita un número bastante considerable de afirmaciones de la misma naturaleza dirigidas a Mussolini. Son afirmaciones, que no tienen más valor que el de simples fórmulas de cortesía, lamentables, sin duda, pero inscritas en las buenas costumbres, como las de las anfitrionas al recibir a sus invitados (93). Ello no impide que todo el equipo del *Vicario* alabe la memoria de Pío XI y reniegue de la de Pío XII, el cual nunca dijo más, y tal vez ni siquiera tanto, ni a Hitler ni a Mussolini, ni mucho menos a sus representantes.

4. Finalmente, tenemos el estilo utilizado por M. Saül Friedländer para presentar su *dossier*. Reconoce que es muy incompleto, admite que los informes de los embajadores son sospechosos, que le faltan elementos de juicio, etc. Pero no por ello deja de opinar que los documentos que cita son, a pesar de todo, "muy significativos" tomados uno a uno, y, en cuanto al conjunto, cree que representa una "aportación

importante" para el estudio de la cuestión, o es "de un innegable valor histórico para la comprensión de los acontecimientos"(94).

El destacar la "profunda simpatía (de Pío XII) por Alemania..." "que el régimen nazi no ha alterado", añade su compadre Alfred Grosser en su epílogo . Como si Francia no hubiera continuado siendo para Pío X a pesar del "padrecito Combes" "la hija mayor de la Iglesia" a principios de este siglo. La expresión "profunda simpatía por Alemania" y tantas otras del mismo sentido, son presentadas de modo que el lector traduzca "por el nazismo". Una pequeña prevaricación.

La atención especial dedicada a la carta de Pío XII a Hitler para informarle de su elección. Aquí, el autor cita a monseñor Giovanetti: "Por su extensión -- dice ese prelado- así como por los sentimientos que expresa (aquella carta) difería por completo de las otras cartas oficiales expedidas por el Vaticano en la misma fecha"(95). El comentario "sugiere" una simpatía especial hacia Hitler. Pero, aquella carta, ¿cómo podía dejar de ser "diferente a las otras cartas oficiales"? ¿Con qué otro Estado tenía el Vaticano problemas que arreglar tan graves como con Alemania? Ese es el sentido que hay que dar a la observación de monseñor Giovanetti.

Un modo de citar los textos: "En Noruega no hay más que 2000 católicos; por lo tanto, aunque juzga severamente el aspecto moral (de la invasión de Noruega por las tropas alemanas), desde el punto de vista práctico la Santa Sede tiene que pensar en los 30 millones de católicos alemanes"(96). Se cita al abate Paul Duclos, según el cual el texto ha sido extraído del *Osservatore Romano*, cuando lo cierto es que no ha sido extraído de aquel periódico, sino que procede de otro autor, M. G.-L. Jaray (97), el cual lo cita *sin referencia*. Se observa también que, después de haber calificado el texto de "cínico", el abate Paul Duclos añade que si ha sido extraído del *Osservatore Romano*, el texto sólo puede ser "obra de un *sub-redactor* y que ha escapado a la censura del periódico". Pero M. Saül Friedländer se ha guardado mucho de citar íntegramente.

Otra pequeña prevaricación. Es sabido que el obispo von Galen, de Münster, condenó la eutanasia, y que M. Saül Friedländer no sabe "si se trata de una iniciativa personal (del obispo) o de una instrucción del Papa" ; y se sabe también que si M. Friedländer ignora que se debía a las instrucciones del Papa es porque no ha acudido a los textos, o porque, con la intención de insinuar, ha hecho como si no hubiese acudido a ellos. Pero, cuando el arzobispo Constantini pronuncia en la basílica de Concordia (provincia de Venecia) un discurso en el cual dice:"Esperamos de todo corazón que ese combate (el de los soldados alemanes e italianos en el frente ruso) nos traerá la victoria final y la destrucción del bolchevismo" pidiendo "la bendición de Dios sobre los que, en esta hora decisiva, defienden el ideal de nuestra libertad contra la barbarie roja" (98), la embajada de Berlín en el Vaticano informa a Berlín "que es imposible que (aquella alocución) no haya sido pronunciada de acuerdo con la Santa Sede"(99), sin citar la menor referencia, y M. Saül Friedländer llega a la conclusión de que "el Informe de Menshausen *parece (sic)* describir de modo bastante *plausible (resic)* la actitud adoptada por Pío XII"(100).

El mismo procedimiento es utilizado cuando se trata del *Osservatore Romano*: si, por casualidad, ese periódico publica una información acerca de la marcha de la guerra que le parece atacable, M. Saül Friedländer no deja nunca de observar que refleja la

opinión del Papa; pero si publica un comunicado sobre un hecho a propósito del cual el Papa ha considerado que bastaba aquel comunicado, M. Saül Friedländer no deja tampoco de observar que el *Osservatore Romano* ha hablado, pero que el Papa se ha callado, lo cual "sugiere" que el periódico no refleja la opinión del Papa en aquel caso.

Hay que partir de los hechos: el 14 de marzo de 1937, el Vaticano condenó al nazismo (encíclica *Mit Brennender Sorge*) y el 19 del mismo mes al bolchevismo (encíclica *Divini Redemptoris*). Posteriormente, no habiendo sido introducida ninguna modificación en aquellas dos condenas (al menos las *Acta Apostolicae Sedis* no han dado fe de ninguna), es lógico creer que continúan siendo válidas en el mismo sentido en~ que fueron formuladas. Y es más lógico aún creerlo en lo que respecta a la del nazismo, renovada varias veces bajo Pío XI y Pío XII, lo cual no ocurre con la del bolchevismo. Sin embargo, M. Saül Friedländer presenta sus documentos de una forma tal que los comentarios que añade a continuación dicen expresamente lo contrario, es decir, que si bien Pío XII mantuvo íntegramente la condena formulada contra el bolchevismo por Pío XI, por miedo al bolchevismo, no cesó de desdecirse de la formulada contra el nazismo, no en principio sino de hecho, considerándolo como el único bastión eficaz contra la extensión del bolchevismo. Debidas a su pluma, se encuentran observaciones como ésta: "Pío XII no tomará nunca públicamente partido contra la Unión Soviética" (101). Pero, a partir de la entrada en guerra de Alemania contra Rusia, dice: "lo que preocupa a Pío XII es una posible extensión del bolchevismo gracias a la guerra" (102), o "desde la primavera de 1943, el temor de una bolchevización de Europa parece (*sic*) dominar las consideraciones políticas de la Santa Sede"(103), o "Pío XII temía una bolchevización de Europa más que cualquier otra cosa (más que el nazismo, por tanto, y esperaba que la Alemania hitleriana, reconciliada con los anglosajones, sería el bastión fundamental contra todo avance de la Unión Soviética hacia el oeste" (104).

Por desgracia, si bien esa tesis aparece como verosímil a través de los informes de los embajadores alemanes en el Vaticano, Bergen y Weizsäcker, ningún texto de Pío XII viene a corroborar los informes de aquellos dos embajadores, ni tampoco ninguno de sus actos.

Sin embargo, M. Saül Friedländer los encuentra. Por ejemplo, la alocución pronunciada por el Papa el 18 de octubre de 1939, cuando -- recibió al nuevo ministro de Lituania cerca de la Santa Sede:

" ... el deber mismo de Nuestro cargo no Nos permite cerrar los ojos cuando, precisamente para la salvación de las almas, surgen nuevos e incommensurables peligros; cuando, sobre la superficie de la Europa cristiana en todos sus rasgos fundamentales, se alarga cada día más amenazadora y más próxima la sombra siniestra del pensamiento y de la obra de los enemigos de Dios " (105).

Conclusión de M. Saül Friedländer: "Monseñor Giovanetti, que cita esas palabras, escribe que el Papa aludía a la terrible amenaza del comunismo ateo y considera deber suyo señalar el peligro"(106).

Sin embargo, si acudimos a monseñor Giovanetti, veremos que sitúa aquellas palabras en el instante en que Polonia acababa de ser repartida entre Alemania y Rusia, los Países Bálticos se encontraban ahora directamente amenazados, y aquella "sombra

sinistra del pensamiento y de la obra de los enemigos de Dios (que) se alarga cada día más amenazadora y más próxima" es la del nazismo y del bolchevismo. Como, hasta entonces, el bolchevismo no había sido problema para los Países Bálticos, de los cuales formaba parte Lituania, a cuya nación se dirige en la persona de su embajador, Pío XII *no hace alusión a*, como pretende M. Saül Friedländer, sino, dice Monseñor Giovanetti, "*amplió su discurso a (...) la terrible amenaza del comunismo ateo, etc.*"(107).

De todos modos, hay una cuestión de matiz.

Ya que el hecho de que se "ampliara" al comunismo, no es obstáculo para que afecte también al nazismo, igualmente .

Vemos, una vez más, que la preocupación por citar los textos respetando sus términos y su sentido no abruma a M. Saül Friedländer.

De hecho, todos los discursos que Pío XII pronunció durante toda la guerra se sitúan, sin excepción, dentro del marco de las dos encíclicas, *Mit Brennender Sorge* y *Divini Redemptoris*, firmadas por Pío XI, y de la *Summi Pontificatus*, con la cual Pío XII inauguró su pontificado el 20 de octubre de 1939. Todos ellos condenan a la vez al nazismo y al bolchevismo, . Todos ellos revelan el deseo de no mezclarse en los litigios que oponen a los beligerantes. Todos ellos condenan las atrocidades de la guerra, "procedan de donde procedan". Todos ellos proclaman en nombre de la "salvación de la civilización cristiana" la necesidad del "retorno a los principios de la justicia y de la paz verdadera".

Satisfechos de que Pío XII no accediera nunca a condenar únicamente a Alemania -- tampoco se le ocurrió nunca condenar únicamente a los anglosajones-, los embajadores alemanes en el Vaticano interpretaron cada vez aquel modo de hablar como una prueba de simpatía hacia Alemania, atribuyéndola a su actuación personal. Y, cada vez, M. Saül Friedländer les ha allanado el camino, concretando que aquella simpatía iba dirigida no solamente a Alemania, sino a la Alemania convertida en un bastión contra el bolchevismo porque era nazi. En realidad, el propio estilo de todos los discursos pontificales demuestra -- como en el caso de la alocución al nuevo embajador de Lituania que acabamos de citar- que si Pío XII, que condenaba a la vez nazismo y bolchevismo como "enemigos de Dios" y "peligro para la civilización cristiana", temía algo, era que, tal como señala Weizsäcker en el único de los documentos de M. Saül Friedländer que vale la pena citar, "bajo el peso de los acontecimientos del Este, Alemania se decida, en definitiva, a echarse en brazos de los rusos", añadiendo que "la tesis según la cual los gobiernos alemán y ruso están ya en contacto es inarraigable en el Vaticano", (108). Aquella hipótesis significaba la subversión de la civilización cristiana, es decir, de Europa y del mundo entero, por el nazismo y el bolchevismo asociados. Y no podía dejar de ser una preocupación para el "Vicario de Cristo", al mismo nivel que la guerra y la paz.

6. Insistiremos, especialmente durante el análisis de la actitud de Pío XII ante la guerra, en algunos argumentos de M. Saül Friedländer relativos a la interpretación que él da de aquella actitud. Bastaba, de momento, que el lector quedara advertido de la fragilidad de su tesis fundamental según la cual, considerando a la Alemania nazi como un bastión de la civilización contra el bolchevismo, Pío XII no hizo nada por



debilitarla y lo hizo todo para provocar un trastrueque de las alianzas. Es evidente, y así lo sostendremos, que después de no haber conseguido evitar que la guerra se abatiera sobre el mundo, hizo todo lo que estuvo en su mano para acortarla. Sin embargo, añadiremos aquí unas palabras más: si M. Saül Friedländer cree realmente que ha aportado elementos nuevos e inéditos susceptibles "de ayudar a la comprensión de los acontecimientos", se hace muchas ilusiones. Ya que bastaba con haber leído a Monseñor Giovanetti (*L'Action du Vatican pour la Paix*), al abate Paul Duclos (*Le Vatican et la Seconde Guerre Mondiale*), a François-Charles Roux (*Huit Ans au Vatican*), a Camille Cianfara (*La Guerra y el Vaticano*), a Michele Maccarrone (*Il National-socialismo e la Santa Sede*), para conocer, si no en el texto íntegro por lo menos en el contenido, y de modo a la vez mucho más objetivo y más concreto, no sólo todo lo que se dice en los documentos que nos presenta M. Saül Friedländer, sino mucho más.

## VI. La Defensa

En esta polémica, y con muy pocas excepciones, la defensa no fue ni más substancial ni más brillante que la acusación. El motivo hay que buscarlo en el hecho de que no había comprendido el comportamiento de Pío XII y, en consecuencia, carecía de campo de batalla y de municiones, y no podía hacer más que dejarse arrastrar al terreno minuciosamente preparado que la acusación había escogido para aplastarla. En campo abierto y desarmada contra un enemigo sólidamente atrincherado y armado hasta los dientes... y que, por añadidura, había comprendido muy bien el comportamiento de Pío XII, tan moralmente asesino para él. En una palabra, la buena fe sin competencia, contra la mala fe ejercitada.

1 Al morir, sin embargo, Pío XII había legado a sus herederos espirituales una especie de fortaleza del pensamiento que, siguiendo los pasos de León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, había contribuido a hacer casi inexpugnable: quiérase o no, la Iglesia romana no había alcanzado nunca un tal poder de irradiación. A la exquisita sensibilidad a propósito de la condición humana de que no había dejado de dar pruebas a partir de León XIII, se añadía, en materia de relaciones internacionales, una política de conciliación que, a partir de Pío X, la había hecho aparecer como inquebrantablemente apegada a la paz. En 1958, al advenimiento de Juan XXIII, quedaba en el recuerdo de los pueblos el hecho de que Pío X, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, no consiguió evitar que estallara la Primera Guerra Mundial; que Benedicto XV no había logrado restablecer las relaciones internacionales en 1916-1917 y, descartado del Tratado de Versalles, no tomó parte en la redacción de un texto que dio motivo a la Segunda Guerra Mundial; que Pío XI y Pío XII no habían dejado nunca de sugerir, por discretamente que fuera, la revisión de las perspectivas de la justicia entre las naciones; que el propio Pío XII no había conseguido evitar que estallara la Segunda Guerra Mundial, ni que se extendiera al mundo entero... ni acortarla. Muy abierta a la comprensión de los problemas sociales, a la muerte de Pío XII la Iglesia romana era, por añadidura, de todas las potencias que gobiernan el mundo, la única a la cual no se podía atribuir ninguna responsabilidad en ninguna de las dos guerras mundiales. Y, en lo que respecta a la segunda, todo el mérito de aquella no responsabilidad y del beneficio que la Iglesia extrajo de ella correspondía a Pío XII. Sin embargo, a los ojos de todos aquellos que, después de haber llevado a Hitler al poder en Alemania (y Pío XII no se encontraba entre ellos, ni mucho menos),

no vieron más que la guerra como único medio de expulsarle de él (cabe preguntarse incluso si no llevaron a Hitler al poder a fin de tener ocasión de hacerle la guerra a Alemania y aplastarla de un modo más completo aún que en Versalles), así como a los ojos de las iglesias competidoras, en especial la protestante y la judía, Pío XII se convirtió en un Papa pronazi, del mismo modo que a los ojos de Clemenceau Benedicto XV era un "Papa tudesco", y por idénticos motivos.

Todo el problema del *Vicario* está ahí.

De aquellas alturas desde las cuales Pío XII, que se había encaramado a ellas aparentemente sin esfuerzo, pronunció tan a menudo palabras de auténtico "Vicario de Cristo" (109) acerca de la guerra y de la paz, que no pueden dejar de aparecer un día como otros tantos "Sermones de la Montaña", sus defensores se han dejado arrastrar a una discusión, no de las atrocidades de la guerra, lo cual no hubiese constituido un descenso, sino únicamente de las atrocidades nazis, y aun éstas en la medida en que los judíos fueron sus víctimas. Como si una guerra sólo fuese una cuestión de atrocidades y no planteara, ante todo, unos problemas de justicia. Como si pudiera haber guerras sin atrocidades a uno y otro lado de la línea de fuego. Como si las Convenciones de Ginebra y de La Haya fuesen algo más que una estratagema de los conductores del juego para persuadir a la masa de los ingenuos de que existen posibilidades de humanizar la guerra y que, en consecuencia, declararla fuera de la ley no es más que un falso problema. Como si, finalmente, de los cincuenta millones de víctimas de la Segunda Guerra Mundial, las víctimas no judías, de diez a veinte veces más numerosas y muertas en condiciones por lo menos tan atroces -- ¡incluso bajo el fuego de los Aliados! --, no ofrecieran el menor interés.

¿Cómo diablos ha podido producirse una caída semejante? En el fondo, la respuesta es bastante sencilla, y, dada la obligación de decir la verdad incluso a los amigos, los defensores de Pío XII me disculparán que se la diga en los términos crudos que me son habituales: en las horas sombrías de 1939, de abril a septiembre, mientras aquel Papa recién elegido se esforzaba en demostrar a los futuros aliados en la guerra contra Alemania que todos los problemas europeos podían aún resolverse de acuerdo con los principios de la justicia por medio de negociaciones del tipo de las que habían llegado a feliz término en Munich en septiembre del año anterior, la mayoría de ellos, aunque venerando a la vez al hombre y al cargo, estaban ya convencidos de que no existía otro medio para "acabar" con Hitler que el llegar a las manos con él. Y, en 1963, llevar el problema al terreno en que se había situado Pío XII significaba para ellos reconocer que no habían seguido al pastor y que se habían equivocado. Sin embargo, es muy humano no reconocer los propios errores; incluso los santos... Hay todo un pasado de la humanidad, que sigue impregnando las conciencias y que no permite que los hombres se den cuenta fácilmente de que la guerra es siempre evitable: muchos de los que se han sentido heridos por *El Vicario* y han saltado a la palestra para defender la memoria de Pío XII, de muy buena fe y sin darse cuenta de que no tienen nada en común con el pensamiento de aquel Papa, están todavía convencidos, a pesar de los cincuenta millones de víctimas, a pesar de los miles de millones derrochados, a pesar de una paz más frágil *después* que *antes* de la última contienda, de que la guerra ha tenido resultados muy favorables... Resumiendo, estoy dispuesto a hacer una apuesta: No parece dudoso que, si las relaciones entre el Este y el Oeste se agravaran hasta el punto en que se agravaron entre los ánglosajones y Alemania en 1939, Pablo VI hablaría a unos y otros con el mismo lenguaje que su predecesores, y no sería más

escuchado ni más seguido que él. De lo cual se desprende que, después de esa próxima guerra, los defensores de un Pablo VI igualmente acusado se encontrarían también sin recursos.

En el caso de los de Pío XII hay, quizás, una excusa: su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, no fue publicada hasta el 20 de octubre de 1939, cuando el daño ya estaba hecho. Pero hay también algo más grave, y es que aquel daño no era irreparable. Sin embargo, cuando el Papa vino a decirles que no había "ni griegos ni judíos", advirtiéndoles que "en muchos aspectos, venerables hermanos, Nuestra primera encíclica os llegará *en la hora de las tinieblas* (Lucas, XXII, 53)..." y que "los pueblos trágicamente envueltos en el torbellino de la guerra, tal vez sólo están *en el comienzo de sus dolores* (Mateo, XXVIII, 8), y en millares de familias reinan ya la desolación, la miseria y la muerte; la sangre de innumerables seres humanos, incluso no combatientes, ha sido vertida y clama al cielo ... ", etc., no le oyeron, así como tampoco le oyeron al año siguiente, de julio a octubre, cuando trataba de restablecer los puentes entre los beligerantes.

En aquella época, su Papa no era ya Pío XII, sino el lastimero Churchill y su coadjutor el no menos lastimero Roosevelt.

En suma, los defensores de Pío XII estaban tan avergonzados por sus pasadas actitudes en lo que respecta a la guerra, como sus acusadores, por motivos contrarios, estaban empeñados en justificar las suyas; éste es el motivo de que, por una y otra parte, se evitara el examinar el problema a fondo.

Los defensores de Pío XII no habían comprendido ni captado su pensamiento, que era el de defender la paz. Por lo tanto, sólo les quedaba como argumento el de demostrar que el Papa no había sabido casi nada acerca de las atrocidades nazis y que, en la medida en que había sabido, habla protestado siempre, sin más límite que la preocupación de no empeorar la suerte de las víctimas.

En ese terreno no podían dejar de ser los más débiles ante unos adversarios sin escrúpulos, cuyo argumento más honrado era la petición de los textos; unos adversarios que no se cansaban de afirmar que Pío XII no dejó de atestiguar su simpatía a la Alemania nazi y que, si en 1939 se había pronunciado contra la guerra fue en virtud de aquella simpatía y no por pacifismo, lo cual deshonoraba sus esfuerzos en favor de la paz.

Los belicistas no tienen imaginación: en 1914, los antepasados de los de 1939 habían utilizado ya el procedimiento contra Pío X, cuyos esfuerzos en favor de la paz fueron interpretados por ellos como una prueba de simpatía hacia Francisco--José (debido a que, en 1903, había favorecido su elección al papado, oponiéndose a la del cardenal Rampolla), y en 1917 contra Benedicto XV (el "Papa tudesco" de Clémenceau). Pero, al dejarse acorralar contra la pared de las atrocidades nazis, y sólo de ellas, los defensores de Pío XII se habían negado a sí mismos la posibilidad de utilizar el argumento. Y, con su Papa, que no había sabido, no había podido, salvo a costa de provocar lo peor, se limitaban a contestar con flechas a unas bombas atómicas.

Es cierto, repitémoslo, que Pío XII no había sabido. Pero el argumento era muy pobre, puesto que el problema no consistía en eso. Es cierto también que siempre tuvo la

preocupación de evitar lo peor y que ése fue el motivo de su "reserva" -- el vocablo es del propio Pío XII -- pero eso era precisamente lo que se le reprochaba. "A veces hay que tener el valor de preferir lo necesario a lo útil", ha llegado a decir M. Alfred Grosser (110), mentor de M. Saül Friedländer. A los ojos de los enemigos de Pío XII, aquel vocablo, que se guardaron mucho de situar en su contexto, tiene el carácter de una confesión. La "reserva" del Papa se explica por la preocupación de no agravar los males desencadenados sobre la humanidad y por la preocupación de continuar siendo el Padre de todos. Sin embargo, aquí, el margen entre lo "útil" y lo "necesario" era entregar o no entregar a las represalias de Hitler, sin cambiar -- como no fuera para empeorarla -- la suerte de los judíos, a los cuarenta o cincuenta millones de católicos que vivían en el espacio europeo ocupado por las tropas alemanas. Era condenarse al silencio absoluto: bastaba con que Mussolini prohibiera el *Osservatore Romano* y cortara la electricidad a Radio Vaticano para apagar su voz (111). Ni siquiera era necesario deportarle, hipótesis que, como se sabe, fue prevista por von Weizsäcker, y eventualidad que, como también se sabe (112), Pío XII no temía en absoluto: todo el mundo está de acuerdo en ello, incluidos sus acusadores, a pesar de que hayan tratado de atribuirle ese temor. Era prohibirse todo esfuerzo posterior, a la vez a favor de los propios judíos -- ¡salvó a bastantes! -- (113) y del restablecimiento de las relaciones internacionales que no dejó de esperar. Era, finalmente, sea dejándose deportar, sea dejándose encerrar en el Vaticano sin ninguna posibilidad de comunicación con el exterior, abandonar el timón de la "barca de Pedro" y dejarla marchar a la deriva sobre el tempestuoso océano de un mundo presa de la locura, con sus quinientos millones de pasajeros...

El hecho de que M. Alfred Grosser, por muy profesor que sea de la Escuela de Altos Estudios de París, no se dé cuenta de que con su fórmula de la elección de lo "necesario" con preferencia a lo "útil" resulta a la vez ridículo y odioso -- ridículo porque le pide a un Papa que dimita, y odioso porque, incluso sin esperanza de salvar a los judíos, había que sacrificar a cuarenta o cincuenta millones de católicos-, tiene una clave: de esa clase de personas hay que esperarlo todo. Lo que no se concibe es que los defensores de Pío XII no se hayan dado cuenta de que, al comprender perfectamente que Gerstein se calle en público para no exponer a su familia a las represalias de la Gestapo (114), el singular jesuita Riccardo de M. Rolf Hochhuth desautorizaba la utilización de aquel argumento, so pena de pretender que la vida de los miembros de la familia protestante Gerstein era más valiosa para el futuro del mundo que la de cuarenta o cincuenta millones de católicos.

Sé perfectamente lo que más ha impedido que los defensores de Pío XII elevaran el tono de la discusión: al llevarla a sus verdaderas dimensiones, tenía que desembocar forzosamente en el problema de las responsabilidades de la Segunda Guerra Mundial. Su tema central se hubiera convertido entonces en aquel punto de vista atribuido a Pío XII por el embajador alemán en el Vaticano, von Bergen, y que explica su actitud antes y durante toda la guerra: "El Papa adoptó una actitud muy clara en el conflicto... condenó las agresiones de Alemania y su política anticatólica, pero al mismo tiempo veía con malos ojos la actitud de los pueblos ricos, Inglaterra y Francia, que no estaban dispuestos a dejar a los pueblos jóvenes, Alemania e Italia, una parte del imperio colonial que habían adquirido por casualidad (115)". En otras palabras, la condena del Tratado de Versalles, lo cual llevaba implícito, si se quería defender la memoria de Pío XII, la exaltación de sus sucesivas tomas de posición sobre la necesidad de adecuar aquel tratado a los imperativos de la justicia entre las naciones,

y, en consecuencia, de su revisión como único medio para evitar la guerra, lo cual significaba declararse contrario a la declaración de guerra de Inglaterra y Francia a Alemania, y luego, estallada la guerra, contrario a la extensión del conflicto, preocupado únicamente por el "retorno a los principios de la justicia y de la verdadera paz"(116). Comprender el papel del Papa llevaba también implícita la condena, al mismo tiempo que "de las agresiones alemanas" -- el texto que acabamos de citar lo indica claramente--, la de "la actitud de los pueblos ricos, Inglaterra y Francia", es decir, la repudiación de la tesis que actualmente goza de tanto favor y a la cual el proceso de los grandes criminales de guerra de Nuremberg dio fuerza de ley, de la responsabilidad unilateral de Alemania, e incluso de la de Hitler, en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, para atenerse a la de las responsabilidades compartidas. Aquí, los defensores de Pío XII -- y no me refiero a los imbéciles del tipo del R. P. Riquet, que, por motivos muy poco nobles, fueron incondicionales, "atizadores del fuego" en 1939 y continúan mirándose al espejo y admirándose por lo que fueron y se enorgullecen de seguir siendo -- temieron ser acusados a su vez de simpatías nazis o de neonazismo, lo cual, en el actual estado de cosas y a pesar de que muchas personas estén de vuelta de la mayoría de las "verdades de propaganda" con que han sido atiborradas acerca de "Alemania única responsable de la guerra", tenía todas las posibilidades de encontrar un amplio crédito en la opinión pública. No es que fueran unos cobardes: cuestión de táctica. "Así -- me ha explicado uno de ellos, y no de los menos importantes, -- no habiéndoles proporcionado ninguna ocasión de arrastrarnos por el fango, nuestro crédito ha permanecido intacto para el verdadero combate que tendremos que librar en ese terreno cuando suene la hora ... ". Me limité a contestarle que hubiera sido preferible que quedara intacto el crédito del Papa. Y no porque fuera Papa, añadí, puesto que soy ateo y desde el punto de vista de su cargo me tiene sin cuidado, sino porque era pacifista y, en calidad de tal, a través de su persona se ofendía no sólo a todos los católicos, sino también a todos los pacifistas, y en consecuencia valía la pena echarse al agua para defender su memoria. Y además sin el menor riesgo, concreté, ya que en aquella agua había, en este caso y bajo la apariencia de la verdad histórica, una boya insumergible. ¿La opinión de los imbéciles, que crea el riesgo de la impopularidad? Al servicio de la verdad histórica, la impopularidad sólo es momentánea, ha dicho Jaurès. "La mentira triunfante que pasa", ha dicho Jaurès. *Que pasa...* Y, en contrapartida, ¿cuántas ventajas no ofrece el testimonio dado sobre el momento presente?

Todas esas consideraciones, cuya ambición era la de fijar las dimensiones del problema en su verdadero nivel, eximen de descender hasta el detalle de los argumentos de la defensa. Carece de interés, por ejemplo, observar que al tratar de impedir las representaciones de *El Vicario* por medio de manifestaciones en la entrada del teatro o lanzando bolas malolientes al interior del local, lo único que podía conseguirse era proporcionar a M. Rémy Roure la ocasión de apuntarse un éxito fácil señalando que "las bolas malolientes no contestan a la cuestión"(117).

Y, si el R. P. Riquet nos dice que, habiendo lanzado Pío XII, el 18 de marzo de 1945, un llamamiento a la paz y suplicado a los que se habían dejado arrastrar que repudiaran "la idolatría y los nacionalismos absolutos, los orgullos de la raza y de la sangre, los deseos de hegemonía", Himmler respondió enviando a los comandantes de los campos un mensaje en el cual se -- decía: "Ni un solo detenido debe caer vivo en manos del enemigo, liquidadlos a todos" (118), debemos limitarnos a hacerle observar

que Himmler no envió nunca tal mensaje (119), que no se contesta a una mentira con otra mentira, porque las mentiras no son como los clavos, que uno saca a otro.

Si, finalmente, el gobierno federal alemán, "deplorando profundamente los ataques dirigidos contra Pío XII", proclama que "sabe hasta qué punto debe agradecimiento al Papa por la ayuda que prestó al pueblo alemán, cuando se hundió el régimen nazi, en favor de la reconciliación de Alemania y los otros países" (120), se trata de un simple testimonio de agradecimiento, sin el menor valor histórico.

Incluso la carta de Pablo VI -- a la sazón cardenal Montini -- a la revista católica inglesa *The Tablet* (121), citada tan a menudo, no hace más que rozar el verdadero problema.

"Una actitud de protesta y de condena como la que (Rolf Hochhuth) reprocha al Papa no haber adoptado, hubiese sido no sólo inútil, sino incluso pernicioso... En el supuesto de que Pío XII hubiera hecho lo que Hochhuth le reprocha no haber hecho, se hubieran producido tales represalias y tales desmanes que, una vez terminada la guerra, el mismo Hochhuth hubiese podido ( ... ) escribir otro drama mucho más realista y mucho más interesante es decir, el drama del *Stellvertreter* que, por exhibicionismo político o, por miopía psicológica hubiese cometido el error de desencadenar sobre un mundo tan atormentado ya, calamidades mucho peores, a costa no tanto de sí mismo como de innumerables víctimas inocentes".

De todos modos, hay que admitir que, a pesar de rozar solamente el verdadero problema, ese texto no deja de plantearlo, especialmente en su última frase: todo el mundo comprende que se alude en ella al carácter que, de represalia en represalia y de una a otra parte, hubiera tomado entonces la guerra, y que, en vez del factor de apaciguamiento que siempre quiso ser, Pío XII se hubiera convertido en un factor de excitación.

Los obispos alemanes, reunidos en sesión plenaria en Hoffleim, (Taunus) del 4 al 6 de marzo de 1963, fueron los que mejor plantearon el problema y los que contestaron mejor a la empresa de difamación montada contra Pío XII:

"También agradeceremos siempre a Pío XII los esfuerzos que realizó para tratar de evitar la guerra, y por haber hecho todo lo que estaba a su alcance durante el conflicto para poner fin al derramamiento de sangre entre los pueblos." Aquel Papa merece en su más alto grado el agradecimiento de la humanidad por haber alzado su voz contra las atrocidades inhumanas, especialmente contra la supresión y la destrucción de individuos y de pueblos que tuvieron lugar durante y después de la guerra. Si la voz de Pío XII no fue oída por los responsables, la culpa corresponde a estos últimos" (122).

Desgraciadamente, nadie les ha hecho eco, nadie se ha ocupado de demostrar que Pío XII había "dedicado todos sus esfuerzos a tratar de evitar la guerra" y había hecho "todo lo que estaba a su alcance durante el conflicto para poner fin al derramamiento de sangre entre los pueblos".

Y que ésa era la verdadera razón por la cual había sido, tan odiosamente atacado.

Eso es, pues, lo que nosotros vamos a hacer.

En uno de los apéndices se encontrarán los argumentos de la defensa (123), pero, dado lo escaso de su significado, en calidad de simple recordatorio.

## NOTAS

- 1) Jacques Nobécourt, *Le Vicaire et l'histoire*, pág. 9.
- 2) *Le Vicaire*, edición francesa, *Le Seuil*, pág. 96.
- 3) *Actas de los debates de Nuremberg*, versión francesa, T. X, 152.
- 4) *Id.*, p. 153.
- 5) *Id.*, p. 124.
- 6) *Id.*, p. 149.
- 7) *Le Vicaire et l'histoire*, pp. 71-76.
- 8) Rolf Hochhuth, *Der Spiegel*, 26 de abril de 1963, y *Nouveau Candide*, 19 de diciembre de 1963.
- 9) *Der Spiegel*, *loc. cit.*
- 10) Jacques Nobécourt, *op. cit.*, p. 11.
- 11) Alocución al Sacro Colegio, 2 de junio de 1943.
- 12) *Snobissimo* Hachette.
- 13) Guy Le Clec'h, *Figaro littéraire*, 18 de diciembre de 1963.
- 14) *Der Spiegel*, 26 de abril de 1963.
- 15) Jacques Nobécourt, *Le Vicaire at l'histoire*, p. 34.
- 16) *Le Monde*, 19 de diciembre de 1963.
- 17) Mensaje de Navidad, 1939.
- 18) *Id.*, 1942.
- 19) Discurso al Sacro Colegio, 2 de junio de 1943.
- 20) Documento CCXVIII--78 del Centro de Documentación Judía contemporánea. Citado por M. Rolf Hochhuth en su nota histórica (página 297 de la edición francesa), aclarando que el banquero Angelo Donati había "hecho transmitir al Papa, por mediación del Padre General de la Orden de los Capuchinos, una nota acerca de la



situación de los judíos en el Mediodía de Francia, solicitando la ayuda del Pontífice, la cual no les fue concedida. Esto ocurría en el otoño de 1942", dice M. Rolf Hochhuth. Sin embargo, he aquí lo que se lee en un telegrama núm. 232, del 14 de septiembre de 1942, que lleva la firma de Bergen, embajador de Alemania en el Vaticano: "Las gestiones realizadas por la Santa Sede en dirección al gobierno francés para conseguir la suavización de las medidas adoptadas contra los judíos no han obtenido ningún resultado. Las informaciones llegadas al Vaticano han cuasado una fuerte impresión". (Citado por M. Saül Friedländer, *Pío XII y el Tercer Reich*, página 112). Al parecer, la acusación formulada por M. Rolf Hochhuth no ha retrocedido ante nada.

21) Declaración en el Consistorio de 22 de enero de 1915, ratificada al periodista Louis Latapie, que entrevistó al Pontífice por cuenta del periódico *La Liberté*, el cual publicó la declaración en su número del 22 de junio de 1915.

22) *Id.*

23) Documentos diplomáticos del Departamento de Estado sobre la Segunda Guerra Mundial, serie II

24) *Pío XII y el Tercer Reich*, *op. cit.*

25) Carta a Monseñor Preysing, obispo de Berlin, *op. cit.*

26) En diciembre de 1939, los sacerdotes polacos de las zonas alemana y rusa suplicaron al Papa que pusiera fin a las emisiones de Radio Vaticano, cuyo único efecto era el de agravar su suerte. En junio de 1942, un documento pontificio reproducido libremente para uso de los fieles había agravado la de los judíos y medio-judíos de Holanda.

27) *Le Vicaire*, edición francesa, p. 257.

28) *Ibid.*

29) *Id.*, p. 297.

30) *Id.*, p. 261.

31) *Id.*, p. 262.

32) *Id.*, P. 263.

33) *Id.*, p. 21.

34) *Id.*, p. 261.

35) *Id.*, p. 13.

36) *Le Vicaire et l'histoire*, p. 10.

- 37) *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, Munich, abril 1953. Versión alemana del documento Gerstein.
- 38) *Pío XII y el Tercer Reich*, p. 123.
- 39) Véase, del mismo autor, *Le Drame des Juifs européens*, Les Sept Couleurs, p. 90.
- 40) *Le Vicaire et l'histoire*, p. 120.
- 41) Su carta del 11 de junio de 1940, en la cual informa al Cardenal Suhard, arzobispo de París, que "desde primeros de diciembre de 1939" había pedido con insistencia al Santo Padre que "publicara una encíclica sobre el deber individual de obedecer a los dictados de la conciencia". Pío XII se negó. Nada más lógico: el 20 de octubre anterior, es decir, hacía poco más de un mes, había publicado la encíclica inaugural de su papado en la cual se evocaba aquel tema. La carta del Cardenal Tisserant fue publicada con gran estrépito por toda la prensa, el 26 de marzo de 1964.
- 42) Jacques Nobécourt, *Le Monde*, 26 de marzo de 1964.
- 43) *Le Nouveau Candide*, 2 de abril de 1964. El Cardenal añadía que, cuando trató de convencer a Pío XII de la necesidad de una encíclica sobre "los dictados de la conciencia", él mismo no pensaba "en absoluto en los judíos, ni en el nazismo, sino en el islamismo", lo cual hacía imposible, contrariamente a lo que se esperaba, la utilización de su carta al Cardenal Suhard contra el "silencio" de Pío XII. Jaque mate. Pero el estado mayor del Vicario no se dio por enterado.
- 44) Véase, del mismo autor, *Le Mensonge d'Ulysse*, p. 145. (Publicada en español. -- *la Mentira de Ulises* -- por Ediciones Acervo).
- 45) Se comprende perfectamente que, si el SS Kurt Gerstein contó realmente todo eso al Dr. Winter síndico del obispo de Berlín, éste no se lo transmitiera al Nuncio del Papa en Berlín para que a su vez lo transmitiera al Sumo Pontífice. Y se comprende también que, si fueron esas las cosas que M. Tittmann, colaborador del enviado especial de M. Roosevelt en el Vaticano, le contó al Papa, a finales de diciembre de 1942, el Papa le contestara que "temía que los informes de las atrocidades señaladas por los aliados fueran fundados" pero que "tenía la impresión de que habían podido ser exagerados, hasta cierto punto, con fines de propaganda". Señalemos que Pío XII dio pruebas de mucha mesura en su modo de expresarse.
- 46) *Le Drame des Juifs européens* y *La Voix de la Paix*, junio de 1964.
- 47) Actas de los debates del proceso de los grandes criminales de guerra en Nuremberg, T. II, pp. 345-346 y 376 y ss.
- 48) Léon Poliakov, *L'Arche*, 1 de enero de 1964, y *La Terre Retrouvée* -- 1 de abril de 1964.
- 49) Esto ha sido escrito antes de que el Vaticano anunciara oficialmente tal intención.

- 50) E incluso tres, ya que al parecer una o dos hojas anexas estaban redactadas en inglés.
- 51) Y Vista 124 del juicio de Jerusalén (según Léon Poliakov, *Le Procès de Jérusalem*, Calmann-Levy, pp. 224 y ss.).
- 52) Carta del 10 de marzo de 1949 de la Comisión ecuménica de Ginebra para ayudar a los prisioneros de guerra.
- 53) *Id.*, p. 185.
- 54) M. Poliakov dice *Le Cherche-Midi*, pero no revela sus fuentes de información. M. Poliakov es conocido, por su manía de concretar o corregir los textos. (Véase su primera versión del documento Gerstein en *Le Bréviaire de la haine*, pp. 224 y ss.)
- 55) Citado por *L'Express* del 19 de diciembre de 1963, página 27.
- 56) *Le Bréviaire de la haine*, Calmann-Lévy.
- 57) *Le Pape outragé*, Robert Laffont.
- 58) *Figaro littéraire*, 19 de diciembre de 1963.
- 57) *Le Figaro*, 3 de julio de 1940. La voz a la que se refiere es la del mariscal Pétain.
- 58) *El Dr. Schweitzer*, del inglés G. McKnight.
- 59) Gallimard.
- 60) *Canard Enchaîné*, 7 de octubre de 1964.
- 61) Véase *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig.
- 62) Para que el lector pueda apreciar en su justo valor lo serio de aquellas informaciones que, con una aptitud sin igual para las verdades históricas, M. Rolf Hochhuth vuelve a tomar por su cuenta (véase su noticia histórica, *op. cit.*, pp. 280-281), señalemos que el primer convoy de judíos con destino a Polonia salió el 28 de marzo de 1942, según M. Robert Kempner, fiscal israelita en Nuremberg (*Eichmann und Komplizen*, Europa Verlag, p. 185), y el 27 del mismo y mes y año según M. Joseph Billig, del Centro de Documentación Judía de París ("La Condition des Juifs en France", *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, octubre de 1956). Añadamos que la decisión de deportarlos al Este fue tomada en la célebre conferencia de Berlín-Wannsee, el 20 de enero de 1942.
- 63) *Le Monde* 21 de enero de 1964.
- 64) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 115.
- 65) *Id.*, p. 118, Documentos diplomáticos del Departamento de Estado, serie II.

- 66) *Id.*, p. 121.
- 67) Documentos diplomáticos del Departamento de Estado, serie II, y Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 122.
- 68) *Id.*, pp. 54-55.
- 69) *El Informe Kasztner*, Kindler de Munich, y Joël Brand, *Un million de Juifs contre 10.000 camions*, Editions du Seuil.
- 70) Joël Brand, *op. cit.*, p. 124.
- 71) *Id.*, p. 127.
- 72) *Id.*, pp. 130 y ss.
- 73) Actas de los debates de Nuremberg, T. VI, p. 510.
- 74) Véase: *El Verdadero Proceso Eichmann*, Ediciones Acervo.
- 75) Cf. *supra*, pp. 54-55.
- 76) *Un million de Juifs contre 10.000 camions, op cit.*
- 77) Declaración de Monseñor Orsenigo al profesor Eduardo Senatra, unos días después de la intervención que llevó a cabo en noviembre de 1943, publicada por *Petrus Blatt*, periódico de la diócesis de Berlín, el 7 de abril de 1963.
- 78) *Le Vicaire et l'histoire, op. cit.*, p. 120.
- 79) Editions du Seuil. Ese libro no es más que una paráfrasis de *The Catholic Church and Nazi Germany*, de McGraw-Hill, Nueva York, 1964. Este último libro no ha sido traducido todavía al francés, y por ello el autor no considera útil referirse a él. Por otra parte, al contestar a Friedländer se contesta a McGraw-Hill.
- 80) Memorandum de Du Moulin a Ribbentrop, 3 de marzo de 1939. Citado por M. Saül Friedländer, pp. 19-21.
- 81) 3 de junio de 1937.
- 82) Citado de *L'Homme nouveau*, 19 de abril de 1964.
- 83) 4 de diciembre de 1964.
- 84) El R. P. Leiber ha fijado en "más de 55" aquellas protestas hasta finales de 1937 (*Stimmen der Zeit*, marzo de 1962 y *Revue des Questions allemandes*, julio-agosto de 1963).
- (85) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 74.

(86) Id., p. 21.

(87) Id., p.129.

(88) Carta de Menshausen al Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, citada por M. Saül Friedländer, p. 86.

(89) Citado por M. Saül Friedländer, pp. 52-55, según los *Documents on Germany Policy*.

(90) Carta de Bergen a su ministro, del 6 de abril de 1943, citada por M. Saül Friedländer p, 14.

(91) Citado por M. Rolf Hochhuth, *El Vicario*, ed. francesa, página 266.

(92) *L'Italie de Mussolini*, Ed. Perrin.

(93) Pueden citarse afirmaciones semejantes formuladas por casi todos los políticos con un cargo representativo. He aquí algunos ejemplos: "Creemos en la honradez y en la sinceridad de Hitler." (Lord Beaverbrook, *Daily Express*, 31 de octubre de 1938).

"Los que se han entrevistado con Hitler, sea por asuntos políticos, sea por cuestiones sociales, le han encontrado muy competente, tranquilo, bien informado, y algunos han quedado impresionados por sus modales agradables, su desarmante sonrisa y su magnetismo personal." (Winston Churchill, *Great -- Contemporaries*, 1939, p. 268.)

"... El Fuhrer es un gran conductor de hombres, y por eso le admiro". (Winston Churchill, *id.* p. 296.)

" El genio romano personificado por Mussolini, el más grande legislador viviente, ha demostrado a numerosas naciones que se puede resistir la presión del socialismo. Mussolini ha trazado el camino que una nación puede seguir cuando es conducida valerosamente." (Churchill en el Queen's Hall, en el Congreso de la Liga antisocialista, 18 de febrero de 1931)

(Lord Curzon, ercibiendo a Mussolini en Lausana el 20 de octubre de 1922.)

(Chamberlain, después de su encuentro con Mussolini en Livorno, el 30 de septiembre de 1926. Citado por Max Gallo, *op. cit.*, p. 255.)

(94) Saül Friedländer, p. 15.

(95) *L'Action du Vatican pour la paix*, Ed. Fleurus, p. 34.

(96) Texto atribuido al *Osservatore Romano* y, citado según el abate Paul Duclos, *Le Vatican et la Seconde Guerre Mondiale*, pp. 53 y ss. M. Friedländer, que cita a continuación las protestas del Papa contra la invasión de Bélgica, Holanda y de Luxemburgo, quiere hacer notar que la invasión de Noruega no provocó ninguna protesta por su parte, lo cual permite formular la pregunta siguiente, sin mostrarse "categórico" por razones de estilo: ¿Acaso el Sumo Pontífice no condena la violencia

y la agresión más que cuando las víctimas son católicas?" (p. 61). Se ve la insinuación.

97) *Messages de guerre*, Ed. Fleurus.

98) Carta de Menshausen, colaborador de Bergen en los Asuntos Exteriores alemanes, 23 de enero de 1941, citada por M. Saül Friedländer, pp. 81-84.

99) *Id.*, p. 86.

100) *Id.*, p. 86.

101) Saül Friedländer, p. 165.

102) *Id.*, p. 76.

103) *Id.*, p. 219.

104) *Id.*, p. 219.

105) *Id.*, p. 57.

106) *Ibid.*

107) *L'Action du Vatican pour la Paix*, p. 142.

108) Telegrama de Weizsäcker a Berlín del 24 de septiembre de 1963. Citado por M. Saül Friedländer, p. 181.

109) La experiencia parece enseñar que el lenguaje de un Vicario de Cristo está sujeto a toda clase de interpretaciones, a gusto del consumidor; el ejemplo acaba de ser proporcionado por el Papa Pablo VI, el cual sigue evidentemente los pasos de Pío XII, a pesar de que la corriente que debe remontar tiene la impetuosidad de un torrente. Al recibir el 6 de enero al Cuerpo Diplomático que acudió a presentarle sus respetos, Pablo VI contestó a su decano sobre el tema de la paz y, citando el problema de los países subdesarrollados, habló de "los principios morales y espirituales sobre los cuales podrá edificarse la civilización del futuro". Al día siguiente, *Le Figaro* comentó el discurso del Papa bajo el siguiente título: "Nuevo llamamiento a la paz de Pablo VI", diciendo: "El Papá Pablo VI ha lanzado un nuevo llamamiento a la paz esta mañana, al recibir en audiencia a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditados en el Vaticano, que habían acudido a felicitarle con motivo del nuevo año. El Sumo Pontífice no ha ocultado su inquietud a propósito de la situación actual. Aunque no ha citado ninguna de las crisis en curso, es evidente que aludía a los acontecimientos del Vietnam y del Congo, y a la disputa entre Indonesia y Malasia. Pablo VI ha subrayado igualmente la necesidad de la colaboración entre las naciones y de la ayuda a los pueblos en vías de desarrollo".

Pero, el mismo día, *Le Monde* publicaba los siguientes titulares: "Al recibir al cuerpo Diplomático, Pablo VI recuerda los derechos de los países subdesarrollados. Sin comentarios.

(110) emisión de la radio sobre Pío XII y el Tercer Reich, 27 de noviembre de 1964.

(111) Mussolini pensó en tal posibilidad. Véase Paul Duclos, *op. cit.*, p.123.

(112) Dino Alfieri, *deux dictateurs face à face*, Cheval Ailé, p.30, citado por M. Saül Friedländer, p.60.

(113) Dos organizaciones eclesiásticas sostenidas moral y económicamente por el Vaticano ayudaban a los judíos que conseguían entrar en contacto con ellas a abandonar Italia, facilitándoles dinero y pasaportes de otras naciones: *la Obra de San Rafael* y *la Delasem*, que por otra parte trabajaban de acuerdo con las organizaciones judías de los Estados Unidos. Además los conventos de Roma quedaron abiertos a los judíos como refugios. (Véase R. P. Leiber, *Stimmen der Zeit*, *op. cit.* marzo de 1961.)

114) Véase *Le Vicaire*, p. 79. Ricardo le pide a Gerstein que vaya a Londres y cuente todo lo que sabe en la B.B.C. Gerstein responde, apasionado: "¡Dios mío! ¿Tiene Usted idea de lo que me pide? Haría cualquier cosa, pero eso no puedo hacerlo. Una palabra mía en la radio de Londres y, en Alemania, toda mi familia sería exterminada". Riccardo comprende: "¡Oh, Discúlpeme, no lo sabía". El diálogo continúa así: Gerstein: "No sólo asesinarían a mi esposa y a mis hijos, sino que también mis hermanos serían torturados en un campo de concentración, hasta que les llegara la muerte". Y Ricardo suplica: "Perdóneme".

Sin embargo, Pío XII es un "criminal", por haber tenido la misma preocupación en lo que respecta a cuarenta o cincuenta millones de católicos.

115) Carta de von Bergen a Berlín del 17 de noviembre de 1941. Citada por M. Saül Friedländer, p. 88.

116) *Summi Pontificatus*, tema repetido en todos los mensajes de Navidad durante la guerra y en todos los discursos del de junio al Sacro Colegio.

117) *Le Figaro*, 28 de diciembre de 1963.

118) *Le Figaro*, 3 de enero de 1964.

119) *Le Figaro littéraire*, bajo la firma de Jacques Sabille 4 de junio de 1960- y *Les Mains du miracle*, de Joseph Kessel (Ed. Gallimard), el cual dice saberlo por el Dr. Kersten, médico personal de Himmler.

120) *Osservatore Romano*, 5 de mayo de 1963.

121) 11 de mayo de 1963.

122) *Katholische Nachrichten Agentur*, 7 de marzo de 1963. A fin de ser completamente objetivos, debemos señalar que uno de aquellos prelados, Monseñor Doepfner, arzobispo de Munich, en un largo sermón que pronunció el 8 de marzo de 1964, formó bando aparte y declaró:

" El juicio retrospectivo de la historia autoriza perfectamente la opinión de que Pío XII debió protestar de un modo más firme. Al aludir únicamente a los crímenes nazis, el contexto lo dice claramente. Y con una sola corrección, que a fin de cuentas no es tal: "De todos modos, nadie tiene derecho a poner en duda la absoluta sinceridad de sus motivos, ni la autenticidad de sus profundas razones..."

M. Jacques Nobécourt se apresuró a introducir, colocándola como exergo de su libro, *Le Vicaire et l'histoire*, la primera de aquellas dos frases -- únicamente la primera -- en el *dossier* de la acusación. Tanto peor para el arzobispo.

123) Apéndice III, p. 247.



## CAPITULO II

### EL VERDADERO PROBLEMA

#### *1. Los Papas y la paz*

El 20 de septiembre de 1870 es la fecha de la capitulación de Roma sitiada por las tropas de Víctor Manuel y, al mismo tiempo que de la realización definitiva de la unidad italiana (1), del final del poder temporal de los Papas.

Es una línea de separación entre dos Iglesias, entre dos períodos.

Entre dos Iglesias. El 5 de diciembre de 1870, ante el Parlamento italiano que por primera vez en su historia se había reunido (2), Víctor Manuel [94]

pudo exclamar: "Italia es libre y una; en adelante, nos corresponde a nosotros hacerla grande y feliz".

Se trata de fórmulas que atan desdichadamente a los pueblos: hasta mucho más tarde no se supo lo que aquélla valía exactamente. Quedaban por definir las relaciones del régimen con el papado. Lo fueron unilateralmente por medio de una ley llamada "Ley de garantías", votada por aquel mismo Parlamento el 2 de mayo de 1871 y cuyo contenido puede resumirse así: "En su primera parte, proclamaba la santidad e inviolabilidad de la persona del Papa, le concedía en Italia los supremos honores, una dotación de 3.225.000 liras, la posesión inunitaria e inalienable del Vaticano, de Letrán, de Casteló-Gandolfo, la inviolabilidad de su residencia y de los Concilios convocados por él, su libre correspondencia con todo el episcopado del mundo católico, sin inmisión del gobierno, y la administración, en Roma, de las academias, seminarios, universidades y colegios de instrucción eclesiástica.

"En la segunda parte, el Estado renunciaba a todo derecho a disponer de las funciones eclesiásticas, a la formación del *exequatur* y del *placet regium*, a la exigencia del juramento de los obispos nombrados por el Papa; y, en contrapartida, se negaba a prestar su asentimiento a los juicios eclesiásticos, nulos en sus efectos cuando estaban en contradicción con las leyes del Estado. Era, casi, la Iglesia libre en el Estado libre" (3).

En aquella época el Papa era Pío IX. Sin pretender juzgar su concepto de su misión apostólica, debemos observar que Pío IX era un nostálgico de la época en que [95]

Europa no tenía más conciencia de su propio ser que la de la Cristiandad, y un Emperador (Carlomagno) no detentaba el poder temporal más que uno de sus predecesores y se dirigía a Roma para obtener del Papa la consagración en el empleo; en que otro de sus predecesores hizo acudir a Canosa a otro Emperador (Enrique IV); en que, bajo un tercer Emperador (Carlos V), la Europa siempre Cristiandad no era más que el Santo Imperio romano y germánico, mucho más "santo" y "romano", por otra parte, que "germánico". Un Papa cuyas nostalgias habían sido avivadas por la Santa Alianza proclamada en el Congreso de Viena y preocupado únicamente por los problemas de la Fe, la cual, en su espíritu, debía gobernar al mundo; los textos que nos ha dejado lo demuestran claramente: el dogma de la Inmaculada Concepción (1854), el de la infalibilidad pontificia (1870) y el Syllabus (1864) de un modo

especial. (4). Un Papa, finalmente, que por estar únicamente preocupado por los problemas de la Fe era completamente ajeno a las contingencias económicas o [96]

sociales y, en consecuencia, estaba desprovisto de sentido político: se negó, altivamente, se ha dicho, pero sobre todo dignamente, a reconocer la Ley de las garantías *de jure*, limitándose a reconocerla *de facto*, y se consideró como un prisionero de las fuerzas del diablo en el Vaticano, del cual se negó a salir a partir de entonces (5).

Aunque poniendo al mal tiempo buena cara, los sucesores de Pío IX supieron sacar un partido muy ventajoso de aquella nueva situación: desposeídos de todo poder temporal, no podía escapárseles que estaban libres al mismo tiempo de todas sus sujeciones, especialmente, no teniendo ya nada que salvar ni que perder en aquel orden de cosas, de la tentación del compromiso, y que, en consecuencia, podían mostrarse firmes hasta la intransigencia, sin riesgo, en el campo del espíritu. Nunca los Papas fueron más libres para decir lo que pensaban tal como lo pensaban. Más libres y, por tanto, más fuertes: con León XIII, que sucedió a Pío IX en 1878, empezó para la Iglesia una ascensión espiritual que elevó su autoridad moral a un nivel que nunca había conocido.

Se deben a León XIII toda una serie de textos cuyo fondo, desde luego, es discutible, pero cuya forma resplandeciente revela una inigualable facilidad de pensamiento. El más famoso es la encíclica *Rerum Novarum* (1891) contra el marxismo, pero todos los otros, casi olvidados, no son menos notables: *Inmortale Dei* (1883), sobre la constitución de los Estados, con tal repercusión en Alemania que la influencia de los católicos en la política

[97]

augmentó hasta el punto de que Bismarck tuvo repentina necesidad de ellos para asegurar el triunfo de su política en el Reichstag y, a fin de obtener su indispensable apoyo, tuvo que capitular ante ellos y dar marcha atrás en las leyes votadas contra ellos bajo el signo del *Kulturkampf*; *Sapientiae* (1890), sobre los deberes del ciudadano cristiano, que definía una política llamada más tarde, tras haber sido recordada al Episcopado francés por medio de una carta (1892) que le incitaba a disuadir a los fieles de una oposición sistemática a la forma del gobierno, la política de *Ralliement*; y también *Gravis de communi* (1901), que era una exposición clara y completa del concepto cristiano de la sociedad y que, asociada en los espíritus a la *Rerum Novarum*, le valió ser considerado el Papa de los obreros, etcétera.

El pontificado de Pío X, que sucedió a León XIII en 1903, quedó dolorosamente señalado desde el principio por un acontecimiento muy grave para la Iglesia: la ley de separación de la Iglesia y del Estado en Francia, que le inspiró dos encíclicas con las cuales resulta difícil que un espíritu libre pueda estar de acuerdo *Vehementer* (11 de febrero de 1906) y *Gravissimo* (10 de agosto siguiente) -- pero que respondían, en el concepto de la ley y en su aplicación, a ciertos excesos también difíciles de aceptar al mismo espíritu libre e independiente. Actualmente, con la debida perspectiva histórica, la opinión casi general ve sobre todo en aquellas dos encíclicas un poco excesivas una reacción de defensa muy comprensible de la Iglesia contra el anticlericalismo fanático del "padrecito" Combes, preocupado especialmente en desviar la atención de los resultados obtenidos en materia social por

[98]

una República cuyos frutos estaban muy lejos de responder a las promesas de su floración, y en encauzar hacia unos objetivos menos penosos para las clases acomodadas un poderoso movimiento obrero que, por añadidura, tenía los dientes

muy largos: el Estado y la Iglesia continúan separados *de jure*, pero, *de facto*, las congregaciones religiosas han vuelto a adquirir todas sus prerrogativas, los municipios mantienen a las Iglesias, el Estado subvenciona la enseñanza confesional, etc., y... no parece que la comodidad intelectual --¡y material ! -- de los franceses se resienta demasiado por ello. Se ha reprochado también a Pío X su encíclica *Pascendi* (8 de septiembre de 1907) contra la introducción en los ritos del modernismo, que él juzgaba incompatible con la integridad de la Fe, pero éste es un problema que sólo afecta a los católicos y, careciendo nosotros de nexos con la Iglesia, no nos concierne ni nos creemos con derecho a opinar.

En sus últimos días, aquel pontificado quedó señalado por otro acontecimiento no menos doloroso, pero esta vez para el mundo entero: la Primera Guerra Mundial. Aquí, todos los testimonios, en número de doscientos cuarenta, procedentes de diplomáticos, de prelados, de confesores, de creyentes o de laicos, reunidos en el expediente hecho público de los *Procesos ordinarios y apostólicos para la causa de la beatificación y de la canonización de Pío X*, procesos que tuvieron lugar en los parajes donde había vivido su apostolado de simple sacerdote, de prelado y, luego de Papa, en Treviso (1923-1926 y 1944-1946), en Mantua (1924-1927 y 1945-1946), en Venecia (1924-1930 y 1944-1946) y en Roma (1923-1931 y 1943-1946), establecen de modo coincidente que en virtud de la política de aislamiento

[99]

de Alemania de Delcassé, a continuación de la firma de la Alianza franco-rusa (1894), Pío X tuvo, desde su ascensión al trono de Pedro, el presentimiento de que la guerra estaba próxima, y que a partir del asunto de los Balcanes el presentimiento se trocó en seguridad; que hizo todo lo que estaba en su mano para evitarla; que, en cuanto tuvo noticia del atentado de Sarajevo (18 de junio de 1914), puso en marcha su aparato diplomático y multiplicó las intervenciones cerca de los Jefes de Estado, especialmente del emperador de Austria; que a finales de julio de 1914 escribió a este último una carta "[conjurándole] a no manchar de sangre el final de su reinado"; que cuando el embajador de Austria acudió a informarle de que había estallado la guerra y le pidió su bendición para los ejércitos austro-alemanes, le contestó: "Yo bendigo la paz, no la guerra", y que al insistir el embajador para que al menos bendijera a la persona de su Emperador, le interrumpió, diciendo: "el Emperador puede considerarse afortunado por no haber recibido aún la maldición del Santo Padre" que su *Exhortación a los católicos del mundo entero* del 2 de agosto de 1914 es irreprochable; y que murió con el alma desgarrada, desesperado por no haber conseguido interrumpir el curso de los acontecimientos, sin dejar de repetir: "¡Ah ! ¡Esta guerra ! Presiento que esta guerra será mi muerte".

Pero he aquí que era Papa y, por consiguiente, se le discute. Y, una de dos: o se admite todo aquello para concluir: "Sí, pero no es porque fuese hostil a aquella guerra, sino por simpatía a Austria, cuyo emperador había facilitado su elección en 1903, y por temor de que Austria

[100]

saliera "aplastada" del conflicto (6), o, como M. Jacques Nobécourt, se admiten las premoniciones expresadas "con un sorprendente acento profético, *que reservaba para sus íntimos*" (7). Se pone en cuarentena la carta que escribió al emperador de Austria y la recepción que hizo su embajador, señalando, de acuerdo con la verdad, que de acuerdo con la verdad, que a pesar de haber sido aceptadas una y otra por los tribunales eclesiásticos que decidieron la beatificación de aquel Papa, no hay ningún texto que confirme la primera, atestiguada únicamente por su capellán, el abate Albin de Cigala (8) y por su Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val (9); y que, en lo que

respecta a la segunda, se desarrolló sin testigos y sólo aparece atestiguada por el propio cardenal Merry del Val, al cual Pío X había contado confidencialmente el desarrollo de aquella entrevista (10), y se llega a la conclusión de que, en el actual estado de cosas, "resulta imposible pronunciarse acerca del sentido de las intervenciones de Pío X (11). Pero, cuando se trata de los alegatos de un tal Kurt Gerstein, del cual no se osa ya presentar el texto -¡suponiendo que alguna vez haya podido hacerse !-, y de su interpretación por un tal Rolf Hochhuth o por un tal Saül Friedländer, fuera dudas y cuarentenas: esos individuos son protestantes o judíos, y no puede tratárseles como a un vulgar capellán

[101]

de la Iglesia católica, a un vulgar cardenal y a un vulgar Papa.

A la muerte de Pío X (20 de agosto de 1914), en el campo de los Aliados todos los periódicos -incluido *LíHumanité*, órgano del Partido Socialista francés de la época- se muestran unánimes en rendir homenaje a los esfuerzos desesperados que realizó para tratar de salvar la paz. El cardenal Merry del Val recuerda (12): "*Un diplomático, (no cita su nombre) me hablaba de la trágica situación de Europa, trastornada por la guerra: la última claridadóme decíaóy la última posibilidad de paz se han apagado con Pía X; ya no hay más que tienieblas a nuestro alrededor*" (13).

El diplomático se equivocaba: Benedicto XV, elegido el 3 de septiembre, se adentró inmediatamente en el camino trazado por Pío X con su *Exhortación a los católicos del mundo entero* (14) -del 8 septiembre siguiente: " ... El espetáculo monstruoso de la guerra en la cual una gran parte de Europa asolada por el hierro y por el fuego chorrea sangre cristiana, Nos ha llenado de un horror y una angustia inexpressables... Nos hemos decidido firmemente a no omitir nada de lo que esté a nuestro alcance para apresurar el final de una calamidad tan enorme... Rogamos y conjuramos ardientemente a los que dirigen los destinos de los pueblos para que a partir de este momento inclinen sus corazones al olvido de sus diferencias con vistas a la salvación de la sociedad humana... ¡Basta de ruinas, basta de sangre vertida !"

[102]

De hecho, no omite nada: el 24 de diciembre del mismo año, su primer *Mensaje de Navidad* proponía una "Tregua de Navidad" a los dirigentes de los pueblos. No fue escuchado, pero no dejó de buscar la ocasión de restablecer las relaciones internacionales. Esta se presentó después de la muerte (21 de noviembre de 1916) del anciano Emperador Francisco-José, el 1 de agosto de 1917, tras ocho meses que empleó en establecer la comunicación entre el nuevo Emperador (sobrino del anterior, que era rey de Hungría bajo el nombre de Carlos IV y que le sucedió en el trono de la doble-monarquía con el nombre de Carlos I) y su cuñado, el príncipe Sixto de Borbón, que vivía en el campo de los Aliados. Se ha dicho que Briand y Caillaux se unieron a sus esfuerzos para concertar una entrevista del príncipe Sixto de Borbón con el gobierno francés. Tomando nota de las buenas disposiciones del nuevo Emperador de Austria, que había hecho una oferta de paz en marzo de 1917, y enterado de que en el curso de una entrevista que había sostenido con Guillermo II el Nuncio en Munich, Facelli, futuro Pío XII, había recibido la seguridad de que el Kaiser estaba dispuesto a aceptar una paz de compromiso, Benedicto XV creyó que la coyuntura era favorable para una tentativa de mediación, a pesar de la entrada en guerra de los Estados Unidos el 6 de abril anterior. Aquella *Exhortación a la paz, a los jefes de los pueblos beligerantes* del 1 de agosto de 1917 tuvo dos méritos: el de fijar en términos claros y concretos, por primera vez en la historia del papado, el papel del Vicario de Cristo en tiempos de guerra, y el de proponer un plan de paz que, casi al principio de la libertad

[103]

de los pueblos para disponer de sí mismos, no es otra cosa que los famosos catorce puntos del presidente Wilson.

He aquí cómo concebía su misión apostólica: "Nosotros nos hemos propuesto tres tareas esenciales: mantener una absoluta imparcialidad en lo que respecta a todos los beligerantes, tal como conviene al que es el padre común de todos y ama a todos sus hijos con el mismo afecto; esforzarnos continuamente por hacer a todos el mayor bien posible, sin distinción de personas, de nacionalidad ni de religión, tal como Nos lo dictan la ley universal de caridad y el supremo cargo espiritual a Nosotros confiado por Cristo; finalmente, tal como lo requiere asimismo. nuestra misión pacificadora, no omitir nada que esté a nuestro alcance y que pueda contribuir a apresurar el final de esta calamidad, tratando de conducir a los pueblos y a sus jefes a unas resoluciones más moderadas en las deliberaciones serenas de la paz... de una paz "justa y duradera" (15).

Exactamente la actitud adoptada por Pío XII durante la Segunda Guerra Mundial. Y que le valió ser acusado de las mismas ruindades: "un Papa tudesco", dijo Clemenceau, como ya sabemos; "silencioso como Pío XII, ha observado desdeñosamente M. Jacques Nobécourt (16); "que temía el aplastamiento de la Austria-Hungría católica (y el nacimiento sobre sus ruinas) de una serie de pequeños Estados, entre ellos "en Bohemia, un Estado dominado por los masones, en tanto que los croatas católicos serán gobernados por los serbios ortodoxos (...)", añade Pierre Dominique (17), etc. Interpretaciones todas

[104]

acerca de las cuales no se pueden añadir otras justificaciones que no sean "el aire de la época" en el clan al que se pertenece, la suposición, la segunda intención o la conjetura, todas ellas destinadas a demostrar que la actitud de Benedicto XV no estaba inspirada en el amor a la paz sino en una amistad insólita al otro bando y en el mezquino cálculo. En ese plan, puede decirse cualquier cosa de cualquier persona y presentar al alma más noble bajo la más negra de las luces. Pretender, por ejemplo, que Jacques Nobécourt y Pierre Dominique sólo se inspiran en el deseo de entregar a toda Europa al bolchevismo, y que sus alegatos contra el comunismo son simple verborrea destinada a disfrazar su juego. Y, si se invoca el carácter progresista en el mal sentido de la palabra de todo lo que ha escrito el primero, o se recuerda que el segundo, con pleno conocimiento de causa de los resultados de una guerra que ha llevado la frontera de Rusia a cincuenta kilómetros de Hamburgo, se ha atrevido a escribir, hablando de los esfuerzos de Pío XII en el sentido de una conferencia internacional que hubiese podido evitar la Segunda Guerra Mundial:

"Afortunadamente, nadie le hizo caso" (18), creo que no resultaría difícil acreditar aquellatesis. En una palabra, los argumentos de los adversarios de Pío XII no son más que apreciaciones conjeturales y no revelan más que un "proceso sobre intenciones", es decir malintencionado.

Volviendo a Benedicto XV, su tentativa de mediación del 1 de agosto de 1917 fue torpedeada por esa clase de argumentos, y la Primera Guerra Mundial se prolongó quince meses más, aumentando los destrozos y el número

[105]

de víctimas al nivel que todo el mundo sabe, sin ningún beneficio, puesto que terminó con el Tratado de Versalles. ¡Qué digo sin beneficio: a qué precio !

¡Ah, aquel Tratado de Versalles ! Cuando se supo que Benedicto XV no aceptaba las estipulaciones, que encontraba injustas y llenas de motivos para una nueva guerra, la campaña contra su pacifismo encontró un nuevo alimento: su amistad a Alemania, aplastada por el Tratado, y a Austria, desmantelada por él, se halló confirmada; se

añadió, además, su resentimiento por haber sido descartado por principio de la Conferencia de la Paz, a raíz de las negociaciones de 1915, que decidieron la entrada de Italia en la guerra. Sin embargo, se calló cuidadosamente el hecho de que los Estados Unidos se negaron a sancionar el Tratado de Versalles por los mismos motivos que lo hacían inaceptable a Benedicto XV.

Acerca de ese extremo, Pío XI y Pío XII adoptaron la política de Benedicto XV. Bajo aquellos dos últimos pontificados, La actitud de la Santa Sede en favor de las negociaciones internacionales, por espíritu de sistema y para evitar el recurso a las armas, se concretó y se afianzó todavía más. A partir de Pío X, la paz se había convertido en una constante de la política Vaticana, la cual señaló también otra constante, consecuencia de aquélla: la necesidad de la revisión del Tratado de Versalles. El primer político que presintió el prestigio que recobraría la Iglesia con tal actitud, y la fuerza que adquiriría, fue Briand, el cual, después de haber sido el autor de la Ley de separación de la Iglesia y del Estado, se convirtió, contra Clemenceau, en el hombre de la reanudación de las relaciones

[106]

diplomáticas con el Vaticano (19). A aquel motivo de prestigio, Pío XI añadió otros dos: las Misiones de Propagación de la Fe en los países colonizados, y la normalización de las relaciones entre la Iglesia y los Estados bajo el régimen de separación según la fórmula de la Ley italiana de las garantías, mediante la generalización de la política de los Concordatos, cuyo mérito recae en Pío XII, entonces Cardenal Pacelli, que estableció sus bases conforme a Derecho. Producida después de la reanudación de las relaciones diplomáticas con Francia, la firma del Concordato italiano en 1929 tuvo una resonancia mundial. No dejó de observarse que el Papado, que no había podido entenderse con el régimen surgido del *Risorgimento*, pudo hacerlo perfectamente con el régimen de Mussolini. Conclusión: la Iglesia era fascista. La cosa fue todavía peor en el caso del Concordato alemán establecido con Hitler: además de fascista, la Iglesia era nazi. Nadie observó que, mientras la Iglesia firmaba el Concordato alemán, los que se lo reprochaban con más violencia eran, al mismo tiempo, los más calurosos partidarios -por una vez hay que felicitarles- del Pacto de los Cuatro, que los gobiernos democráticos

[107]

inglés y francés firmaron (junio de 1933) con la Alemania nazi y la Italia fascista. Cuando, más tarde, en presencia de la encíclica *Mit Brennender Sorge*, la cual era, aunque pronunciada en nombre de la Fe, una condena clara, concreta y sin concesiones del nazismo, los adversarios de la Iglesia se vieron obligados a reconocer que no era nazi. Su primera reacción fue: entonces, ¿por qué no denuncia el Papa el Concordato? Y recordaron todos los crímenes del nazismo contra la inviolabilidad de la persona humana, lo cual justificaba ampliamente aquella denuncia. Era olvidar el carácter de "Paternidad total" de la gran familia humana que constituye el carácter fundamental del Vicario de Cristo en el sistema de la Fe, y que es comparable al de "Paternidad total" de todos sus hijos, del padre en la familia uterina. Y, en la familia uterina, el padre no lanza el anatema contra Cam, no repudia a aquel de sus hijos que se aparta del buen camino, que se convierte en un ladrón o incluso en un asesino: continúa siendo el padre, condena paternalmente, trata de devolverle al buen camino, y, si no lo consigue, llora el día en que el hijo ladrón o asesino cruza el umbral de la cárcel o asciende al patíbulo. El papel del padre no consiste en señalar el hijo a la vindicta familiar o pública, sino, en todas las circunstancias, es de ayudarlo a reencontrarse a sí mismo. Lo mismo ocurre con las relaciones del Papa --¡el Santo Padre!-- con los pueblos que, todos y con derecho igual, son sus hijos. Hay que

felicitarse, y no lamentar, que, en ese punto, los imperativos de la Fe coincidan tan notablemente con los de la Razón. ¡Es algo que no sucede con demasiada frecuencia!  
[108]

Resumiendo, puede decirse que aquella política de "Paternidad total" de todos los pueblos en el plano de las naciones, debida a las iniciativas de Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, se sitúa armónicamente en el prolongamiento de la de León XIII, que podría llamarse también de "Paternidad total" en el plano de las clases sociales. Asociadas, esas dos políticas complementarias una de otra han hecho que en nuestra época la Iglesia aparezca a los ojos de la opinión en su conjunto como el factor más seguro y más poderoso de la paz social y de la paz universal.

En lo que respecta a la segunda, el propio León Blum, al cual no puede acusarse se simpatizar con la Iglesia, lo ha reconocido en su libro *A l'Echelle humaine*, escrito en la cárcel durante los años 1940-1941 y publicado en 1945. M. Blum llega hasta el extremo de desear que, contrariamente a lo que se decidió en 1915 con ocasión de la Conferencia de la Paz, descartando de ella a Benedicto XV, se reserve un lugar a la Santa Sede en los organismos internacionales encargados de la edificación de la nueva paz, justificando su punto de vista con este homenaje: "Ese papel estaría de acuerdo con una Iglesia que es pacífica por esencia, puesto que encarna una religión de paz, y que lo es también por su función, me atrevo a decir, ya que su propia construcción es de orden internacional. La influencia pontificia se ha ejercido siempre y continúa ejerciéndose en favor de una paz orgánica, basada en la justicia, en la igualdad de los pueblos. y de los hombres, en la santidad de los contratos" (20)

[109]

En lo que respecta a la primera, el buen sentido popular se ha encargado de establecer un paralelo entre el marxismo y la *Rerum Novarum*. No en los términos, desde luego, sino en los hechos, ya que los sorprendentes progresos de la técnica que han elevado de un modo tan considerable el nivel de vida de las masas trabajadoras desde principios del siglo xx han contribuido mucho a ello. De todos modos, si no en sus premisas sí en sus conclusiones, la *Rerum Novarum* estaba mejor adaptada a aquella evolución que el *Manifiesto Comunista*, y, por comparación, la lucha de clases, que es el tema del segundo, no es más que un mito con respecto a su colaboración que es la conclusión de la primera, y no cesa de ganar el terreno que el otro pierde.

A esta ascensión espiritual de la Iglesia y al continuo aumento de su influencia en la vida social e internacional a partir de 1870 han contribuido muchísimo, también, los argumentos utilizados contra ella en el dominio específico de la Fe por los racionalistas: la papisa Juana, los Borgia, Galileo, la Doncella de los Armagnacs quemada y luego canonizada por la Iglesia, los Albigenses, la noche de San Bartolomé, San Ignacio de Loyola, Torquemada, Dios y el Cristo, que no han existido nunca, el Vaticano capital del oscurantismo, el padrecito Combes, Charles Guignebert y Prosper Alfaric, los amores del párroco y su criada, etcétera, viejas herramientas oxidadas. *El Vicario* es de la misma factura y ha salido de la misma fábrica. Al parecer, los racionalistas de 1964 no se han enterado aún de que la Iglesia a la que siguen hurgando con sus viejas herramientas murió el 20 de septiembre de 1870, que ya no es la Iglesia de sus abuelos, que no hacen más que encarnizarse

[110]

sobre un cadáver descompuesto desde hace mucho tiempo con los argumentos de sus tatarabuelos y que la Iglesia, la verdadera, que no puede ser alcanzada por aquellas estupideces, está completamente viva y no deja de crecer y de hermosearse ante sus propias barbas.

Línea de separación entre dos Iglesias, el 20 de septiembre de 1870 lo es también, de

acuerdo con su vocación natural por otra parte, entre dos épocas: la de una docena larga de siglos que le es anterior, durante la cual la Fe retrocedió sin cesar ante la Razón y redujo paulatinamente a cero el poder temporal de la Iglesia; y la de menos de un siglo, durante la cual la Fe no ha dejado de apuntarse tantos sobre la Razón ridiculizada por los racionalistas, conquistando una influencia moral que nunca había tenido y que, si continúa por ese sendero, no puede dejar de traducirse, un día quizá más próximo de lo que se cree, en un poder temporal mucho más efectivo, aunque indirecto, y mucho más poderoso que el que perdió.

Y henos aquí enfrentados con el problema de Pío XII antes y durante la Segunda Guerra Mundial en el terreno de los hechos.

## ***II. Cómo Pío XII trató de evitar la guerra***

Nacido en el seno de una familia de burgueses toscanos muy devotos -- uno de sus ascendientes, abogado del Tribunal de la Rota, fundó el *Osservatore Romano* en 1851 y se convirtió en sustituto del ministro del Interior del

[111]

Estado pontificio bajo Pío IX; su padre, Terciario de la Orden Franciscana, era el decano de los abogados consistoriales --, el joven Eugenio (María-José-Juan) Pacelli había tenido desde la cuna todas las posibilidades para ser tentado por una carrera eclesiástica. Su brillante inteligencia, su extensa cultura, sus relaciones familiares y también su innato sentido político, hicieron el resto: en 1901, bajo León XIII, a la edad de 25 años (21), simple sacerdote pero doctor en teología, en derecho civil y en derecho canónico y concordatorio, pasó a la Secretaría de Estado del Vaticano en calidad de agregado a la Sección Diplomática. En 1904, camarero secreto de Pío X. En 1905, prelado, prefecto de la Congregación de San Ivo. Luego: subsecretario de la Congregación para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (1911), secretario (1914). El 24 de junio de 1914 negocia el Concordato entre la Santa Sede y Servia: es su primer éxito. El 20 de abril de 1917 Benedicto XV le nombra para la nunciatura de Munich donde, situado en el centro de las tentativas para conseguir la paz, secunda hábilmente los esfuerzos del Papa. Después del Tratado de Versalles, Benedicto XV le nombra para la nunciatura de Berlín (22 de junio de 1920) pero, retenido en Munich por asuntos que exigen su presencia allí, especialmente un Concordato en preparación con el nuevo gobierno bávaro, no se hace cargo de su puesto hasta el 1 de agosto de 1925, después de la firma de aquel Concordato el 24 de marzo de 1924. En Berlín, su primera tarea es un . Concordato con Prusia: firmado el 13 de agosto de 1929. Su idea es la de llegar

[112]

paulatinamente a un Concordato general con la Alemania surgida del Tratado de Versalles: desgraciadamente, cuando el ambiente político se ha hecho favorable a tal proyecto, Hitler asciende al poder... Y él ya no es nuncio en Berlín, sino secretario de Estado en el Vaticano, donde Pío XI, que había tenido necesidad de su ayuda para la preparación del Concordato italiano (1929) y se había felicitado del papel que desempeñó en el asunto, le había llamado (12 de diciembre de 1929) para nombrarle cardenal, primero (16 de diciembre de 1930) y luego secretario de Estado (7 de febrero de 1931). Desde aquel cargo ascendió otro peldaño hacia el Concordato general alemán: el Concordato de Baden (12 de octubre de 1932). La ironía de la suerte quiso que, fracasados todos sus esfuerzos en pro del aquel Concordato general alemán bajo la República de Weimar, fuera el propio Hitler quien tomara la iniciativa para su establecimiento. Aquél fue el primer clavo de su crucifixión. El segundo fue el



hecho de que Pío XI no denunciara aquel Concordato a pesar de todas las violaciones de que se hicieron culpables las autoridades del Tercer Reich a su respecto: hecho que se cargó en la cuenta de su secretario de Estado, y más aún cuando se vio que aquel secretario de Estado se convertía en Pío XII (2 de marzo de 1939: el mismo día de su 63 aniversario) y tampoco lo denunciaba. El lector sabe ya por qué; no insistiremos en el asunto.

Secretario de Estado de Pío XI, la política del cardenal Pacelli consistió, de completo acuerdo con el Papa, en establecer relaciones diplomáticas con el mayor número de Estados, en consolidar las ya existentes, en poner al día los antiguos Concordatos, en preparar otros nuevos.

[113]

Citemos, como resultado de sus gestiones, el Concordato austríaco (5 de junio de 1933), los jalones que puso en los Países Bálticos, las relaciones diplomáticas interrumpidas con América en 1870 (tras la caída de Roma) que trató de restablecer, sin conseguirlo, etcétera.

Es más que dudoso que, el 2 de marzo de 1939, el Cónclave que le eligió para ocupar el trono de Pedro hubiese podido escoger mejor: a su vigor intelectual y a su innato sentido político hay que añadir el hecho de su largo aprendizaje de treinta y ocho años, bajo cuatro Papas que fueron todos grandes Papas. El cardenal Pacelli, era, indudablemente, el más *papable* de todos los candidatos al solio pontificio. Y, además, la guerra se acercaba a grandes pasos. Al igual que Pío X y Benedicto XV, a cuyas órdenes había servido, que le habían formado y cuyo ejemplo, por tanto, no podía dejar de imitar, Pío XII iba a enfrentarse con la guerra apenas elegido.

Es cierto que en el terreno de la filosofía de Pío XII en materia de guerra y de paz un pacifista integral se ve obligado a formular reservas a su pacifismo: Pío XII establecía una distinción entre la guerra justa y la guerra injusta, la guerra ofensiva y la guerra defensiva, e incluso, en la guerra ofensiva, entre la ofensiva legítima y la agresión, a la cual, a veces, añadía el epíteto "injustas" (22), dando a entender que, en su espíritu, existían "agresiones justas". No había llegado aún a aquel concepto según el cual no hay guerra ofensiva ni guerra defensiva,

[114]

guerra justa o injusta, de que todas las guerras son injustas. Pero, por discutible que sea aquella filosofía, le había conducido a la convicción de que todas las guerras son evitables mediante unas reformas de la estructura de la comunidad de las naciones a las cuales se puede llegar fácilmente por el sistema de las conferencias internacionales siempre que se posea el sentido de la justicia. Y, para un Papa, es una actitud muy notable y digna de elogio.

No creo que se pueda formular mejor juicio acerca de él que éste:

"Hasta ahora, que yo sepa, ningún Papa había afirmado con tanta decisión *la unidad jurídica de la comunidad* de las naciones (23), el reinado soberano del Derecho internacional, y condenado con tanto vigor, como desintegrado de aquella unidad, el concepto de la soberanía absoluta del Estado. Hasta ahora, que yo sepa, ningún Papa había reclamado, como una consecuencia lógica de esos principios, la organización de *instituciones internacionales* destinadas a velar por la justa aplicación de las *convenciones internacionales* y a hacer posible, cuando se hiciera sentir la necesidad de ello, su *equitativa revisión*. Hasta ahora, ningún Papa había integrado, en las tareas esenciales de aquellas instituciones internacionales, *el reparto equitativo de las riquezas económicas del globo y la protección de los derechos culturales de las minorías*, ningún Papa había puesto tal insistencia y tal frecuencia en predicar una verdadera cruzada en favor de aquella organización de un orden nuevo, condición de

una paz duradera, y en apelar para ello a todos los cristianos y a

[115]

*todas las almas de buena voluntad* esparcidas por el universo. Hasta ahora, sobre todo, que yo sepa, ningún Papa había hecho una exposición de conjunto de tal amplitud de todas esas verdades" (24).

Es cierto: ningún Papa... ni siquiera Pío X ni Benedicto XV, que fueron los dos primeros en adentrarse por aquel camino. Les cabe la gloria de haber sido unos precursores, pero su pensamiento fue desarrollado y concretado por su discípulo. En materia de política internacional, el socialismo no ha llegado más lejos y, en 1939, en las horas cruciales, al igual que en 1945, cuando sonó la del paso de la teoría socialista a la práctica, el socialismo no hizo nada, en tanto que Pío XII...

Cuando, por ejemplo, en la basílica de San Bonifacio de Munich, el 7 de febrero de 1932, monseñor Faulhaber, arzobispo del lugar, pronunció un discurso en el cual puede leerse:

"Las condiciones previas de una guerra legítima se han hecho mucho más raras que en otras épocas... A los abogados de la paz se preguntará:

"¿ Qué opináis del hecho de que el Imperio alemán esté desarmado, indefenso, mientras los otros pueblos se arman a su antojo?

"Contestaremos nosotros:

"Según el derecho natural y el derecho de gentes, los pueblos son iguales: por consiguiente, el pueblo alemán

[116]

tiene también derecho a unas garantías contra un posible ataque.

"Pero la igualdad de derecho entre los pueblos no quedará establecida por el simple hecho de que las fuerzas defensivas de Alemania, actualmente desarmada, sean reconstituidas hasta el punto de que pueda rivalizar en armamento con las otras naciones: sólo se obtendrá mediante el desarme de los pueblos armados y superarmados.

"El antiguo proverbio *Si vis Pacem, para Bellum* debe ser *desmantelado* como un viejo barco de guerra. Armarse indefinidamente durante la paz no resguarda de la guerra ni garantiza la paz. Los armamentos constituyen una preparación permanente para la guerra, y de la preparación al desencadenamiento no hay más que un paso...

*"Si vis Pacem, para Pacem"* (25).

Esas palabras están inspiradas por uno de los principios más nobles del socialismo práctico y vuelven a encontrarse, casi textualmente, en la *Colección* de los discursos pronunciados por Pío XII cuando no era más que Monseñor Pacelli, en la época de su nunciatura en Munich y en Berlín, editada por cuenta del episcopado alemán en 1930. *Si vis Pacem, para Pacem*: durante la paz, desde luego, pero también durante la guerra, tal fue el principio rector del comportamiento de Pío XII. Si alguien merece ser vituperado no es precisamente él por haber permanecido inquebrantablemente fiel a ese principio, sino los socialistas

[117]

por haberlo abandonado antes y durante la Segunda Guerra Mundial, después de haberlo utilizado, desde 1919 hasta 1933, como principio clave de su programa de política exterior. Pío XII fue el Jaurés de la Segunda Guerra Mundial y, mientras duró, el equivalente de los Kienthalianos y de los Zimmerwaldianos de la Primera. En nombre de los imperativos de la Fe, en tanto que los Jaurés, los Kienthalianos y los Zimmerwaldianos sólo se inspiraban en los de la Razón. La cosa carece de importancia, puesto que Pío XII llegaba a las mismas conclusiones racionales. En cambio, salta a la vista que oponerse a esas conclusiones racionales no es ya más que

oponer una Fe que empieza a razonar --¡por fin!-- a una Razón que se ha adentrado por los caminos de la sinrazón. Y éste es el caso del *Vicario*, de M. Rolf Hochhuth, del *Vicario y la historia* de M. Jacques Nobécourt, y del *Pío XII y el Tercer Reich* de M. Saül Friedländer. Y además en nombre de otra Fe, ya que la Razón que cae en la sinrazón no es más que otra Fe: la Fe protestante para el primero, la Fe progresista en el sentido del marxismo para el segundo, y la Fe judaica para el tercero. Tres clases de Fe que se hundan cada día un poco más en el oscurantismo. En cambio, a partir de 1870, la Iglesia se ha asomado cada día un poco más a la luz: en materia social, con León XIII, en materia de guerra y de paz con Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, y en uno y otro terreno con Juan XXIII y hoy con Pablo VI. Desprendiéndose de sus prejuicios arcaicos, procurando no caer de nuevo en ellos y, en la medida en que sus tomas de posición podían tener prolongaciones temporales, basándolas en la observación y en el análisis.

{ 118 }

Pero, lo que se le reprocha a Pío XII no es más que su actitud durante la Segunda Guerra Mundial. Para comprenderla bien, era necesario situarla en el contexto de la del Papado y situar al hombre en ese contexto. Llegados a los acontecimientos, hay que decir todavía lo que fue aquella actitud en las horas cruciales que decidieron el curso del conflicto.

Hay tres hechos, producidos durante las primeras semanas de su pontificado, que demuestran a la vez hasta qué punto tenía conciencia del peligro y cuáles eran sus intenciones:

-- el mismo día de su coronación, contestando a los buenos deseos del Sacro Colegio que le eran expresados por su decano, Monseñor Pignatelli di Belmonte, declaró que "empuñaba el timón de la nave de Pedro para dirigirla, en medio de tantas olas y tormentas, hacia el puerto de la paz"(26);

-- su primera homilía, *Quoniam Paschalia* (abril de 1939), le muestra "preocupado por los peligros que representan para Europa las huelgas, la miseria, la falta de fidelidad a los compromisos suscritos, el desprecio en ciertos países de los imprescriptibles derechos de la dignidad humana y de la libertad"(27). Italia acababa precisamente de invadir Albania...

-- una carta a Monseñor Maglione (20 de abril de 1939), al cual había nombrado secretario de Estado (10 marzo), para pedirle que recomendara "a todas las parroquias de las diócesis, durante el mes de mayo, una cruzada de rogativas para obtener, por doquier y para todos,

[ 119 ]

la concordia y la paz" (28). Porque entretanto se habían producido dos acontecimientos, la conversión de Bohemia y Moravia en un protectorado alemán protegido por las tropas alemanas (15 de marzo de 1939) y de Eslovaquia en un Estado independiente, es decir, la desmembración de Checoslovaquia, y, el 31 del mismo mes, la garantía incondicional ofrecida por Inglaterra a Polonia de su integridad territorial, tal como había sido definida por el Tratado de Versalles. El segundo de aquellos acontecimientos apareció inmediatamente a ojos de Pío XII como el primer paso de una marcha irrevocable hacia la guerra, y había decidido emprender una ofensiva diplomática de la cual hablaremos más adelante; de ahí las rogativas pedidas a "todas las parroquias de todas las diócesis", para apoyar aquella ofensiva.

A propósito del primero de aquellos acontecimientos, se le reprochó a Pío XII el no haber protestado contra aquella violación de los Acuerdos de Munich, y su actitud fue comparada con la de Pío XI en el asunto del *Anschluss* austríaco; Pío XI no había

protestado tampoco contra la anexión de Austria por la Alemania hitleriana, pero había exigido al cardenal Innitzer, arzobispo de Viena, el cual había pedido a los obispos y al clero que hicieran votar por el hecho consumado en ocasión del plebiscito, una puntualización muy semejante a una retractación y que fue publicada en el *Osservatore Romano* del 6 de abril de 1938.

En primer lugar, no había comparación posible entre los dos acontecimientos. El *Anschluss* no fue un golpe de  
[120]

fuerza más que en derecho formal. Desde 1919, la casi totalidad de los austríacos pedían la anexión a Alemania (voto de la Asamblea Nacional del 4 de marzo de 1919). El artículo 88 del pacto de la Sociedad de Naciones se oponía a la anexión, contra la voluntad de los dos pueblos. Desde Salzburgo a Viena, la entrada de Hitler fue triunfal.

El desmantelamiento de Checoslovaquia se presenta bajo una luz muy distinta en lo que respecta a violación de un tratado y., particularmente, de los Acuerdos de Munich. Estos últimos habían previsto tres cosas: el retorno de los sudetes a Alemania, la conversión de Bohemia-- Moravia en un Estado independiente, y la independencia de Eslovaquia, aunque los dos Estados quedarían reunidos en uno solo de forma federal bajo el nombre de Checoslovaquia; finalmente, la garantía ofrecida por Alemania a aquel Estado federal de su integridad territorial (29).

Sin embargo, en el nuevo Estado federal, los checos, que eran mayoría, por una parte se hicieron los sordos ante los polacos y los húngaros, y por otra hacían muy difícil la vida a los eslovacos, a los cuales se negaban a reconocer como autónomos. Pero es preferible dejar que M. André-François Poncet -- en quien no puede sospecharse la menor simpatía hacia la Alemania nazi -- nos explique cómo y por quién fueron violados los acuerdos de Munich.

[121]

"Los eslovacos, conducidos por Monseñor Tiso, habían obtenido la autonomía dentro del marco del Estado checoslovaco. Pero los checos se negaban a considerarles como un Estado emancipado y federado. A Hitler le bastó, para llevar a cabo su proyecto, tomar partido por los eslovacos (30). El 13 de marzo de 1939, Praga pretendió destituir a los ministros eslovacos (31) a causa de su política separatista, Monseñor Tiso (32) corrió a Berlín y solicitó la protección (33) del Führer" (34).

Por lo tanto la violación de los Acuerdos de Munich fue en primer lugar una violación por parte de los checos (35), y la intervención de Hitler una reacción a petición de las víctimas de aquella violación. Lo mismo, por

[122]

ejemplo, que la reciente intervención en el Congo de los belgas y de los americanos, para ayudar al gobierno impotente contra unos rebeldes en plan de asesinar a unos inocentes. Y lo mismo que otras muchas intervenciones de la misma naturaleza de los ingleses, de los franceses, de los Estados Unidos, etc., que nunca han impresionado demasiado a la conciencia universal, conformándose ésta con aprobarlas en muchos casos, sencillamente.

Pese a los epítetos indignados con que M. André-François Poncet esmalta su relato, las cosas sucedieron como él dice: Checoslovaquia murió a causa de la violación de los Acuerdos de Munich por los checos.

¿Y qué podía decir Pío XII de las condiciones en las cuales había muerto, puesto que tales condiciones habían sido definidas por unos acuerdos establecidos entre unos gobiernos reconocidos por los Acuerdos de Munich? Uno de ellos, el gobierno checo, había sido objeto de violencia, es cierto, pero él mismo reclamaba el derecho de

ejercer la violencia contra otro, y para impedirle que empezara de nuevo Hitler había decidido intervenir. El único medio para evitar su intervención hubiese sido proceder a un arreglo general de todos los litigios europeos a través de una conferencia internacional convocada con aquel fin (revisión del Tratado de Versalles, prevista por el artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones), que tras haberle sido negado a la República de Weimar continuó siéndole negado a Hitler, el cual, contestando a una propuesta de Roosevelt del 16 de mayo de 1933, se había mostrado entusiasmado ante la idea en un discurso que pronunció ante el Reichstag el 17 del mismo mes. En el

[123]

mes de mayo siguiente, Pío XII propuso una conferencia de ese género.

Aquella conferencia, por otra parte, hubiera tenido que ocuparse de algo más que del problema checoslovaco ya que, al mismo tiempo que Hitler le daba, de acuerdo con los eslovacos, la solución que sabemos, habíase planteado otro, surgido de otra provocación: el problema polaco.

Hasta entonces, alemanes y polacos se habían entendido muy bien. Existía entre ellos un tratado de alianza con fecha del 26 de enero de 1934 que funcionaba a las mil maravillas, y sus relaciones eran más que cordiales. Cedamos de nuevo la palabra a M. André-François Poncet:

"El coronel Beck se había hecho amigo íntimo de Goering, y éste era invitado cada año a ir a cazar a los bosques polacos. En el curso de sus cordiales encuentros, hablaron, naturalmente, de la cuestión de Dantzig y del Corredor, que tendría que ser resuelta, un día, en interés de las buenas relaciones entre los dos países; y el coronel Beck dio a entender que Polonia no se negaría a devolver Dantzig al Reich, siempre que se le reservaran privilegios económicos, y que accedería asimismo a la creación a través del Corredor de una zona extraterritorial, por la cual pasarían una autopista y una vía férrea que comunicarían directamente la Prusia occidental con la Prusia oriental" (36).

Las dos partes, pues, estaban de acuerdo.

Pero, cuando el 21 de marzo von Ribbentrop propuso al embajador polaco en Berlín, M. Lipski, la iniciación de conversaciones diplomáticas con el fin de hacer oficial

[124]

aquel acuerdo, el embajador salió hacia Varsovia y regresó el 26 con una respuesta negativa. Además, como para dar todo su sentido a aquella respuesta negativa, el 24 de marzo, al día siguiente de su llegada a Varsovia, von Moltke, embajador de Alemania en Polonia, advertía a Berlín que corrían rumores alarmistas relativos a las intenciones de Alemania con respecto a Polonia, y un día más tarde, el 25, el almirante Canaris, jefe de la *Abwehr*, señalaba la movilización de reservistas y concentraciones de tropas polacas alrededor de Dantzig.

¿Qué había sucedido?

El 18 de marzo, "Litvinov había propuesto una conferencia europea en la cual Francia, Gran Bretaña, Polonia, Rusia, Rumania y Turquía se unirían para parar a Hitler" (37). El mismo día, "varias agencias anuncian que Rumania acaba de ser objeto de un ultimátum alemán y que el gobierno rumano, asustado, ha abandonado a Hitler los recursos de su suelo" (38).

La noticia era falsa. M. Georges Bonnet, que en 1944 tuvo ocasión de comprobar su falsedad a través del Ministro de Asuntos Exteriores rumano, M. Gregoire Gafenco, el

cual le dijo: "En 1939, Bucarest no recibió ningún ultimatum alemán", califica aquella maniobra de provocación y la carga en la cuenta de los belicistas ingleses, encabezados por lord Halifax (39). Sin embargo, el 19 de marzo de 1939, interpelado por el Foreign Office, M. Tilea, encargado de negocios rumano en Londres, confirma [125]

el ultimátum. M. Chamberlain reúne su gabinete inmediatamente y se toma la decisión de ofrecer a Rumania la garantía inglesa de su integridad y de pedir a Polonia, cuyo concurso era estratégicamente necesario, que le ofrezca también la suya. El coronel Beck se muestra de acuerdo, a condición de que Inglaterra garantice también la integridad territorial de Polonia. Trato cerrado al nivel de las conversaciones el 21 de marzo, y luego definitivamente el 31. De ahí el brusco giro de Polonia, que en virtud de las relaciones que estaban en vías de anudarse entre Inglaterra y Rusia, se sentía más protegida contra las empresas de esta última con la garantía inglesa que con el tratado germano-polaco. Lo que el coronel Beck ignoraba era que, al mismo tiempo, unas relaciones de la misma naturaleza estaban a punto de anudarse entre la Alemania hitleriana y Rusia.

Con aquella garantía en juego, el coronel Beck creyó que en adelante podía permitírsele todo. Pío XII fue el primero en darse cuenta de las consecuencias que podía acarrear aquella situación, y cuando, el 26 de abril, con vencido Hitler de que el cambio de actitud de Polonia era irrevocable, denunció a la vez el tratado germanopolaco del 26 de enero de 1934 y el acuerdo naval anglo-alemán del 18 de junio de 1935, no le quedó ya ninguna duda acerca de la necesidad de una tentativa de mediación por su parte.

Pero el presidente Roosevelt se le había adelantado: el 14 de abril había escrito personalmente a Hitler y a Mussolini -- únicamente a Hitler y a Mussolini -- una carta en la cual formulaba claramente esta pregunta: "¿Estáis dispuestos a dar la seguridad de que vuestras

[126]

fuerzas no atacarán ni invadirán el territorio de ninguna de las naciones siguientes?" Seguía una lista de treinta y un países. Luego, la esperanza de que aquella garantía podría representar "diez años y tal vez incluso un cuarto de siglo de paz".. Finalmente, en caso de respuesta afirmativa, prometía la participación americana "en unas discusiones a escala mundial destinadas a aliviar al mundo del peso aplastante de los armamentos".

Era acusar únicamente a Hitler y a Mussolini de ser los responsables de la guerra en el mundo. Y, en relación con las buenas costumbres diplomáticas, una grosería, si no una provocación. "Efecto de parálisis progresiva", dijo Mussolini al recibo de aquella carta. Y Goering: "Principios de dolencia mental". Hitler anunció que contestaría el 28 de abril por medio de un discurso que pronunciaría en el Reichstag, tal como había contestado en otra ocasión a una propuesta más cortés, más racional y más substancial del propio Presidente Roosevelt, el 17 de mayo de 1933.

Para demostrar hasta qué punto era posible evitar la Segunda Guerra Mundial y cuáles eran las disposiciones de Hitler en materia de guerra y de paz, al mismo tiempo que para hacer sensible la diferencia entre las dos propuestas, hay que recordar lo que había sucedido los días 16 y 17 de mayo de 1933.

El 16 de mayo de 1933, el Presidente Roosevelt había dirigido a los Jefes de Estado de cuarenta y cuatro naciones un mensaje que exponía cuáles eran las esperanzas y los proyectos de los Estados Unidos en lo que respecta a la paz por medio del desarme: supresión de todas las armas ofensivas, bombarderos y tanques, así como la

[127]

artillería pesada para empezar, limitación al nivel de Alemania de todos los armamentos, efectivos militares, etcétera.

La respuesta de Hitler fue inmediata y sin rodeos: llegó al día siguiente, 17 de mayo, por medio de un discurso en el Reichstag que era una vibrante profesión de fe pacifista, una declaración de guerra a la guerra en un entendimiento europeo perfecto, si la propuesta del Presidente Roosevelt era acogida por las otras naciones del mismomodo que por Alemania. He aquí lo que puede leerse en aquel discurso: "La propuesta del Presidente Roosevelt, de la cual tuve conocimiento anoche, merece la más calurosa gratitud del gobierno alemán. Este se encuentra dispuesto a dar su asentimiento a ese medio de superar la crisis internacional... La propuesta es un rayo de esperanza para todos los que desean colaborar en el mantenimiento de la paz...Alemania está absolutamente dispuesta a renunciar a toda arma ofensiva, si las naciones armadas, por su parte, destruyen sus existencias de armas ofensivas... Estaría igualmente dispuesta a desmovilizar todas sus fuerzas militares y a destruir la pequeña cantidad de armas que le quedan, a condición de que los países vecinos hicieran lo mismo... Está dispuesta a firmar todo pacto de no-agresión, ya que no piensa en atacar, sino únicamente en adquirir la seguridad" (40).

El mundo entero respiró. Los social-demócratas del Reichstag alemán aplaudieron aquel discurso. Hay que reconocer que no podía hablarse mejor.

Sin embargo, todo quedó en agua de borrajas: el 14

[128]

de octubre siguiente, la propuesta Roosevelt fue discutida ante la Sociedad de Naciones, y los futuros aliados en la guerra contra Alemania pidieron... un plazo de ocho años para reducir sus armamentos al nivel de los de Alemania: ocho años durante los cuales no admitirían que Alemania estuviera en igualdad de derechos con las otras naciones en materia de armamentos. Desde hacía quince años, propuestas semejantes que habían obtenido la adhesión de Alemania venían recibiendo respuestas dilatorias del mismo género.

Era mofarse del mundo: esta vez, Alemania salió de la Sociedad de Naciones dando un portazo y el 12 de noviembre siguiente, por el 90 % del cuerpo electoral, el pueblo alemán aprobó aquella decisión.

En consecuencia, pretender que no existía ninguna posibilidad de tratar con Hitler es una contra-verdad: el 14 de octubre de 1933, los propios aliados habían demostrado que eran ellos los que no estaban dispuestos a tratar con Hitler, del mismo modo que no habían querido tratar con la República de Weimar. Y, a seis años de distancia, aquella prueba fue renovada con la carta a Hitler y a Mussolini del 14 de abril de 1939. La reacción de Hitler fue fulminante.

El 17 de abril, hizo que von Ribbentrop formulara a todos los Estados citados por Roosevelt (a excepción, naturalmente, de Polonia, de Rusia, de Gran Bretaña y de Francia, cuyas intenciones, reiteradas públicamente, conocía) la doble pregunta siguiente: ¿tenían la impresión de estar amenazados por Alemania, y habían encargado a Roosevelt que hiciera aquella propuesta en aquella forma? De un modo unánime, los veintisiete Estados interpelados

[129]

contestaron con un doble no. Fue un éxito diplomático sin precedentes para Hitler, subrayado el 28 de abril siguiente por un discurso que, dando lectura a las veintisiete respuestas y renovando sus deseos de una conferencia internacional para revisar el Tratado de Versalles, cubrió públicamente a Roosevelt de ridículo. Sin embargo, M. Saül Friedländer -- profesor de historia contemporánea en el Instituto universitario de Altos Estudios internacionales de Ginebra, no lo olvidemos, ya que eso demuestra que

en Suiza las vacas están tan bien resguardadas como en todos los demás lugares del mundo-, extrae la siguiente conclusión: "El mensaje de Roosevelt fue acogido favorablemente por el mundo entero, con la excepción de los países del Eje y *al parecer (sic)* del Vaticano" (41). En realidad, a excepción de los belicistas polacos, ingleses y franceses -los rusos no dijeron nada: habían entablado ya conversaciones con Alemania para el establecimiento de un pacto de no-agresión que se firmaría el 23 de agosto siguiente y que preveía el reparto de Polonia (42) -- y de [130]

M. Saül Friedländer, el mundo entero vio en la intervención de Roosevelt en aquella forma una incalificable parodia diplomática y comprendió que Pío XII, que tenía el sentido del ridículo, no se asociara a ella. Por otra parte, Roosevelt actuaba como franco tirador y no se lo había pedido (43), del mismo modo que no lo había pedido a ninguno de los treinta y un países que citaba, ninguno de los cuales, ni siquiera Polonia, Francia e Inglaterra, que aprobaban la gestión, se había unido oficialmente a ella. Entonces, ¿por qué hacer a Pío XII un reproche que no se hace a los demás? El proyecto de mediación de Pío XII estaba mucho más de acuerdo con el tono y con las costumbres diplomáticas. Era mucho más inspirado, más adaptado a la coyuntura y más substancial. Mucho más susceptible de obtener resultados favorables, finalmente, si hubiese sido tomado en consideración.

[131]

He aquí cómo se presentaba en su fondo: resolver todas las diferencias entre todos los Estados Europeos que las tuvieran entre ellos. Esos Estados eran cinco: Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Polonia. Inglaterra con Alemania por la denuncia del acuerdo naval anglo-alemán, por el problema de Suez con Italia y por la garantía que había ofrecido a Polonia; Francia con Italia (reivindicaciones italianas en Africa del Norte) y con Alemania en virtud de su política europea; Alemania, finalmente, con Polonia. Y en su forma: dos de aquellos cinco Estados no pertenecían a la Sociedad de Naciones lo excluía del marco de aquel organismo. Sólo quedaba la posibilidad de un arreglo mediante contactos directos entre los cinco Estados. ¿Y por qué no Rusia?, ha preguntado M. Saül Friedländer, sugiriendo que era a causa de una "aversión personal al comunismo, que se remonta a sus contactos con los Soviets en Baviera en 1919 (44). En realidad, la respuesta es mucho más sencilla: porque Rusia no se veía afectada por ninguno de los litigios en cuestión, motivo por el cual había sido excluida ya de la Conferencia de Munich. El hecho de que Pío XII fuera hostil al comunismo no puede ponerse en duda; pero, pretender que aun en el caso de que Rusia estuviera implicada en los problemas europeos en litigio Pío XII no la hubiese incluido en su proyecto, no pasa de ser una hipótesis completamente gratuita; por el mismo motivo, no había pensado tampoco en los Estados Unidos.

Antes de someter su proyecto a los interesados, para asegurarse de que no hería a nadie, Pío XII hizo proceder

[132]

a unos sondeos por sus servicios diplomáticos. He aquí, ahora, cómo sucedieron las cosas:

1. El 1 de mayo, Mussolini recibió al R. P. Tacchi Venturi, de la Compañía de Jesús, que era amigo personal suyo y que iba a pedirle su opinión, en nombre del Papa. El Duce pidió un plazo de veinticuatro horas para reflexionar. El 2 de mayo, tal como había prometido, respondió a la pregunta que le había sido formulada con una aprobación sin reservas. A continuación, el enviado del Papa le preguntó cómo reaccionaría Hitler, en su opinión. Se limitó a añadir, muy cuerdamente "que no estaría de más concretar (en la fórmula de invitación) que se trataba de resolver



pacíficamente los puntos de litigio entre los cinco países y los diversos problemas anexos" (45).

2. Provisto de ese viático, al día siguiente, 3 de mayo, el Secretario de Estado Monseñor Maglione sometió la propuesta del Papa a los Nuncios de Berlín, de París, de Londres y de Varsovia. El 5 de mayo, Monseñor Orsenigo, acompañado por von Ribbentrop, fue recibido por Hitler en Berchtesgaden. Del informe de la entrevista que dirigió al día siguiente a la Secretaría de Estado (46), así como del memorándum alemán que la resume (47), se desprende que "Hitler no creía que existiera el peligro de guerra, dado que la tensión se debía más a la propaganda que a los hechos", y que antes de dar su respuesta definitiva

[133]

tenía "que ponerse en contacto con Mussolini ya que no haría nada sin el previo acuerdo del Duce... El Duce y él obraría siempre al unísono".

Para el que conociera la respuesta del Duce, resultaba estimulante (48).

3. El Nuncio en París, Monseñor Valerio Valéri, fue recibido el 6 de mayo por M. Georges Bonnet, Ministro de Asuntos Exteriores, el cual empezó diciéndole que antes de dar una respuesta definitiva debía consultar al Presidente del Consejo y a M. Alexis Léger, secretario general del Quai d'Orsay; más tarde le llamó por teléfono y le hizo acudir a su casa aquel mismo día, para decirle que "el gobierno francés consideraba inoportuna la gestión" y pedirle que "rogara al Cardenal Secretario de Estado que suspendiera hasta nueva orden la publicación del mensaje" (49). Monseñor Valerio Valéri comunicó a la Secretaría de Estado su opinión sobre la gestión que acababa de efectuar,

[134]

el 12 de mayo, después del fracaso de la tentativa del Papa:

"Es evidente que, en su conjunto, en el momento presente, los Estados a los que se ha convenido en designar con el nombre de democracias, no desean multiplicar los contactos, sino más bien oponer una barrera a la expansión de los Estados totalitarios, ampliándola y fortaleciéndola. Por otra parte, están convencidos de que dentro de unos meses la balanza de las fuerzas en presencia se inclinará completamente de su lado. Eso es lo que me ha dicho M. Bonnet y repetido M. Bullitt, embajador de los Estados Unidos, el cual no ha ocultado su satisfacción al enterarse de que la propuesta del Papa no ha prosperado. En su opinión, hay que poner a los Estados totalitarios entre la espada y la pared. Sólo después, cuando hayan dado las garantías a que aludía Roosevelt en su mensaje, podrá empezarse a discutir" (50).

El 7 de mayo, M. Alexis Léger le había expresado su oposición al principio de una conferencia en términos casi iguales.

4. El Nuncio en Londres, Monseñor Godfrey, es recibido el 5 de mayo por lord Halifax, el cual le da a conocer la posición del gobierno inglés: "que Su Santidad ofrezca sus buenos oficios sucesiva y separadamente a Poloniaé y a Alemania, a Francia y a Italia"(51).

Londres rechaza también la oferta de mediación.

5. Las respuestas de París y de Londres, llegadas a la

[135]

Santa Sede el 7 de mayo, aniquilan todas las esperanzas que las de Italia y Alemania habían hecho nacer en el espíritu del Secretario de Estado y del Papa. El 8 de mayo llega la de Polonia: es un calco de las de Francia e Inglaterra. La respuesta oficial y definitiva de las potencias del Eje fue común. Llegó la última: el 9 de mayo.

Conociendo las de Francia, Inglaterra y Polonia, y sacando conclusiones de su carácter negativo, declaraba "que una conferencia de las cinco potencias, destinada a arreglar la situación internacional parecía prematura y de momento, inútil, aunque sólo fuera para no poner en entredicho la alta autoridad del Soberano Pontífice"(52). Situados ante el hecho consumado, Hitler y Mussolini no podían decir otra cosa. M. Saül Friedländer no podía dejar de conocer -- aunque sólo fuera por el libro de Monseñor Giovanetti que cita con mucha frecuencia -- la evolución cronológica de la tentativa de mediación de Pío XII hacia el fracaso: no dice ni media palabra acerca de ella. Pregunta: ¿para no poner en evidencia a los responsables que aquella cronología señala implacablemente?

El texto del mensaje que Pío XII se proponía enviar a cada uno de los cinco Jefes de Estado para invitarles a reunirse en una conferencia no ha sido hecho oficialmente público, que yo sepa. Su contenido sólo ha podido conocerse por las indiscreciones de la prensa diplomática, la primera de las cuales fue cometida por el *News Chronicle* de Londres el 9 de mayo y reproducida por la prensa de París en los días siguientes, y por el discurso, que era

[136]

una exhortación pública a la paz por medio de discusiones internacionales, que el Papa pronunció ante el Sacro Colegio el 2 de junio siguiente (53). Ha sido conocido también por la calurosa acogida que la prensa del mundo entero, especialmente la de los países neutrales, prestó a aquel discurso del 2 de junio.

A partir de entonces, los esfuerzos de Pío XII en favor de la paz se ejercieron en el sentido en que lord Halifax, al rechazar la conferencia de los cinco Estados, había deseado que se ejercieran: el restablecimiento de las relaciones correctas entre Polonia y Alemania, por una parte, y Francia e Italia, por otra.

Los resultados fueron igualmente negativos.

De aquellos esfuerzos, M. Saül Friedländer sólo retiene los que hizo en dirección a Alermania y a Polonia, los cuales se caracterizaron de un modo especial por los consejos de moderación y de prudencia que Monseñor Cortesi, Nuncio en Varsovia, reiteró en varias ocasiones al gobierno polaco, obedeciendo instrucciones del Papa. Los días 30 y 31 de agosto llegó incluso a aconsejar unas concesiones: devolución de Dantzig al Reich, apertura del Corredor, garantías de ciertos derechos a las minorías polacas de origen alemán (54).

Y M. Saül Friedländer interpreta todo eso en el sentido siguiente:

[137]

"la Santa Sede otorgará su apoyo a la diplomacia del Reich en el curso de las últimas semanas de la crisis" (55). Dicho de otro modo, el Papa obraba impulsado por el deseo de apoyar a la diplomacia alemana, y no por el de promover entre Alemania y Polonia un reajuste territorial y un acuerdo acerca de la suerte de la minoría alemana en Polonia más racional que el que había sido previsto en Versalles y que era la fuente del conflicto germano-polaco.

Por simpatía a la Alemania nazi.

Siempre el mismo sistema.

Resumiendo: El período que va desde el fracaso de su tentativa de mediación de principios de mayo al 1 de septiembre de 1939 fue dominado, el 24 de agosto, por una exhortación pública en favor de la paz, en la cual puede leerse: "Nada se habrá perdido con la paz, todo se perderá con la guerra" (56).

Al día siguiente, 25 de agosto, los soberanos de Bélgica y de Holanda intentan una suprema mediación: Pío XII se asocia a ella, subrayando "la afortunada coincidencia con la radiodifusión de su propio mensaje de paz" (57).

El último gesto de Pío XII al término de aquel período, el 31 de agosto de 1939, fue una nota entregada por el Secretario de Estado Monseñor Maglione a los Embajadores de Alemania, Polonia, Inglaterra, Italia y Francia, que incluía dos puntos:

1. Con respecto a Alemania y Polonia: propuesta de una tregua de diez a catorce días durante la cual los dos

[138]

países se comprometerían a abstenerse de toda medida y de todo incidente que pudiera agravar la tensión;

2. Con respecto a todos los destinatarios, una gestión en favor de una conferencia internacional que tendría como objetivo resolver el conflicto germano-polaco y revisar el Tratado de Versalles (58).

En la tarde de aquel mismo 31 de agosto de 1939, Mussolini había propuesto a Francia y a Gran Bretaña una conferencia de los cuatro, para la cual sugería la fecha del 5 de septiembre, tras haber encargado al conde Ciano que dijera a Monseñor Maglione que "Italia apoyaba incondicionalmente la iniciativa pontificia" (59).

Aquellas dos iniciativas estaban motivadas por el hecho de que, el 19 de agosto, Hitler se había declarado dispuesto a negociar si, antes del 31 de agosto por la noche, los polacos le enviaban un representante con plenos poderes para negociar, añadiendo que si no lo hacían significaría la guerra (en sustancia), y todo indicaba que confiados en el apoyo de Inglaterra, los polacos no enviarían a aquel representante.

Sin embargo, comentando un telegrama de von Bergen enviado a Berlín desde Roma, el 30 de agosto de 1939 y que decía: "que en el caso de que no se presentara en Berlín un plenipotenciario polaco, tal vez habría que contar con una nueva iniciativa del Papa", M. Saül Friedländer concluye: "fianlmente, no se produjo ninguna iniciativa pontificia en ese sentido" (60).

[139]

Profesor de historia contemporánea del Instituto universitario de Altos Estudios de Ginebra (¡¡ ... !!) Una sola pregunta: ¿nombrado por títulos, o mediante la simple presentación de su certificado de bautismo?

### **III. Cómo Pío XII trató de detener la guerra.**

Y estalló la guerra...

La primera toma de posición de Pío XII que fue hecha pública se remonta al 14 de septiembre de 1939: su respuesta al nuevo embajador de Bélgica que aquel día había ido a presentarle sus cartas credenciales:

"... hasta el instante supremo que precedió al desencadenamiento de las hostilidades, Nosotros no omitimos nada de lo que podíamos intentar --sea mediante rogativas y exhortaciones públicas, sea mediante gestiones confidenciales reiteradas y concretas-- para iluminar los espíritus acerca de la gravedad del peligro y conducirles a pacíficas y leales negociaciones ... "

Luego pronunció la frase que define su actitud durante toda la guerra:

"... *Nosotros no dejaremos de observar atentamente, para secundarlas con todas nuestras fuerzas, las ocasiones que se ofrezcan de encaminar de nuevo a los pueblos hoy soliviantados y divididos hacia la conclusión de una paz justa y honrosa para todos*" (61).

[140]

De una paz , no del retorno al *statu quo*.

Oigamos ahora a M. Saül Friedländer: "Es evidente que una paz excluyendo el retorno

al statu quo sólo puede hacerles el juego a los alemanes" (62). ¿En virtud de qué hay que guardarse de un retorno a "una paz justa y honrosa para todos? Si se piensa que precisamente porque el Tratado de Versalles no había hecho "una paz justa y honrosa para todos" --y especialmente para los alemanes-- tuvimos a Hitler y la Segunda Guerra Mundial, no se conciben sin espanto los móviles que informan el pensamiento de M. Saül Friedländer: Entonces, ¿no ha de haber nunca paz justa para los alemanes? Reparar las injusticias que se cometieron con ellos en 1919, es "hacerles el juego", y no restablecer las condiciones de la justicia? ¿Acaso la preocupación por la justicia ha dejado de ser un imperativo de la moral?

Tales afirmaciones no resisten un examen serio. Pío XII las oyó más de una vez en boca de diplomáticos aliados, aunque en forma más velada, pero nunca se detuvo en ellas. Su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, se inscribió, el 20 de octubre siguiente, en la línea de conducta cuyo principio había enunciado en su respuesta del 14 de septiembre al embajador de Bélgica: una toma de posición en favor del retorno a la paz; por añadidura, a la frase de Pío XI según la cual "espiritualmente todos somos semitas", responde haciéndole eco: No hay griegos ni judíos", respuesta que ha sido excesivamente olvidada. Hasta el punto de que, en el momento

[141]

de su aparición, aquella encíclica fue acogida en el campo de los Aliados como "una Carta de la moral internacional".

En numerosas circunstancias, Pío XII reafirmará esas posiciones de principio:

-- su mensaje de Navidad de 1939, que reúne lo que el Papa considera postulados jurídicos y políticos de una paz justa y duradera (63);

-- su carta del 7 de enero de 1940 al Presidente Roosevelt, en respuesta a la que había recibido de este último el 24 de diciembre de 1939 anunciándole, al mismo tiempo que la marcha de su enviado personal, M. Miron Taylor, su intención de recabar "el apoyo de las tres grandes religiones para ofrecer al mundo, en el momento oportuno, las bases de una paz duradera". Pío XII contesta a aquella carta diciendo: "Ninguna noticia podía resultarnos más agradable en una fecha como la de Navidad, dado que pone de manifiesto (...) una contribución importante a Nuestros esfuerzos para el establecimiento de una paz justa y honrosa"(64);

-- 24 de diciembre de 1940: mensaje de Navidad que reúne sus postulados para un orden nuevo (65);

-- 20 de abril de 1941: carta al Cardenal Secretario de Estado pidiéndole que recomiende rogativas públicas por la paz (66);

-- 17 de julio de 1941: respuesta al nuevo embajador

[142]

del Perú en el acto de presentación de sus cartas credenciales; el tema es: la justicia social, base de la paz (67);

-- 24 de diciembre de 1941: mensaje de Navidad sobre el tema de las condiciones de una paz justa y duradera (68);

-- 13 de mayo de 1942 (con ocasión de su jubileo episcopal): discurso sobre el papel de la Iglesia en el conflicto mundial (69);

-- 24 de diciembre de 1942: mensaje de Navidad sobre el orden social cristiano (70);

-- 2 de junio de 1943: alocución al Sacro Colegio, cuyo tema es una protesta contra la guerra total (71);

-- 13 de junio de 1943: discurso a los obreros italianos, para contestar a las calumnias contra la acción pacificadora de la Santa Sede (72);

-- 1 de septiembre de 1943: mensaje al universo en el cuarto aniversario de la guerra, sobre el tema: ¿de qué sirve la prolongación de semejante azote? (73).

-- 24 de diciembre de 1943: mensaje de Navidad que trata de los principios de un programa de paz justa y duradera (74);

-- 1 de septiembre de 1944: mensaje al universo en el quinto aniversario de la guerra, que reúne cierto número de consideraciones relativas a la organización social y a los problemas económicos del futuro (75);

[143]

-- 24 de diciembre de 1944: mensaje de Navidad sobre la verdadera democracia y las condiciones en las cuales una organización internacional puede garantizar eficazmente la paz (76).

No hemos juzgado indispensable ofrecer los extractos de esos diversos textos que muestran al Papa preocupado por crear, entre los pueblos y los hombres de Estado, un clima psicológico capaz de inclinar a la reanudación de las relaciones internacionales. Por ese motivo hemos dado las referencias exactas: el lector puede acudir fácilmente a ellas.

Una historiadora inglesa demasiado poco conocida, Anne Armstrong, nos habla de la preocupación de Pío XII por abreviar la guerra:

"...El Papa Pío XII, en junio de 1940, hizo advertir al Presidente Roosevelt por medio de su enviado, Myron Taylor, que la época de paz no subsistiría si no tomaba como base la caridad cristiana, excluyendo de ella todo deseo de venganza y todo elemento de odio. La exigencia de una capitulación sin condiciones, explicó el Papa a Taylor, era incompatible con la doctrina de Cristo" (77).

Y también con la razón y con el sentido común: actualmente no queda casi nadie que no esté convencido, por los hechos conocidos, de que aquella exigencia prolongó la guerra en un mínimo de dos años.

Ahora, si del terreno de aquellos principios constantemente reafirmados por Pío XII se desciende al de las conclusiones prácticas que extrajo de ellos, me refiero a las

[144]

intervenciones diplomáticas que le inspiraron, vemos que son de dos clases, lo mismo en el sentido de la limitación del conflicto, que en el del retorno a la paz general: las que están atestiguadas por textos irrefutables, y las que no lo están más que por las declaraciones de testigos más o menos calificados.

Entre las que aparecen irrefutablemente atestiguadas figuran sus múltiples intervenciones para impedir que Italia entrara en el conflicto. "Durante nueve meses -- dice Paul Duclos --, no hubo semana en que el Sumo Pontífice, sea directamente en una alocución, una carta, una audiencia, sea indirectamente por mediación de su Secretario de Estado, de sus Nuncios o de personalidades oficiosas, no ejerciera presión sobre la opinión italiana y los dirigentes responsables... especialmente sobre Ciano" (78).

Y es cierto.

Algunas pruebas entre las más significativas:

-- El 4 de septiembre, *Il Popolo d'Italia* publicó un editorial en el que se afirmaba que "Italia no será ajena a la restauración de la nueva Europa (iniciada por Hitler) y a su liberación". Dos días después, Pío XII envió al padre Tacchi Venturi a Mussolini para exhortarle a hacer todo lo que estuviera a su alcance en favor de la paz.

-- El 20 de octubre, la encíclica *Summi Pontificatus*, suplica "al Señor que permita que la atmósfera serena de esta paz impregne, avive, dilate y afirme poderosa y profundamente el alma del pueblo italiano".

-- El 7 de diciembre, al recibir a M. Alfieri, nuevo embajador de Italia en el Vaticano,

se declara "convencido

[145]

de que sus esfuerzos de paz encontrarán siempre un eco en el valiente, fuerte y laborioso pueblo italiano, al que la prudencia de sus gobernantes y su propio sentimiento íntimo han evitado hasta ahora el verse mezclado en la guerra" (79).

-- En diciembre, se anudan nuevas relaciones entre el Rey de Italia, que está en favor de la neutralidad italiana, y el Papa, por mediación del conde Ciano, el cual es de la misma opinión: el 21 de diciembre, los soberanos de Italia, acompañados del conde Ciano, son recibidos en el Vaticano -- ¡hecho que no se había producido desde el Concordato de 1929! -- y, en su discurso, el Papa formula el deseo "de que Dios conceda al pueblo italiano, en una vigilancia previsor y una prudencia conciliadora, no sólo su paz interior y su paz exterior, sino también el restablecimiento de una paz honrosa y duradera entre los pueblos"(80). El 28 de diciembre, el Papa devuelve su visita al Rey -- ¡ningún Papa había estado en el Quirinal desde hacía setenta años! -- y se expresa en términos semejantes.

--El 17 de marzo, entrevista Hitler-Mussolini en el Brennero. El Duce regresa de ella encadenado al carro de Hitler. *El Osservatore Romano* inicia una campaña pacifista. El 9 de abril, Mussolini encarga al embajador Alfieri que proteste. Réplica de Monseñor Maglione: "El *Osservatore Romano*, que se imprime en italiano pero que es el órgano de la Santa Sede, no puede ser confundido con los periódicos italianos... en todas partes, y especialmente en el extranjero, es necesario que se vea que es realmente

[146]

el periódico de la Santa Sede, un periódico ímparcial y sereno" (81).

-- El 24 de abril, carta personal al Duce: "El Santo Padre formula, desde lo más profundo de su corazón, ardientes votos para que le sean evitadas a Europa mayores ruinas y lutos más numerosos, y a nuestro amado país, a vuestro país, en particular, una calamidad tan grande" (82). Las relaciones se envenenan... El Papa no cede un ápice en sus posiciones.

-- Se produce el conocido incidente del 13 de mayo de 1940: el embajador Affieri recibe el encargo de protestar nuevamente ante la Santa Sede por la campaña pacifista del *Osservatore Romano*, con motivo de un discurso que era un vibrante llamamiento al pueblo en favor de la neutralidad italiana pronunciado en la iglesia de Santa Minerva (5 de mayo) y de tres telegramas condenando la invasión de Bélgica, de Holanda y de Luxemburgo, dirigidos respectivamente a cada uno de los soberanos de aquellos tres países. "El Santo Padre -- dice Alfieri (83) -- me respondió que no comprendía la irritación del jefe del gobierno. A este paso, concluyó con una firmeza serena, tendrán que venir a buscarme para conducirme a un campo de concentración. Cada uno tendrá que responder ante Dios de sus actos."

Se sabe que Mussolini estaba irrevocablemente comprometido en el camino de la intervención. Pío XII tuvo que confesar su impotencia el 2 de junio ante el Sacro

[147]

Colegio. El 10, Italia le declaró la guerra a Francia. Para actuar contra la entrada en guerra de Alemania contra Rusia, luego del Japón contra los Estados Unidos y finalmente, como consecuencia lógica, de Alemania contra los Estados Unidos, Pío XII estaba mucho peor situado, por no decir completamente desarmado: en uno y otro caso, se encontró ante el hecho consumado. Por lo menos se negó a ceder, lo mismo en lo que respecta a ingresar en una cruzada antinazi, como le pedían insistentemente los Aliados, que en una cruzada antibolchevique, como le pedían con igual insistencia las potencias del Eje, lo cual hubiese sido, en uno y otro caso, entrar en la guerra al

lado de los unos o de los otros.

También aquí unos textos dan fe:

"Radio Moscú pudo anunciar en 1943 que Pío XII se había negado a colaborar con Hitler en una cruzada contra la rusia Soviética", dijo el *Osservatore Romano* del 16 de enero de 1945, y aquella declaración no ha sido desmentida en ningún momento.

Luego, del propio Pío XII:

"Nosotros procuraremos de un modo especial, a pesar de ciertas presiones tendenciosas, no dejar escapar de Nuestros labios o de Nuestra pluma una sola palabra, un solo indicio de aprobación o de estímulo en favor de la guerra emprendida contra Rusia en 1941" (84).

Y puede creérsele, puesto que el propio M. Saül Friedländer conviene en ello (85), aunque manteniendo que la actitud de Pío XII se inspiraba en sus simpatías por la [148]

Alemania nazi, único bastión contra el bolchevismo, lo cual, en materia de contradicción, es un modelo en el género.

En septiembre de 1941, los anglosajones, hasta entonces neutrales, se disponen a apoyar a los rusos. El 9, M. Myron Taylor entrega a Pío XII una carta con fecha del 3 en la cual Roosevelt le informa de los motivos que abogan en favor de aquella decisión: la dictadura rusa menos peligrosa para la seguridad de las otras naciones que la dictadura alemana, los crímenes nazis. Sigue un motivo que deberá decidir al Papa a invitar a los católicos americanos a aprobar la determinación de su Presidente, es decir, a aprobarla él mismo y a sostenerla ante la opinión americana, o sea que la situación religiosa en Rusia ha mejorado: en Moscú acaba de ser elegido un patriarca ortodoxo con la aprobación del gobierno y ha sido autorizada la reanudación de la celebración del culto. El Papa rechaza la invitación y Taylor informa: "Su Santidad ha confirmado que la Santa Sede condena al comunismo ateo y los sistemas totalitarios, pero continúa estimando al pueblo ruso con un afecto paternal". En su mensaje de Navidad de 1941, confirma de un modo general aquella negativa a tomar partido en el sentido solicitado por Roosevelt: "Dios es testigo de que Nosotros amamos con un afecto igual a todos los pueblos, sin ninguna excepción, y para evitar incluso la apariencia de estar guiados por el espíritu de partido, Nos hemos impuesto hasta ahora una extremada reserva" (86).

[149]

Así, restablecido en su contexto, se comprende el sentido que debe darse al vocablo "reserva", alrededor del cual los adversarios del pacifista Pío XII han armado tanto ruido. El embajador del Reich en Madrid tenía seguramente razón al escribir: "El Papa no habría dado pruebas de una gran comprensión en lo que respecta a aquella actitud (de Roosevelt) y habría subrayado una vez más que la extensión del conflicto sería la peor de las catástrofes. Sin embargo, se alegraba de que los Estados Unidos fuesen aún neutrales, ya que únicamente así podrían participar con la Santa Sede en el restablecimiento de la paz" (87). Todas las palabras del Papa, todos sus escritos van en ese sentido: cremos haberlo establecido indiscutiblemente.

Y si, el 11 de diciembre, Bergen escribe: "En los medios del Vaticano, la actitud de Roosevelt es censurada severamente. El Presidente, no sólo se ha esforzado en extender el conflicto a otros países, sino que ha conseguido maniobrar hasta conseguir que su propio país entre en la guerra" (88), no cabe duda de que, bajo esa forma, atribuye a la Santa Sede un modo de pensar que es el suyo propio, pero es indiscutible que tiene razón: Roosevelt, en efecto, ha maniobrado para "extender el conflicto a otros países y hacer entrar al suyo en la guerra". Su política con el Japón, en lo que toca a los intercambios comerciales entre los dos países, lo demuestra ampliamente, y

el contenido de su carta a Pío XII del 3 de septiembre de 1941, sin la menor provocación de Alemania, es una confesión. Cabe únicamente asombrarse de [150]

que, habiendo maniobrado de ese modo, el ataque a Pearl Harbour del 7 de diciembre siguiente le cogiera desprevenido y, al igual que al Papa, le colocara ante el hecho consumado.

En todo este asunto, M. Saül Friedländer acaba aceptando la validez de las informaciones transmitidas por el embajador alemán Bergen a la Wilhemstrasse, el 21 de marzo de 1942:

"Acabo de enterarme muy confidencialmente de que la Santa Sede, probablemente inducida por el gobierno italiano, ha ejercido realmente una presión, por medio de sus nuncios, sobre los gobiernos que tomaron parte en la Conferencia de Río (de las naciones sudamericanas, a las que Roosevelt trataba de inducir a romper sus relaciones diplomáticas con el Eje y el Japón), para convencerles de que debían mantener su neutralidad. Un despacho de la *United Press* obligó al delegado de la Santa Sede en Washington a publicar un mentís, para no ser acusado de injerencia y de toma de posición en el conflicto" (89).

No cabe duda de que los nuncios del Papa en América del Sur estaban, como el propio Pío XII, en contra de la extensión del conflicto. Y es evidente que no tenían por qué ocultarlo, del mismo modo que no lo ocultó Pío XII. Pero de esto a hablar de "presión" hay más de un paso, y de ahí el mentís. Igualmente absurdo resulta suponer que Pío XII obrara, si se quiere recordar la firmeza con que había contestado a los reproches del Duce.

[151]

Se concibe que el embajador alemán comunique eso a su gobierno para explicar uno de sus fracasos. El hecho de que M. Saül Friedländer lo acepte como buena moneda es una simple insinuación... muy de acuerdo, por otra parte, con su estilo, que a lo largo de todo su estudio no es más que insinuación.

Aquí, como en todas las ocasiones, Pío XII obró como lo hizo porque estaba en contra de la extensión del conflicto, y no para complacer al Duce. Porque deseaba el retorno de la paz y creía, muy justamente, que el mejor medio para volver a la paz no puede ser nunca el extender la guerra a unos países que todavía no están mezclados en ella.

#### ***IV. Las tentativas diplomáticas del Vaticano.***

Sólo queda, ahora, mostrar en el mismo terreno práctico, es decir, diplomático, cómo Pío XII, habiéndose esforzado en evitar que el conflicto se extendiera, "aprovechó... todas las ocasiones que se ofrecían... para encaminar a los pueblos... hacia la conclusión de una paz justa y honrosa para todos", y cómo lo utilizó.

En primer lugar, hay que convenir en un hecho: aunque nunca dejó de desearlo ni de esperarlo, las circunstancias no le permitieron, como a Benedicto XV durante el primer conflicto mundial, lanzar una ofensiva diplomática de paz durante el segundo. A lo sumo pudo intentar poner en contacto a los beligerantes. Y he aquí, en el orden cronológico, las ocasiones que tuvo para ello:

[152]

1. Terminada con éxito la campaña de Polonia, Hitler le pidió a Mussolini, mejor situado que él y todavía neutral, que efectuara unos sondeos de paz sobre la base de



un compromiso previendo una Polonia amputada de sus minorías alemana, ucraniana y lituana. El Duce hizo dos cosas: por una parte, a mediados de septiembre, encargó al *Popolo d'Italia* la publicación de una serie de artículos apremiando a Inglaterra y a Francia para que aceptaran un compromiso sobre aquella base, y por otra parte, le pidió al conde Ciano, su Ministro de Asuntos Exteriores, que hiciera transmitir a Pío XII el ruego de que utilizara su influencia en Londres y en París para facilitar aquella apertura de paz. El 22 de septiembre, el *Osservatore Romano* reprodujo uno de los artículos que mejor reflejaban las condiciones del compromiso, lo cual demuestra de un modo indiscutible que Pío XII era partidario de una apertura de paz en aquella forma, por otra parte muy aceptable, ya que de haber surtido efecto, no estando Rusia en guerra, hubiese significado el retorno a la paz.

El 8 de octubre siguiente, Hitler pronunció un discurso en el Reichstag que era una propuesta de paz general: nada de objetivos de guerra contra Inglaterra y Francia, nada de pedir la revisión del Tratado de Versalles salvo para las colonias, un Estado polaco independiente tras el arreglo del problema de las minorías europeas en el curso de una conferencia, solución del problema judío, desarme, cooperación europea... Nada que no fuera justo: mas concreto y más aceptable aún que los artículos de *Il Popolo d'Italia*.

Dos autores pretenden, sin concretar la fecha, que

[153]

Monseñor Maglione encargó a los nuncios en París y en Londres que entregaran un mensaje pontificio en ese sentido, a los dos gobiernos: M. Paul Duclos y M. Mourin. El primero habla de un "ofrecimiento de buenos servicios", que caracteriza así: "El Papa se limita a formular su deseo de ver restablecida la paz en Europa, y aconseja a las dos naciones que aprovechen la primera ocasión para alcanzar ese objetivo" (90). Y el segundo: "La intervención del Vaticano fue vaga y prudente. Deseaba evitar que una toma de posición demasiado clara provocara problemas de conciencia en los católicos de los países en guerra"(91). En las *Actes de Pie XII*, publicadas por la *Bonne Presse* (92), finalmente, se lee que en materia de intervenciones diplomáticas: "Pío XII aceptó (finales de 1939 --comienzos de 1940), a petición de medios políticos y militares alemanes influyentes, transmitir por los conductos oficiales ordinarios algunas peticiones sobre los objetivos de guerra y las condiciones de paz a la otra parte beligerante", y que "la intervención del Papa (en la guerra, se sobrentiende) se limitó a aquella transmisión"..

Conclusión: se trataba de esas notas de sondeo que son tradicionales en la diplomacia vaticana: antes de proponer sus "buenos oficios", Pío XII quería saber qué posibilidades de éxito tendría su gestión.

No tenía ninguna. Desde lo alto de la tribuna de la

[154]

Cámara de los Comunes, la respuesta a las propuestas de paz de Hitler llegó a través de M. Chamberlain, el 12 de octubre: "Al actual gobierno alemán -- dijo -- no puede serle otorgada ninguna confianza". Al día siguiente, 13 de Octubre, Hitler afirmaba "que chamberlain, al rechazar su ofrecimiento de paz, había escogido deliberadamente la guerra"..

La iniciativa del Papa quedó interrumpida: no tenía ya motivo para proponer sus buenos oficios.

2. El 7 de noviembre de 1939, la reina de Holanda y el rey de los belgas proponen su mediación a los beligerantes. Los reyes de Dinamarca y de Noruega, de Suecia, de Rumania y el Presidente de la República de Finlandia, apoyan la gestión. El Vaticano

también (93).

3. Las peticiones acerca de sus objetivos de guerra y de sus condiciones de paz a la otra parte beligerante, en nombre de Alemania, ya citadas.

4. El 11 de marzo de 1940, durante su visita a Roma de la cual ya se ha hablado, von Ribbentrop, según Camille Cianfarra, habría presentado a Pío XII, con el ruego de que lo transmitiera a los Aliados, un plan de paz en once puntos. Pero nada permite creer que ese plan fuera presentado efectivamente por von Ribbentrop a Pío XII, salvo los mentís que Londres, París, Berlín, y el propio Vaticano dieron a la información publicada por la prensa de la época (94).

5. El 28 de junio de 1940, después del aplastamiento

[155]

de Francia, Monseñor Maglione entrega a los embajadores de Alemania, Inglaterra e Italia cerca de la Santa Sede, la nota siguiente:

"El Santo Padre, conmovido ante la perspectiva de los innumerables duelos y de las irreparables ruinas a las cuales dará lugar la próxima reanudación de las hostilidades, y con el único fin de realizar un supremo esfuerzo para salvaguardar la humanidad y la civilización, convencido de que la prolongación de la guerra podría engendrar otros conflictos y otras crisis y de que, por otra parte, una paz justa y honrosa es deseada por todos los pueblos, tendría la intención de dirigirse a los gobiernos de Alemania, de Inglaterra y de Italia, por su propia iniciativa, para rogarles que estudien las posibilidades de acuerdo que permita poner fin al conflicto. Antes de realizar esa gestión, el Santo Padre desea que Vuestra Excelencia pregunte confidencialmente a su gobierno que acogida recibiría por su parte semejante invitación" (95).

El 19 de julio, en un gran discurso que pronunció en el Reichstag, Hitler propuso oficialmente la paz a la Gran Bretaña, a la cual, dijo, no tenía el menor deseo de destruir, y al imperio colonial, al cual no tenía la menor intención de atacar- El 21 de julio, en una alocución difundida por radio, lord Halifax replicó: "Continuaremos la lucha hasta que la libertad quede asegurada"(96).

El 26 de julio, el Secretario de Estado para los Asuntos Exteriores del Reich, von Weizsäcker, comunica al Nuncio Orsenigo la respuesta del Reich al mensaje de Pío XII:

[156]

"Creemos poseer suficientes informes a propósito de la respuesta eventual de Londres a los sondeos de la Curia, para poder considerar aquella respuesta como negativa."

"La respuesta alemana, de hecho, ha sido expresada por el discurso de Hitler del 19. La declaración de lord Halifax, en su alocución difundida por radio del 21, confirma nuestra opinión acerca de la obstinación del gobierno británico. Evidentemente, Inglaterra quiere la guerra y la tendrá con todo su horror.

"Ahora -- añade -- ya no hay nada que hacer: para casarse sólo hacen falta dos" (97). Pío XII, en consecuencia, no intervino oficialmente.

6. Paul Duclos hace públicos unos informes que, según dice, le han sido comunicados por la familia del difunto doctor Domenico Russo, antifascista notorio, que fue presidente del Comité italiano de liberación, apóstol encarnizado de la paz, amigo de Francesco Nitti, de Monseñor Maglione y de cierta personalidad (que no se nombra) allegada a Hitler. Según esos informes, en agosto de 1942, Monseñor Maglione y el doctor Domenico Russo se pusieron de acuerdo en que tal vez podría obtenerse de Hitler que aceptara una iniciativa del Papa en favor de una suspensión de las hostilidades y de una conferencia general. A renglón seguido, el doctor se habría

informado, y, en octubre, la personalidad no nombrada en cuestión le habría dicho, para que lo transmitiera a la Santa Sede, de parte de Hitler:

[157]

"A pesar de las injusticias que el papado ha cometido conmigo, estoy dispuesto a entenderme con la Santa Sede, si el Papa quiere intervenir en favor de la paz". Pero, antes de que el Vaticano hubiera dado su respuesta, el desembarco norteamericano del 8 de noviembre de 1942 lo habría echado todo a perder. El doctor Russo habría reanudado sus tentativas a través de Suiza, y luego de Portugal, donde, habiendo conseguido entrar en contacto con el Foreign Office por mediación de uno de sus amigos habría obtenido, el 22 de junio de 1943, la respuesta siguiente:

"Si el Secretario de Estado de la Santa Sede le pregunta a nuestro ministro, M. Osborne, si Inglaterra está dispuesta a aceptar una mediación pontificia, M. Osborne recibirá el encargo de contestar afirmativamente. Pero el doctor Russo no habría regresado a Roma hasta el 10 de julio de 1943, fecha del desembarco de los Aliados en Sicilia. "De modo -- añade Paul Duclos -- que cuando el Cardenal Maglione formuló a Osborne la pregunta convenida, el ministro británico respondió que las instrucciones que había recibido ya no tenían validez" (98).

¿Qué pensar de todo eso? Es evidente que, si Hitler le hubiese solicitado que tomara una iniciativa, sin concretar más, Pío XII no hubiera podido rechazar la propuesta sin contradecirse con todo lo que había dicho hasta entonces. ¿Estuvo aquella propuesta en las intenciones de Hitler y la formuló en términos tales que los esfuerzos del doctor Russo llegaran hasta la pregunta formulada por Monseñor Maglione a M. Osborne? Es posible, pero no seguro: nada lo atestigua, salvo las memorias

[158]

del jefe del contraespionaje nazi, Schellenberg (99), el cual, sin nombrar a nadie, habla de negociaciones de paz con los Aliados a través de Suiza, del Vaticano y de Portugal, negociaciones que contaban con el beneplácito de Himmler, pero que fracasaron a causa del desembarco norteamericano en Africa del Norte el 8 de noviembre, de 1942, y del de los anglo-norteamericanos en Sicilia el 10 de julio de 1943. ¿Se trata de las mismas? Estas últimas, en todo caso, parecen haber sido llevadas a cabo al margen de Hitler, y, por su parte, si había encargado a los mismos hombres que efectuaran las mismas gestiones, habría que admitir que había caído en una trampa.

El asunto es muy oscuro, y si los informes facilitados a M. Paul Duclos por la familia del doctor Russo son ciertos, habría que pensar en una tentativa de intervención de la Santa Sede que no tuvo continuación en el terreno diplomático.

7. Sólo como recordatorio y porque, en el caso de que fuera auténtica, atestiguaría una apertura de paz de Hitler en marzo de 1943, señalaremos una nota de protesta contra la detención de los judíos de Roma, dirigida el 16 de octubre de 1943 al general Stahel, comandante militar de Roma, por Monseñor Hudal, rector austríaco de Santa Maria dell'Anima, intermediario oficioso del Vaticano y, por tanto, conocedor de sus secretos, y concebida en los siguientes términos: "en breve plazo, el Reich tendrá que recurrir al Vaticano para unas misiones concretas y, ya en el mes de marzo se hicieron gestiones en este sentido. Sería lamentable, desde el punto de vista de la

[159]

paz, que esa persecución de los judíos provocase una disensión entre el Vaticano y el Reich" (100).

La autenticidad está garantizada por M. Rolf Hochhuth, el cual la cita en su *Vicario*.

Que yo sepa, nadie la ha discutido. Pero, si nos remontamos a las fuentes, nos daremos cuenta de que únicamente un periodista acreditado en el Vaticano habla de ella en un manuscrito... inédito, nos dice Paul Duclos. Es muy poco como garantía de autenticidad. Y, en el caso de que fuera auténtica, sólo atestigua una gestión de Hitler en el Vaticano que no tuvo continuación.

8. Finalmente, una última gestión diplomática a la cual F. W. Deakin (101) asocia al Vaticano y que tiene muy pocas posibilidades de ser auténtica en los términos en que ha sido relatada por aquel autor. En julio de 1943, entre el personal político italiano, muchos opinaban --dice F. W. Deakin--, que había llegado el momento de buscar una solución política a la guerra, ya que les parecía que la solución militar había quedado excluida. Es cierto: sabemos por su *Diario* que el conde Ciano era uno de ellos. Lo que resulta dudoso -- más que dudoso -- es que, tal como añade, el Duce no viera con malos ojos una solución de aquel género, aunque tuviera que suponer el abandono de Alemania por parte de Italia. He aquí la cronología de la gestión:

El 17 de julio, Bastianini, subsecretario de Estado de Mussolini para los Asuntos Exteriores, habría visitado a Monseñor Maglione para entregarle un memorándum sobre la situación de Italia en la guerra en relación con

[160]

Alemania, y del Eje en relación con los Aliados. Objetivo: decidir al Vaticano a iniciar unos sondeos entre los Aliados para conocer sus intenciones con respecto a Italia. Contando con la aprobación del Duce, Bastianini esperaba poder enviar un emisario a los ingleses, y su elección había recaído en el banquero romano Luigi Fummi, en contacto con el grupo Pierpont-Morgan y administrador de los bienes del Vaticano. Plan de la gestión: Fummi saldría hacia Lisboa con un pasaporte diplomático del Vaticano, y desde allí hacia Inglaterra con un visado de Portugal. En Londres entregaría personalmente a Eden un mensaje de Bastianini en nombre de Italia, de Rumania y de Hungría. Acuerdo de Monseñor Maglione (?). El 18 de julio: entrevista Fummi-Duce (?). El 19 (fecha dada como insegura) salida en avión de Fummi hacia Lisboa. En Lisboa, donde se dice que esperó en vano el visado británico, se pierde su rastro hasta el punto de que no se da la fecha de su regreso a Roma. Su presencia allí está señalada por un telegrama del embajador alemán... en Madrid (!) fechado el 26 de julio.

En ese asunto, tal como nos lo presenta F. W. Deakin, lo único seguro es el telegrama, que se encuentra en los archivos alemanes. Resulta por lo menos sorprendente que proceda de Madrid y que la embajada de Alemania en Lisboa no sepa nada, al parecer. Por otra parte, el telegrama en cuestión habla de esfuerzos del Vaticano encaminados a obtener de los Aliados una paz separada con Italia. M. Saül Friedländer cita otros tres: uno que procede de Roma (102), firmado por Weizsäcker, habla de una

[161]

carta (¡que, por supuesto, no ha sido encontrada!) del actual Papa Pablo VI, entonces Cardenal Montini y subsecretario de Estado en el Vaticano, al embajador alemán, que permite a Weizsäcker llegar a la conclusión de que "el deseo del Vaticano es que Italia salga bien librada de la guerra". Por su parte, M. Saül Friedländer, sin conocer aquella carta -- él mismo lo confiesa -- concluye que "*parece (sic)* que puede deducirse que el subsecretario de Estado era *probablemente (sic)* de los que se mostraban partidarios de un armisticio por separado con Italia"; el segundo procede de la embajada alemana en París (103) y afirma que, en las intenciones del Vaticano, la paz con Italia "debería ser un primer paso hacia una unidad de acción entre los anglosajones y los alemanes para crear un frente unido euro--americano y cristiano

contra Asia", pero sin referencia; el tercero procede también de la embajada alemana en París (104) y, de acuerdo con una información llegada de Lisboa (!) pretende que "el Papa realiza los mayores esfuerzos por mediación de sus delegados en Inglaterra y en los Estados Unidos a fin de obtener una paz honrosa para Italia". Un cuarto telegrama, procedente de la embajada de París (105), informa a Berlín, no de que el Vaticano trabaja para obtener una paz por separado de los occidentales con Italia, sino de que "en el Vaticano existe una fuerte tendencia a conseguir un acercamiento entre las potencias del Eje y los

[162]

anglo-norteamericanos en vistas a una lucha común contra el bolchevismo" (106) y que... "el Papa se esfuerza por todos los medios para obtener la paz entre Inglaterra y Alemania".

Para juzgar adecuadamente el valor que puede concederse a esos telegramas, hay que empezar por situar a sus autores en la coyuntura con la cual se enfrentaban.

El año 1943 se señaló en todas las capitales europeas por una intensa actividad diplomática provocada por los acontecimientos militares: el hundimiento germano-italiano en Africa del Norte, el cual, iniciado en agosto de 1942, continuó de derrota en derrota hasta la liberación de Italia. El desembarco norteamericano en Casablanca (8 de noviembre de 1942), la caída de Stalingrado

[163]

(2 de febrero de 1943), principio del hundimiento alemán en el frente del Este. El que primero pareció haber adquirido conciencia del cambio desfavorable de la situación fue von Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores: en noviembre de 1942, después del desembarco de los norteamericanos en Africa del Norte, sugirió al Führer que se pusiera en contacto con Stalin por medio de la señora Kollontai, embajadora de Stalin en Estocolmo, recibiendo una negativa que, según él, no le impidió volver a la carga en febrero de 1943, tras la caída de Stalingrado, aunque sin obtener más éxito, a pesar de la Declaración de Casablanca, inspirada por Roosevelt, que exigía la capitulación incondicional del Eje. Ribbentrop añade que, aquella vez, actuó por su cuenta y, creyendo que los rusos se avendrían a razones dado su malestar por el hecho de que los anglo-americanos no hubieran abierto un segundo frente en el Oeste, encargó la operación a Peter Kleist (107). Peter Kleist lo confirma (108).

La primera reacción de Mussolini parece remontarse a la visita que el mariscal Goering hizo a Roma el 4 de diciembre de 1942. Según el conde Ciano, el Duce le dictó un breve resumen de la entrevista que los hombres sostuvieron en privado: "El Duce cree que, de un modo u otro, el capítulo de la guerra contra Rusia, a partir de ahora sin objeto, está cerrado. En el caso de que fuera posible llegar a un segundo Brest-Litovsk -- ofreciendo a Rusia unas compensaciones territoriales en el Asia

[164]

central --, habría que crear una línea defensiva que destruyera todas las iniciativas del enemigo, utilizando el mínimo de tropas del Eje. Goering dice que ése sería el ideal de Hitler" (109).

En Italia, la opinión pública reaccionó, sobre todo después de la caída de Stalingrado: en marzo se produjeron importantes huelgas en Turín y Milán. Finalmente, la situación militar provocó en el seno del Gran Consejo fascista las disensiones que desembocaron en la caída de Mussolini. El papel del rey -- que había aceptado el fascismo y accedido a la guerra contra su voluntad -- en aquel asunto es demasiado conocido para que nos detengamos en él. Y lo mismo puede decirse en lo que respecta al conde Ciano. A propósito de la guerra y de la paz, hubo al menos cuatro corrientes de opinión en Italia: los que, en 1943, eran partidarios de una paz separada con el

Este; los partidarios de una paz separada con el Oeste, pero de la paz del Eje y no sólo de Italia; los de la paz separada de Italia con el Oeste; y los partidarios de luchar hasta el fin al lado de Alemania. Una abundante literatura italiana de memorias atestigua que todas aquellas corrientes tenían representantes influyentes en el personal político dirigente: el libro de aquella mujer sencilla y digna que fue Rachele Mussolini (110), esposa del Duce, forma parte de ella.

La más importante de todas aquellas corrientes de opinión fue la de los partidarios de la paz por separado

[165]

entre el Eje y el Oeste: sus portavoces consiguieron arrastrar a Hungría, a Rumania y a Turquía a su lado, interesar favorablemente a España y Portugal, y buscaron el apoyo del Vaticano. Los que abogaban por el abandono de Alemania por parte de Italia, poco numerosos a causa de que, prácticamente, a la menor veleidad en aquel sentido Alemania hubiese ocupado toda Italia, lo cual la hubiera mantenido igualmente en la guerra, hicieron lo mismo.

Todos los discursos de Mussolini, todos los informes de sus entrevistas con Hitler, demuestran que el Duce se inclinaba por la paz por separado del Eje con el Este y que, en varias ocasiones, intervino en dirección a Hitler en tal sentido. Por ello, cuando F. W. Deakin nos dice que Mussolini dio su asentimiento a la iniciativa de Bastianini para una paz por separado de Italia con el Oeste, existen pocas posibilidades, por no decir ninguna, de que sea cierto. Tampoco resulta verosímil que monseñor Maglione se asociara a ella concediendo, con conocimiento de causa, un pasaporte del Vaticano al banquero Fummi. Bastianini lo cuenta, es cierto (111), pero después de la guerra Bastianini trataba de justificarse, y ni monseñor Maglione ni Mussolini estaban vivos para contradecirle. Por otra parte, ninguno de los discursos, de los escritos o de los actos del Papa o de monseñor Maglione atestiguados por documentos indiscutibles autorizan a creer que hubieran podido dar su asentimiento a una operación de paz por separado de Italia con el Oeste; por el contrario, todos demuestran que estaban en favor, no ya de una paz por separado del Eje en aquel sentido, sino de una paz

[166]

general. ¿El telegrama del embajador alemán en Madrid? Es posible que el banquero Fummi se encontrase en Lisboa en la fecha indicada: no es materia que pueda discutirse. Pero el banquero Fummi era administrador de los bienes del Vaticano, y en calidad de tal viajaba mucho con un pasaporte del Vaticano y el consentimiento del gobierno italiano, lo cual, antes de su salida de Roma, basta para explicar su entrevista con el Duce. Finalmente, el embajador alemán en Lisboa no señaló su presencia en aquella capital, sin duda porque conocía el objeto de ella; si aquel objeto hubiese sido el que dice Bastianini, no cabe duda de que al recibir el telegrama del embajador alemán en Madrid, informándole de aquella traición de su socio italiano, el Führer hubiera dado rienda suelta a su cólera contra él. Sin embargo, no sólo no sucedió nada, sino que todo el mundo sabe lo que hizo para salvar a Mussolini, prisionero de Badoglio. Y esto demuestra que, informado perfectamente de los objetivos de los desplazamientos del banquero Fummi, no lo estaba menos sobre el crédito que podía otorgarse al telegrama de su embajador en Madrid.

Aquella actividad diplomática en dirección al Oeste que se alimentaba de la esperanza de poder asociar a ella al Vaticano, adquiere un significado especial si se sabe que coincidía con otra de la oposición alemana al régimen nazi, que trataba de obtener de Pío XII el apoyo de los católicos alemanes al movimiento contra Hitler en el país, y que había obtenido el nombramiento de uno de sus adeptos, von Weizsäcker, para la embajada de Roma, en julio de 1943. A partir de entonces, los telegramas de

Weizsäcker adquieren, también, un sentido muy especial. De lo que él ha dicho y de lo que atestiguan los documentos

[167]

publicados hasta ahora, se desprende que Weizsäcker estaba mucho más animado de la esperanza de que Pío XII tomara posición en favor de las negociaciones de paz separada entre el Eje y el Oeste, que de la de inducirle a apoyar, en dirección de los católicos alemanes, la oposición a Hitler. Y lo que sus telegramas reflejan es aquella esperanza que él da como basada en realidades que no son más que simples elucubraciones de una mente orientada. Weizsäcker sabía, por añadidura, que al tratar de que Ribbentrop y Hitler se tomaran aquellas elucubraciones en serio ponía de relieve su propia actuación y, por otra parte, no arriesgaba absolutamente nada. Ya que, en 1943, ¿cuáles eran, en el terreno diplomático, las disposiciones de ánimo de von Ribbentrop y de Hitler? Se sabe ya que, inmediatamente después de la caída de Stalingrado, y con la oposición de Hitler, von Ribbentrop había encargado a uno de sus subsecretarios de Estado, M. Peter Kleist, que entrara en contacto con el Este. Por Peter Kleist sabemos también que, hasta octubre de 1943 (112), si su jefe hubiese obtenido el consentimiento de Hitler, existieron posibilidades de una paz separada entre el Eje y el Este (113). Se concibe fácilmente que Hitler no se sintiera inclinado a una operación de aquella clase: el movimiento nacional-socialista había nacido en la opinión de su oposición al bolchevismo, y únicamente el espíritu extremadamente realista de los alemanes le había permitido hacerles aceptar, sin ninguna dificultad, el pacto germano--soviético del 23 de agosto de 1939.

[168]

¿Podía permitirse Hitler repetir la operación del 23 de agosto de 1939? El no lo creyó, y todo lo que hasta ahora sabemos de él permite afirmar que estaba convencido, dada la situación militar creada por la caída de Stalingrado, de que aquella operación hubiera significado el triunfo del bolchevismo en Europa. Antes de Stalingrado y hasta Stalingrado, no había problema: Hitler estaba seguro de que aplastaría a Rusia y por consiguiente, haría entrar en razones a los occidentales. Su error después de Stalingrado fue creer que sólo había perdido una batalla -- como dijo el general de Gaulle con respecto a Francia el 18 de junio de 1940 --, que conseguiría enderezar la situación y obligaría a los occidentales a renunciar a su exigencia de la capitulación incondicional. De ahí las ofensivas diplomáticas que, aun sin esperar que obtuvieran resultado hasta que no hubiera restablecido la situación en su favor en el frente del Este, permitió que realizara von Ribbentrop de cara al Oeste, ofensivas cuyo punto de partida no podía ser otro que el Vaticano: por lo menos, tenían la ventaja de preparar el terreno para el día en que la victoria de sus armas en el frente del Este obligara a los occidentales a negociar.

¿Y el Vaticano?

En materia de paz, no puede citarse ningún texto de Pío XII que le muestre dispuesto a convertirse en mediador de una paz que no fuese general, lo cual excluye, por su parte, toda intención de intervenir en el sentido de una paz que permitiera a uno de los beligerantes continuar la guerra en el Este, o de un radical cambio de las alianzas, o de una paz por separado de Italia con las potencias del Oeste, la cual, en la coyuntura militar del año 1943

[169]

no podía cambiar nada en un estado de hecho, no podía hacer progresar en nada la causa de la paz y no podía ser más que gratuita. Los telegramas citados por M. Saül Friedländer se refieren únicamente a ideas o intenciones gratuitamente atribuidas a Pío XII, y M. Saül Friedländer se cuida mucho, cuando cita una, de compararlas con

las ideas de Pío XII tal como él mismo las expresó y reiteró, a menudo en la misma fecha o en una fecha casi coincidente con la del telegrama que afirma lo contrario. Por lo tanto, la única pregunta que puede formularse es la siguiente: ¿a quién creer? ¿Al Papa, o a un personaje tan preocupado por su carrera como von Bergen, tan dudoso como von Weizsäcker, o tan oscuro --y tan estúpido-- como un Schleier? Desgraciadamente, ésa es una pregunta que no suele formularse. Por lo demás, el propio M. Saül Friedländer se da cuenta de lo débil, por no decir lo ridículo, de su argumentación, ya que, cada vez que cita un documento de los sentimientos pronazis de Pío XII por temor al bolchevismo, temor que le hace desear la paz en el Oeste para permitir a Hitler aplastar a los rojos, y de que para no debilitar a Hitler en aquella lucha no condenó más claramente los crímenes llamados de guerra del nazismo --únicamente aquéllos de que fueron víctimas los judíos--, autentifica históricamente la noticia mediante unas fórmulas que el lector ya conoce tales como "es posible que... es plausible... parece que... no es más que una hipótesis, pero...", las cuales son, por excelencia, las de la insinuación, llegando a decir: "Señalemos que no poseemos ningún documento de 1940 indicando [170] semejante intención y que se trata, por nuestra parte, de una simple hipótesis" (114).

Eso es lo que su empresario, M. Alfred Grosser, llama "una interpretación de los textos prudente y firme, a veces *ingeniosa (sic)* hasta el punto de elucidar por medio del razonamiento una fórmula oscura o mal interpretada hasta ahora" (115). Lo cual permite llegar a la conclusión de que "los documentos presentados por M. Saül Friedlander hacen *casi seguro (resic)* que en el Vaticano se especuló con la idea de un cambio de signo de las alianzas, o al menos, de una paz separada con el Oeste"(116). ¡Pues bien, no! No puede condenarse a nadie por unos hechos que sólo son "posibles", o "plausibles", que sólo "parecen" ciertos, que no son más que *simples hipótesis por nuestra parte o casi seguros*. En derecho, en todo caso --y salvo excepciones, desde luego, ya que por desgracia no hemos salido aún del período de los tribunales de excepción--, no existe ningún tribunal que pueda condenar a alguien por unas acusaciones presentadas en esa forma, incluso si la defensa no tuviera nada concreto que oponerles, lo cual no ocurre en el presente caso, puesto que, tal como el lector acaba de ver, pueden citarse una multitud de textos y de hechos, auténticos e indiscutibles, los cuales demuestran que, tras haber hecho todo lo que estaba en su mano para evitar la guerra, Pío XII no esperó ni trató nunca de promover una paz por separado, sea de Italia únicamente, sea del Eje, con las potencias occidentales, sino por el contrario, siempre y sistemáticamente, [171]

una paz general, justa, honrosa y duradera, que incluyera, sin excepción, a todos los beligerantes.

Y que esa esperanza o ese principio le inspiró todo lo que dijo y todo lo que hizo antes y durante la guerra, y no los sentimientos vulgares y bajos que, mediante deshonorosos artificios de estilo, le han sido atribuidos, apoyándose, no en hechos establecidos, sino únicamente en lo que M. Roger Peyrefitte llama "chácharas de embajadores"(117).

Pío XII habló y actuó. Actuó poco, es cierto: porque las circunstancias no le permitieron nunca actuar más. Pero habló mucho, y siempre en el sentido de la paz. Si se calló, fue en el sentido de la guerra, y únicamente en ese sentido. Y en ese aspecto se calló de un modo obstinado. Ese es el significado, el único que puede tener, de la expresión "Los silencios de Pío XII" que, durante meses y meses, casi todos los periódicos del mundo han ofrecido a sus lectores en primera plana y con grandes titulares: una acusación que sabían gratuita y que sólo podían hacer triunfar gracias a



la campaña publicitaria emprendida desde el principio contra un hombre de paz por otros hombres germanófilos, soviéticos y belicistas a ultranza que, después de haber querido la guerra de un modo deliberado, la quisieron encarnizadamente, hasta el final, a través y contra todas las posibilidades de paz muy aceptables que se les ofrecieron en el curso del camino. Que, por añadidura, no parecen demasiado afectados por los cincuenta millones de muertos y los millares y millares de ruinas que tienen sobre la conciencia.

[172]

Dispuestos a volver a empezar, en suma. Hay que reconocer que M. Rolf Hochhuth y M. Saül Friedländer son demasiado jóvenes para que esa acusación les afecte personalmente: pertenecen al clan, y luchan por los intereses del clan. En cuanto a lo que hay que pensar de sus administradores y de sus partidarios, remito al lector al capítulo precedente.

Para completar la tarea sólo falta, ahora, desmontar el mecanismo político de "la operación *Vicario*".

## NOTAS

- 1) Proclamado rey de Italia el 14 de marzo de 1861, por un Parlamento que incluía a diputados de toda Italia a excepción de Venecia (que continuaba siendo austríaca) y de los Estados Pontificios, Víctor Manuel no lo fue de un modo efectivo hasta aquel día, tras haber recuperado a Venecia por el plebiscito de 22 de octubre de 1866.
- 2) En Florencia. El Parlamento se reunió por primera vez en Roma el 27 de noviembre de 1871.
- 3) Edouard Petit, *L'Italie*, julio de 1929.
- 4) El dogma de la infalibilidad pontificia fue proclamado el 18 de julio de 1870 por un Concilio que duraba desde el 29 de enero de 1868 y que fue suspendido a causa de la caída de Roma, el 9 de octubre de 1870. Suscitó muchas disensiones. En primer lugar en el seno de la Iglesia: de los 601 Padres Conciliares que entraron en Concilio el 28 de enero de 1868, 66 habían abandonado Roma la víspera de la votación por hostilidad a la tesis; pero, de los 535 que quedaron, únicamente 2 votaron en contra. Y luego en el mundo: Austria, descontenta, denunció el Concordato de 1855; en Alemania provocó el *Kulturkampf*; en Suiza nació una Iglesia cristiana que se separó de Roma. Aquel Concilio, denominado Vaticano I, fue el primero, que se celebró después del de Trento (1545-1563). El Vaticano II, convocado por Juan XXIII (1962), reanudó la discusión en el punto en que el Vaticano I la había dejado, extendiéndola sin embargo a otros temas.
- 5) El cautiverio de los Papas en el Vaticano no terminó hasta 1929, con la firma de un Concordato entre Pío XI y la Italia de Mussolini.
- 6) Pierre Dominique, "Histoire des Papes", *Crapouillot*, abril de 1964. Tesis reproducida en substancia.
- 7) *Le Vicaire et Mistoire*, p. 120. (El subrayado es nuestro).
- 8) Albin de Cigala, Pío X, Ed. Fleurus.
- 9) Merry del Val, *Pie X, souvenirs et impressions*, Ed. Fleurus.
- 10) *Ibid.*
- 11) *Le Vicaire et l'histoire*, p. 123.
- 12) *Pie X, souvenirs et impressions, op. cit.*, p. 28.
- 13) Subrayado en el texto.
- 14) *Acta Apostolicae, Bonne Presse*, t. 5, pp. 15-17.
- 15) *Acta Apostolicae Sedis, Bonne Presse*, t. I, p. 182.
- 16) *Le Vicaire et l'histoire*, p. 126.
- 17) *Le Crapouillot, op. cit.*, p. 62.
- 18) *Le Crapouillot*, p. 63.
- 19) Contra Briand se utilizan argumentos de la misma calaña que contra Pío X, Benedicto XV y Pío XII. Si soñaba en los Estados Unidos de Europa no era porque buscara una solución de paz justa y duradera, no porque no era más que un aventurero ambicioso que aspiraba a La Presidencia en caso de éxito. Y, para demostrarlo, se añade que quiso obtener de la Santa Sede la promulgación de la condena de *L'Action française* pronunciada bajo Pío X, pero que no se había hecho pública a causa de la guerra. De *L'Action française*, presentada, aunque moribunda, como la única fuerza susceptible, en la política francesa, de entorpecer la marcha hacia aquel objetivo.
- 20) Léon Blum, *A l'Echelle humaine*, p. 181 (Gallimard).
- 21) Había nacido el 2 de marzo de 1876 en el número 34 de la calle Monte Giordano (actualmente calle de los Orsini).
- 22) De un modo especial su Mensaje de Navidad de 1948, donde dice, por ejemplo:

- "..un pueblo amenazado o víctima ya de una agresión, si quiere pensar y obrar cristianamente puede permanecer en una indiferencia pasiva".
- 23) Subrayado en el texto, al igual que todo lo que aparece, subrayado en la continuación de ese mismo texto.
- 24) Monseñor Solages, rector del Instituto católico de Toulouse: *Théologie de la guerre juste*, p. 153 (citado por Paul Duclos, *op. cit.*, p. 103).
- 25) Citado por *Die schönere Zukunft*, de Munich, 21 de febrero de 1932.
- 26) *Acta Apostolicae Sedis*, XXXI, p. 127.
- 27) *Id.*, p. 145.
- 28) *Id.*, p. 154.
- 29) Georges Bonnet, *Le Quai d'Orsay sous trois Républiques*, p. 259.
- 30) Completamente lógico ya que, en relación con los Acuerdos de Munich, eran los eslovacos, y no los checos, los que estaban en su derecho.
- 31) Por tanto, abuso de poder de los checos.
- 32) Presidente del gobierno eslovaco.
- 33) Dada su situación geográfica, ¿a quién sino a él podía pedir protección contra la injusticia de que era víctima? Por otra parte, los ingleses y los franceses, que se encontraban en la imposibilidad de hacer respetar los Acuerdos de Munich en este punto, habían tomado partido por los checos, es decir, por la injusticia.
- 34) André-François Poncet, *De Versailles Postdam*, Flammarion, pág. 247.
- 35) No era la primera vez que se hacían culpables de semejantes violaciones con relación a los eslovacos. El 30 de mayo, de 1938, en Pittsburg (Estados Unidos), los checos y los eslovacos que se habían puesto de parte de los Aliados en la primera guerra mundial habían celebrado, por medio de sus representantes respectivos, una convención en la cual se estipuló la creación de un Estado checoslovaco de tipo federal en el seno del cual cada una de las dos comunidades étnicas sería un Estado, independiente. De hecho, Versalles había sancionado un Estado checoslovaco en el cual los eslovacos estaban sojuzgados por los checos, del mismo modo que en la actualidad los alemanes del Este, los húngaros, etc., están sojuzgados por la Unión Soviética.
- 36) André-François Poncet, *op. cit.*, p. 249.
- 37) William Shirer, *El Tercer Reich*, t. I, p. 497 de la ed. francesa.
- 38) Georges Bonnet, *op. cit.*, p. 261.
- 39) Georges Bonnet, *op. cit.*, p. 262.
- 40) Citado por William Shirer, *op. cit.*, p. 231.
- 41) Saül Friedländer, *Pío XII y el Tercer Reich*, p. 32.
- 42) El 3 de octubre de 1938, inmediatamente después de la Conferencia de Munich, los rusos, ofendidos por haber sido descartados de ella por los Occidentales, habían iniciado unas conversaciones económicas con Berlín por medio de su misión comercial en Alemania. Aquellas conversaciones iban alargándose. A partir del 31 de marzo, cuando tuvieron la convicción de que el cambio de actitud polaca era irrevocable, vieron todo el partido que podían sacar de la situación, y lo vieron todavía mejor después del discurso de Hitler del 28 de abril, en el cual, contrariamente a su costumbre, no les atacaba. El 20 de marzo de 1939, mientras Chamberlain daba crédito a las agencias de prensa que anunciaban un ultimátum alemán a Rumania y se apresuraba a ofrecer a esta última nación la garantía inglesa, que luego extendió a Polonia, Stalin había publicado un comunicado oficial en el cual, sin que nadie se lo hubiera pedido, negaba que "Moscú hubiera dado garantías a Rumania y a Polonia para el caso de que fueran víctimas de una presión". Inmediatamente después del discurso de Hitler en el Reichstag, los rusos dieron un segundo paso en dirección a un

acuerdo económico con Alemania, las negociaciones por medio de su misión comercial adquirieron un tono más comprensivo por una y otra parte, y... todos sabemos cómo terminó la cosa.

43) Sin embargo, Monseñor Giovanetti, a pesar de que en los documentos publicados hasta ahora no hay ninguno que confirme la información que da (*Le Vatican et la Paix*, p. 51), pretende que el presidente Roosevelt había encargado al Secretario de Estado Sumner Welles que informara al Papa, que éste había rechazado, como inoportuna, la propuesta de una intervención por su parte hacia de Hitler. Es el único en pretenderlo. El propio M. Saül Friedländer no se atreve a hacerse eco de la afirmación de Monseñor Giovanetti. De todos modos, la cosa carece de importancia: de haberse producido los hechos tal como afirma Monseñor Giovanetti, habría que felicitar a Pío XII por haber rechazado aquel ofrecimiento.

44) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 34.

45) Monseñor Giovanetti, *op. cit.*, p. 56.

46) *Id.*, p. 58.

47) Redactado por un tal Hewel y fechado el 10 de mayo de 1939. *Documents of German Foreign Policy*, vol. I, p. 435. Citado bajo esa referencia por M. Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 34.

48) Acerca de la respuesta de Hitler, las opiniones están divididas. M. François-Charles Roux dice "que no podía darse una respuesta más tranquilizadora", pero la califica de "obra maestra de la hipocresía" (*Huit ans au Vatican*, p. 318). En el *Diario* de Ciano, con fecha 8 de mayo, figura una referencia a la entrevista que sostuvo en Roma con von Ribbentrop los días 6 y 7 de mayo y en la cual se habló del proyecto del Papa: "El Führer considera que la idea de una conferencia no es aceptable... se propone hacer saber al Vaticano que agradece al Papa su iniciativa; pero que no considera posible aceptarla..." Lo mejor, por tanto, es atenerse a los documentos oficiales de las dos partes que, en este caso, están de acuerdo: con fecha 6 de mayo, Mussolini aceptó en principio la propuesta del Papa; en cuanto a Hitler, que no formuló ninguna objeción en contra, dijo que antes de contestar oficialmente debía consultar a Mussolini.

49) Informe presentado por Monseñor Valerio, Valéri, citado por Monseñor Giovanetti, y el propio Monseñor Giovanetti, *op. cit.*, p. 62.

50) Carta citada por Monseñor Giovanetti, *op. cit.* p. 63.

51) Informe presentado por Monseñor Godfrey, citado por Monseñor Giovanetti, *op. cit.* p. 65.

52) Citado por Monseñor Giovanetti, p. 61.

53) Se encontrará aquel discurso en las *Acta Apostolicae Sedis*, Bonne Presse, vol. I, p. 128. No se ha reproducido aquí: basta que el lector conozca sus intenciones y su sentido.

54) Telegrama del embajador inglés en el Vaticano, Osborne, a Lord Halifax, con fecha del 30 de agosto, que figura en los *Documents anglais*, 3e série, vol. VII, página 403, citado bajo esta referencia por M. Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 41. Y *Journal du Comité polonais Szembeck*, Plon, Paris, p. 499.

55) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 37.

56) *Un ora grave (Acta Apostolicae Sedis, XXXI, p. 333, y Documentation catholique, XL, col. 1128).*

57) *Osservatore Romano*, 26 de agosto.

58) *Documentation catholique*, 1945, col. 163, concretando que la nota fue entregada el 31 de agosto a las 13 horas.

59) Citado por Paul Duclos, *op. cit.*, p. 110, haciendo referencia a la *Civiltà*

- Catholica*, de Roma, del 15 de junio de 1945.
- 60) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 43.
- 61) *Acta Apostolicae Sedis*, XXXI, p. 367, y *Documentation catholique*, XL, col. 1130. La segunda parte del párrafo está subrayada por nosotros.
- 62) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 47.
- 63) *Acta Apostolicae Sedis*, XXXII, p. 509.
- 64) *Id.*, XXXII, pp. 43 y ss., y *Wartime Correspondance*, 7 de enero de 1940.
- 65) *Id.*, XXXIII, pp. 5 ss.
- 66) *Id.*, XXXIII, pp. 110-112.
- 67) *Id.*, XXXIII, pp. 356-358.
- 68) *Id.*, XXXIV, pp. 10 y ss.
- 69) *Id.*, XXXIV, pp. 154 y ss,
- 70) *Id.*, XXXV, pp. 9 y ss.
- 71) *Id.*, XXXV, pp. 165 y ss.
- 72) *Id.*, XXXV, pp. 171 y ss.
- 73) *Id.*, XXXV, pp. 277-279.
- 74) *Id.*, XXXVI, pp. 11 y ss.
- 75) *Id.*, XXXVI, pp. 249 y ss.
- 76) *Id.*, XXXVII, pp. 10 y ss.
- 77) Anne Armstrong, *Capitulation sans conditions*, Presses de la cité, pp. 280-284.
- 78) Paul Duclos, *op. cit.*, p. 111.
- 79) *Actes de Pie XII*, Bonne Presse, vol, I, p. 297.
- 80) *Id.*, p. 311.
- 81) *Documentation catholique*, 1945, col. 253.
- 82) *Id.*
- 83) Dino Alfieri, *Deux dictateurs face à face*, Cheval Ailé, Ginebra, 1948, pp. 30 y ss.
- 84) Declaración solemne al Cuerpo Diplomático el 15 de junio de 1946 (*Doc. cath.*, 1946, col. 205).
- 85) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 165.
- 86) Se encontrará el contenido íntegro del texto en las *Actes de Pie XII*, Bonne Presse, vol. III.
- 87) Citado por M. Saül Friedländer, p. 89.
- 88) *Id.*, p. 90.
- 89) Telegrarna de von Bergen a Berlín, 21 de marzo de 1942, citado por M. Saül Friedländer, p. 91.
- 90) Paul Duclos, *Le Vatican et la Seconde Guerre mondiale*, p. 121.
- 91) M. Mourin, *Les Tentatives de paix dans la Seconde Guerre mondiale*, p. 21.
- 92) T. I., p. 32.
- 93) François-Charles Roux, *Huit ans au Vatican*, p. 355.
- 94) Consultar los periódicos del 13 al 18 de marzo de 1940.
- 95) *Actes de Pie XII*, Bonne Presse, XXXII, p. 298, citado por M. Saül Friedländer, p. 69.
- 96) Citado por M. Saül Friedländer, p. 69.
- 97) *Memorandum* de Weizsäcker, 26 de julio de 1940, citado por M. Saül Friedländer.
- 98) Paul Duclos, *op. cit.*, p. 124.
- 99) Walter Schellenberg, *Le Chef du contre-espionnage allemand parle*, Plon.
- 100) Paul Duclos, *op. cit.*, p. 221.
- 101) F. W. Deakin, *L'Axe brisé*, Stock, pp. 411 y ss.
- 102) Telegrama de Weizsäcker a Berlín del 3 de agosto de 1943, citado por M. Saül Friedländer, p. 175.

- 103) Telegrama de Schleier (de la embajada de Alemania en París) del 18 de agosto de 1943, citado por M. Saül Friedländer, p. 177.
- 104) *Id.*
- 105) Telegrama de Schleier a Berlín, 31 de julio de 1943, citado por M. Saül Friedländer, p. 175.
- 106) La información se da en el telegrama como procedente de "von Krug", el cual dice que la ha sabido por el Presidente Laval el cual la ha sabido por uno de sus colaboradores, el cual la ha sabido por el Nuncio de Vichy, Monseñor Valerío Valéri, y es retransmitida por un quinto personaje bajo la firma de Schleier: el panadero se lo ha dicho a la carnicera, la cual se lo ha dicho al farmacéutico... M. Saül Friedländer reproduce ese cuarto telegrama, como si no se hubiese dado cuenta de que su contenido no coincide con el telegrama anterior: en efecto, ¿era el Papa en persona el que "se esforzaba por todos los medios" , o bien "existía una fuerte tendencia en el Vaticano"? Es evidente que, si se trata del Papa, no cabe hablar de "fuerte tendencia", sino de la tendencia que *prevalece*; sin embargo, la primera frase indica claramente que no *prevalece*. Por lo tanto, existe una incompatibilidad entre las dos. Si alguien, "se esfuerza por todos los medios", en hacer cualquier cosa es, en este caso, el autor del telegrama, que trata de convencer a su destinatario de que Pío XII está en favor de un cambio de signo de las alianzas, comunicándole unas informaciones de quinta mano y dando como ciertos unos hechos sin más referencia que las formuladas en condicional ("El Nuncio *habría* contestado...", o incluso sin ninguna referencia. Una última observación: el tal Schleier debía ser alguien especialmente calificado para redactar los telegramas de la embajada alemana en París: ni siquiera conoce el nombre exacto del informador al cual se refiere, y que no es "von Krug", sino "Krug von Nidda".
- 107) *Nazi Conspiracy and Aggression*, edición norteamericana, vol, complementario B, pp. 1203-1204.
- 108) *Zwischen Hitler und Stalin* (Ed. francesa bajo el título: *Entre Hitler et Staline*, Plon).
- 109) *Diario* de Ciano, p. 532 de la ed. francesa, con la fecha del 6 de diciembre de 1942. Se observará que Goering está de acuerdo con Ribbentrop, anteriormente citado, y no con Hitler.
- 110) Rachele Mussolini, *Ma vie avec le Duce*, Cheval Ailé, 1948.
- 111) Vomini, *Cose, Fatti* (no traducido al francés).
- 112) Fecha de la Conferencia interaliada de Moscú.
- 113) Peter Kleist, *Entre Hitler et Staline*, *op. cit.*
- 114) Saül Friedländer, *op. cit.*, p. 78.
- 115) *Id.*, p. 221. Epílogo de M. Alfred Grosser.
- 116) *Id.*
- 117) Roger Peyrefitte, *Les Ambassades y La Fin des Ambassades*, Flammarion.

[173]

### CAPITULO III

## EL MECANISMO POLITICO DE LA OPERACION

### *I. El Tratado de Versalles, responsable*

*El Vicario* no es más que una operación política. Para convencerse de ello, basta situar de nuevo los alegatos de M. Rolf Hochhuth, de sus administradores y de sus partidarios, en su contexto histórico, lo cual lleva implícita, al menos hasta la ascensión de Hitler al poder en Alemania y el papel que en ella desempeñó el factor religioso, una breve marcha atrás.

Oprimida por las cláusulas económicas -- y financieras del Tratado de Versalles, el cual, después de haber desmantelado su economía colocándola en la imposibilidad de producir cualquier producto susceptible de ser intercambiado, la privaba además de sus clientes exteriores para el día en que consiguiera recuperarse (colonias, Europa danubiana) y sometía a unas condiciones draconianas todos los tratados de comercio que pudiera establecer con todas las demás naciones, Alemania, amputada en [174]

102.000 kilómetros cuadrados, sufrió, en 1923, una quiebra anterior a la crisis mundial de 1929 (hundimiento de Wall Street), a la cual, por el hecho mismo del Tratado de Versalles, debía ser más sensible que cualquier otra nación, y que en 1932 corría el peligro de convertirse en definitiva.

Aquel año 1932 fue, para Alemania, un año terrible: el 31 de julio, las estadísticas oficiales señalaban 5.392.248 parados, es decir, del 12 al 15% de su población activa, cuando, tal como nos recuerda el actual ejemplo de los Estados Unidos al principio de cada invierno, el máximo soportable en las estructuras tradicionales de la economía mundial es el 5%. A comienzos del invierno de 1932-1933 se había sobrepasado la cifra de los 6 millones y no, se veía el final de aquella progresión. Creo que no es necesario subrayar la estabilidad política consiguiente a aquella inestabilidad económica: desde la primavera de 1932 no había ya mayoría parlamentaria, y las dos elecciones legislativas a las cuales se procedió, después de haber disuelto dos veces el Parlamento, con tres meses, de intervalo, con la esperanza de encontrar una mayoría, no sólo resultaron inútiles, sino que incluso empeoraron la situación política.

Hoy día hay quien sostiene -- y entre ellos los comunistas y socialistas, que reniegan así de sus predecesores de 1919 -- que Alemania podía adaptarse fácilmente a las cláusulas económicas y financieras del Tratado de Versalles, que no quiso adaptarse a ellas, y que creó deliberadamente aquella situación para demostrar que no podía hacerlo. El autor de este estudio ha demostrado hasta la saciedad que, por famosos y autorizados que pudieran ser

[175]

los que mantienen esa tesis, en este caso dan pruebas de una supina ignorancia; por

tanto, se limitará a remitir a socialistas y comunistas de hoy a sus predecesores de 1919, cuyo razonamiento en la materia era impecable y continúa siéndolo.

Lo cierto es que, en un clima de malestar social llegado a su paroxismo y cuya clave estaba en manos del partido nacional-socialista, el canciller del Reich, von Schleicher, que había sucedido a von Papen, el cual, a su vez, había sucedido a Brüning -- ¡todo ello en el espacio de ocho meses con dos elecciones legislativas de por medio! --, al encontrarse sin mayoría de gobierno en el Reichstag presentó la dimisión, el 28 de enero de 1933. Dos días después, el 30 de enero, el anciano mariscal Hindenburg, que presidía los destinos del Estado, nombró como sucesor de Schleicher a Adolfo Hitler.

No es que lo hiciera de buena gana: hasta entonces sólo había hablado de Hitler con desprecio, refiriéndose a él como a «ese cabo de Bohemia». Pero, las circunstancias mandaban. Al decir que no había mayoría de gobierno nos referimos, desde luego, a una mayoría de centro, excluyendo a nacionalsocialistas y comunistas, ya que los votos sumados de esos dos extremismos la obtenía numéricamente en todas las consultas electorales. Pero, aritméticamente, dos bloques contaban con la mayoría necesaria, cada uno de ellos apoyado en un ala: uno de izquierda, que hubiera englobado a comunistas socialdemócratas y centro católico, a los cuales se habrían unido los escasos supervivientes del partido demócrata; y otro de derecha, que hubiera aliado al centro católico con los nacional socialistas. Los comunistas, que votaban sistemáti-

[176]

camente contra todos los gobiernos, sin hacer distinciones entre ellos -- procedimiento que, entre paréntesis, había empujado a todas las mayorías parlamentarias hacia la derecha desde 1919 --, hacían imposible el primero de aquellos bloques, y ésa fue la causa que decidió al centro católico, cuando se convenció de que no existía ninguna posibilidad de obtener el apoyo de los comunistas contra Hitler en el Parlamento, a buscar un arreglo con Hitler. El artífice de aquel arreglo fue Monseñor Kaas, jefe del centro católico. El episcopado alemán, en peso, se mostró hostil. Pero, después de las elecciones del 6 de noviembre de 1932, y a la vista de unos resultados que no habían cambiado apenas nada en lo que respecta a las fuerzas entre los grupos parlamentarios, Monseñor Kaas pronunció un discurso cuyo tema, en substancia, era que había que poner fin al malestar social, que sólo había un medio de conseguirlo, que presentarse ante el cuerpo electoral cada tres o cuatro meses no hacía más que mantener la agitación en el país, sin modificar para nada la situación parlamentaria, y que, dado que no existía ninguna posibilidad de establecer un compromiso con los comunistas, sólo quedaba un camino: tratar de establecerlo con Hitler. Y se dedicó a aquella tarea. Hitler, convencido de que una vez nombrado canciller del Reich nada podría impedirle obtener constitucionalmente los plenos poderes, se mostró favorable al acuerdo, a condición de que el cargo de canciller fuese para él.

El gobierno que el nuevo canciller constituyó el 30 de enero de 1933 sólo incluía, aparte del propio Hitler, a dos nacional-socialistas: Frick, ministro del Interior, y Goering, ministro de Estado. Los otros cargos, en número

[177]

ocho, fueron atribuidos a miembros del partido nacional alemán y de otros pequeños grupos políticos de derecha (von Papen fue nombrado vicescanciller). Y aquella composición apareció como la prueba de que Hitler tenía la intención de gobernar constitucionalmente.



El verdadero gobierno nacional-socialista sólo fue constituido después de las elecciones que tuvieron lugar el 5 de marzo de 1933, ya que, en la primera reunión del Gabinete que había formado el 30 de enero, Hitler obtuvo de él la decisión de disolver una vez más el Reichstag, lo cual fue su primer acto de gobierno.

Aquellas elecciones del 5 de marzo de 1933 adquirieron un giro especial y merecen que nos detengamos un instante en ellas. En primer lugar, se desarrollaron bajo el control del partido nacional-socialista en el poder, lo cual es un argumento de peso. En segundo lugar, Monseñor Kaas, jefe del centro católico, estaba convencido de que Hitler gobernaría constitucionalmente; el propio Hitler se lo había prometido personalmente, y, en un gran discurso electoral que pronunció en Colonia el 2 de marzo, bajo la presidencia del que debía convertirse en canciller Adenauer, en aquella época alcalde de Colonia, Monseñor Kaas expuso detalladamente sus puntos de vista - con los que Adenauer estaba de acuerdo--, afirmando que, para salvar a Alemania, no había más solución que aquella, ya que los comunistas... Finalmente, el vicescanciller von Papen formaba equipo con Hitler ante el cuerpo electoral. Resultado: Hitler obtuvo 17.265.800 votos, es decir, el 43,7%, y 288 diputados, y von Papen, 52 diputados, con el 8% de los votos. El nuevo Reichstag estaba formado por 648 diputados: una mayoría aplastante. A partir de [178]

entonces, el camino quedaba expedito ante Hitler: los plenos poderes le fueron rápidamente concedidos en forma constitucional, y supo utilizarlos para unir como una piña al pueblo alemán, el cual, por una mayoría muy próxima a la unanimidad, le ratificó su confianza varias veces.

Se ha dicho que todo el arte de Hitler consistió en convencer al pueblo alemán de que el Tratado de Versalles era la causa de todos sus males. Pero, en lo que toca a ese punto, todos los partidos alemanes, de la extrema izquierda a la extrema derecha, usaban el mismo lenguaje. Entonces, ¿por qué Hitler y no los social-demócratas, el centro católico o los comunistas? La respuesta es sencilla: Hitler fue lo bastante hábil como para hacer admitir al pueblo alemán que la hostilidad de los social-demócratas y del centro católico al Tratado de Versalles era una actitud de cara a la galería, ya que los primeros lo habían firmado y, asociados en el poder durante más de una docena de años, los dos grupos no habían realizado, al parecer, grandes esfuerzos para obtener su revisión, de acuerdo con el artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones, que la preveía. Hitler añadía que, si aquella hostilidad no era real, se debía al hecho de que los dos partidos estaban mediatizados por el judaísmo, al cual identificaba con el gran capitalismo internacional, único beneficiario de aquel Tratado. En cuanto a los comunistas, no eran más que los agentes de una empresa inspirada también por los judíos -- ¿acaso Marx no era judío? --, que sólo aspiraba a ejercer una influencia más absoluta aún sobre Alemania, por medio de una agitación social cuyo objetivo no era otro que el de desorga-

[179]

nizar su vida económica y política. Una Alemania víctima de los judeo-marxistas, cuya capital era Moscú. Representado a través de Stalin, para Hitler fue un juego de niños presentar al bolchevismo como un verdadero espantajo: un espantajo con afiladas garras que devoraría irremediabilmente a Alemania, si ésta no conseguía levantar todas las hipotecas que el Tratado de Versalles hacía pesar sobre ella.

Expuesto en un tono de voz a la vez firme y decidido, con un lenguaje claro, esmaltado de fórmulas impresionantes y que «alcanzaba a menudo las cumbres de la elocuencia», tal como reconoce el propio William L. Shirer (1), todo aquello convenció al pueblo alemán de que Hitler era el único hombre capaz de sacarlo del callejón en que le mantenía el Tratado de Versalles. De todos modos, en doce años, los otros no le habían sacado de él. ¿Sobre el fondo del asunto? Es evidente que, al igual que todas las doctrinas forjadas en el fuego de la acción -- y el bolchevismo no escapa a esta regla -- el nacional-socialismo era una doctrina inhumana. Sin embargo, algún día habrá que reconocer que, al menos en un punto, es indiscutible que tenía razón: en lo que respecta al Tratado de Versalles, causa indudable de todos los males que sufría el pueblo alemán. Y como ese punto era al tema central de toda la propaganda política de Hitler, le prestó toda su fuerza. Hasta el extremo de que, desde 1924 (elecciones legislativas del 7 de diciembre) a 1932 (elecciones legislativas del 6 de noviembre), el partido nacional-social-

[180]

lista pasó del 3% al 33,1% de los votos (en las del 31 de julio de 1932 llegó a obtener el 37,3%).

En materia de propaganda, ya he dicho en otra parte (2) cómo la finanza internacional y no únicamente alemana eligió, especialmente a partir de 1928, el subvencionar a Hitler y aportar a sus argumentos económicos y políticos la ayuda de sus argumentos contantes y sonantes, con preferencia a todos los partidos alemanes que abogaban por la revisión del Tratado de Versalles a través de caminos y medios más moderados.

No insistiré en el tema: con ese telón de fondo, de lo que aquí se trata es del papel del factor religioso en la ascensión de Hitler al poder.

## *II. Los móviles de los protestantes*

En mi opinión, nada puede poner mejor en evidencia el papel de aquel factor que una ojeada a las cuatro últimas elecciones que acabaron con la República de Weimar: la del presidente del Reich, los días 14 de marzo y 10 de abril de 1932, y las tres elecciones legislativas que tuvieron lugar después de tres disoluciones del Reichstag, los días 31 de julio y 6 de noviembre de 1932, y el 5 de marzo de 1933.

La experiencia ha acabado por hacerme prudente, de modo que empezaré citando algunos textos de un hombre

[181]

que, al igual que la mayoría de las celebridades del antinazismo actual, por no haber luchado nunca contra Hitler y haberse limitado a señalar los puntos entre él y nosotros, tiene sobre mí la ventaja de no resultar sospechoso: M. William L. Shirer, al cual he recurrido ya dos o tres veces. Como periodista americano, M. William L. Shirer ha seguido paso a paso al nacional-socialismo desde sus orígenes hasta su caída. Y además es protestante, y a título de tal su opinión es digna de interés: únicamente a título de tal, porque en el terreno de la historia... Bien, he aquí lo que dice, por haberla observado de cerca, de la elección presidencial de los días 14 de marzo, y 10 de abril de 1932:

«Todas las normas tradicionales de clases y de partidos quedaron subvertidas en el ardor de la batalla electoral. Hindenburg, protestante, prusiano, conservador y monárquico, tuvo el apoyo de los socialistas, de los sindicatos, de los católicos del partido del Centro de Brüning y de los restos de los partidos burgueses, liberales y democráticos. Hitler, católico, austríaco, ex vagabundo, nacional--socialista, jefe de las masas de la pequeña burguesía, se aprovechó, además del de sus partidarios, del apoyo de los grandes burgueses del Norte (3), de los Junkers terratenientes y conservadores y de un gran número de monárquicos, incluido, en el último momento, el propio ex Kronprinz» (4).

Y más adelante:

«A excepción de los católicos, la clase media y la alta [182] burguesía habían votado evidentemente en nazi» (5). Hemos leído bien: «A excepción de los católicos... »

Más adelante aún, pero esta vez a propósito de las elecciones para el Reichstag:

«Durante aquellas elecciones para el Reichstag (se trata de las tres), no podía dejar de observarse que el clero protestante -- Niemöller era un ejemplo que sobrepasaba la medida - apoyaba abiertamente a los nacionalistas e incluso a los enemigos nazis de la República. Al igual que Niemöller, la mayoría de los protestantes saludaron con júbilo el advenimiento de Hitler a la Cancillería en 1933» (6).

En aquella época, todos los corresponsales de todos los periódicos del mundo difundieron la misma información, a menudo en términos mucho más concretos, por todas las capitales. Este hecho ha sido recordado con frecuencia -- por una prensa que no cuenta con demasiados lectores, es cierto --, sin que nunca haya sido objeto de ningún mentís. Los interesados y sus amigos se han hecho el sordo, sencillamente: el manto de Noé. Por lo tanto, puede darse por establecido: el clero protestante alemán estuvo al lado de Hitler en sus campañas electorales.

¿Cuál fue la actitud del clero católico? Antes de cada una de aquellas elecciones la Conferencia del episcopado católico se reunió en Fulda para una toma de posición política, y cada vez terminó con una declaración colectiva hecha pública que condenaba al nacional-socialismo, en

[183]

términos virulentos, como a «un retorno al paganismo», y a sus miembros como a «renegados de la Iglesia a los cuales hay que negar los sacramentos», recomendaba no votar por sus candidatos y prohibía «a los católicos ser miembros de sus organizaciones juveniles o de otra clase». En abril de 1932, en la segunda vuelta de la elección presidencial, los obispos católicos alemanes recomendaron incluso votar por **el protestante** Hindenburg, en tanto que, como se ha visto, el clero protestante hacía votar por Hitler...

No entraremos en el detalle de los textos que atestiguan aquella toma de posición. Bastará citar un hecho que los resume todos, y que tuvo una gran resonancia en la prensa no-católica: hasta el último momento, en las horas cruciales de marzo de 1933, incluso después de la victoria del nacional-socialismo en las elecciones legislativas

del 5 de aquel mes, a propósito de las cuales la Conferencia de Fulda del 22 de febrero había recomendado votar, como en las anteriores, contra sus candidatos, el episcopado católico le fue siempre violentamente hostil.

La sesión de apertura del nuevo Reichstag elegido el 5 de marzo tuvo lugar el 21 del mismo mes. En Postdam, de acuerdo con el ritual y, también de acuerdo con el ritual, fue precedida por dos ceremonias religiosas, una en la iglesia de San Nicolás, para los protestantes, otra en la iglesia de San Pedro, para los católicos. En la primera, la misa fue oficiada por el obispo protestante de Berlín, el Dr. Dibelius, quien pronunció un sermón con el cual acogía la victoria de Hitler sobre el significativo tema de sus disposiciones de ánimo: «Si Dios está con

[184]

nosotros, ¿quién estará contra nosotros?». En la segunda, el obispo católico de Berlín, Monseñor Christian Scireiber, que debía officiar la misa, se declaró enfermo -- una enfermedad diplomática, comentó la prensa nacional-socialista --, y a fin de evitar un estallido delegó a uno de sus vicarios para que le reemplazara.

Contrariamente a la costumbre que exigía que el canciller del Reich asistiera a las dos ceremonias, y que exigía tanto más su presencia en la segunda, ya que era católico, Hitler no asistió a ella. Al día siguiente, 22 de marzo, la *Koelnische Volkszeitung*, subrayando el hecho, justificaba la ausencia de Hitler y de su ministro de Propaganda (Goebbels), diciendo que se debía a «una declaración de los obispos católicos de Alemania en la cual los jefes y los miembros del N.S.D.A.P. (partido nazi) eran calificados de renegados de la Iglesia a los cual es había que negar los sacramentos. (Declaración de la Conferencia de Fulda a que nos hemos referido anteriormente.)

«Durante la ceremonia, el canciller y el ministro de Propaganda, Dr. Goebbels, impresionados por la declaración, visitaron las tumbas de sus compañeros muertos y enterrados en el cementerio municipal de Berlin», añadía el periódico.

Lo que demuestra que aquella condena del nacionalsocialismo no fue obra del episcopado católico alemán actuando por su propia iniciativa, sin tener en cuenta la opinión del Vaticano (donde el Cardenal Pacelli, futuro Pío XII, era secretario de Estado), es el hecho de que la Iglesia católica reaccionó del mismo modo en todas partes. Ya es sabida la actitud de los católicos franceses. En

[185]

Austria se leyó en todas las iglesias una carta pastoral de monseñor Johannes Sfoellner, obispo de Linz, con fecha del 23 de enero de 1933, carta que fue reproducida casi íntegramente por todos los periódicos austríacos y por todos los periódicos católicos alemanes. No vamos a reproducirla aquí: nos limitaremos a copiar el párrafo con que el *Die schoenere Zukunft* de Munich la presentaba a sus lectores el 7 de febrero de 1933:

«Como es sabido, los obispos católicos de Alemania se han pronunciado ya en diversas ocasiones contra el nacional-socialismo. Ahora, el Dr. Sfoellner -- el primero entre los obispos austríacos -- acaba de publicar una carta pastoral en la cual condena al nacional-socialismo como hostil a la Iglesia. Y, como en la católica Austria, los nacional-socialistas se hacen pasar, sea en sus reuniones, sea en su prensa, por verdaderos católicos, la actitud del obispo de Linz presta un servicio de suma

importancia al desenmascarar su doble juego. Por ese motivo reproducimos a continuación el texto de su carta pastoral.»

En aquella condena del nacional-socialismo por toda la Iglesia, no se han puesto en duda los sentimientos de Pío XI, entonces Papa, sino únicamente los de su secretario de Estado, el Cardenal Pacelli, y únicamente después de la guerra. Eso sólo ha sido posible porque el Cardenal Pacelli se preocupó muy poco de hacerse publicidad a sí mismo y de poner de relieve su papel personal: como hombre bien educado, sabía que la personalidad a destacar era la de Pío XI. Afortunadamente, otros se han encargado de hacerlo por él. A raíz de un incidente que tuvo lugar en 1935 entre el Estado alemán y el episcopado (se trataba de un asunto de transferencia de divisas), unos [186]

emigrados alemanes católicos refugiados en Suiza y que publicaban en Lucerna *Die deutschen Briefe*, escribían en el número del 26 de agosto de aquella publicación:

«...El Papa, el Cardenal Pacelli y una parte del episcopado alemán querían que la Conferencia de Fulda (que se había reunido del 19 al 23 para tomar posición acerca de aquel asunto) pusiera de nuevo en vigor la prohibición para los católicos de ser miembros del N.S.D.A.P. y de las organizaciones juveniles o de otra clase del partido.»

Era la ruptura del Concordato firmado el año anterior entre el Tercer Reich y la Santa Sede. Fue evitada, no por una concesión del Papa, del Cardenal Pacelli o del episcopado, sino por una concesión del Tercer Reich en el curso de una entrevista entre el Dr. Kerrl, ministro de los Cultos, y el Cardenal Bertram, presidente de la Conferencia, celebrada en Fulda el mismo 19 de agosto. El ministro prometió «llamar al orden a los extremistas anticristianos del partido» (7), y Hitler confirmó telegraficamente aquella promesa. A pesar de todo, la Conferencia publicó una carta colectiva de los obispos que fue leída en todas las Iglesias católicas de Alemania el 1 de septiembre de 1935 y que, el 19 del mismo mes, publicó íntegramente el semanario parisiense *Sept* (¡de Francois Mauriac!) con el comentario: «Declaraciones claras concretas... se ha decidido unánimemente combatir neo-paganismo (al nacional-socialismo) y organizar una defensa activa contra él». De acuerdo con Pío XI y Cardenal Pacelli, los cuales, como se ha visto, habían intervenido. Todo eso demuestra que en aquella época no

[187]

se le había ocurrido a nadie la idea de que el que había de convertirse en Pío XII no fuera profundamente hostil al nacional-socialismo. Los artículos del *Populaire* (socialista) y *L'Humanité* (comunista), que saludaron su elección y que se encontrarán en uno de los Apéndices de este libro, demuestran, por su parte, que en 1939 la situación no había cambiado. Finalmente, los otros extractos de prensa que se incluyen en otro Apéndice demuestran que la situación continuaba siendo la misma mucho después de haber terminado la guerra.

Para concluir con el papel desempeñado por el factor religioso en la ascensión de Hitler al poder, digamos que los protestantes alemanes, que reprochan una actitud «pro-nazi» en Pío XII, fueron un factor del éxito de Hitler, contra el cual se estrellaron la Iglesia católica, Pío XI, el Cardenal Pacelli y el episcopado alemán. Si se tiene en cuenta que, en la Alemania de 1932-1933, los protestantes representaban una proporción muy cercana a los dos tercios de la población, y los católicos

únicamente una proporción muy cercana a un tercio, puede decirse que, de hecho, le reprochan a la Iglesia católica y al Cardenal Pacelli, secretario de Estado del Vaticano y posteriormente Pío XII, el no haber conseguido cambiar de signo una situación que ellos mismos habían creado.

Pero, veamos la continuación.

En aquella sesión de apertura solemne del nuevo Reichstag, el 21 de marzo de 1933, la declaración de política general de Hitler fue aprobada por 445 votos contra 94. Había 535 diputados presentes: el resto, hasta 648, [188]

especialmente el grupo comunista completo y una docena de socialdemócratas habían sido detenidos y colocados en la imposibilidad de tomar parte en la votación. Monseñor Kaas, portavoz del Centro Católico, había tomado la palabra para recomendar calurosamente la aprobación de la declaración, y su grupo parlamentario le siguió de un modo unánime. Pero Monseñor Kaas no representaba la opinión del episcopado católico alemán; se sabe que el 19 de febrero de 1933, unos días antes de que Monseñor Kaas pronunciara, el 2 de marzo siguiente y bajo la aprobadora presidencia del Dr. Konrad Adenauer, en aquella época alcalde de la ciudad, su discurso recomendando un entendimiento con Hitler, saliendo fiador de sus intenciones, la Conferencia de Fulda había renovado el anatema del Episcopado contra el nacional-socialismo. Por otra parte, el 2 de abril siguiente, Monseñor Kaas presentó, su dimisión del cargo de presidente del grupo parlamentario del Centro Católico y, el 9, con el pretexto de servir de intermediario entre el Tercer Reich y la Santa Sede en las negociaciones previas del Concordato, acompañó a von Papen y a Goering a Roma, donde desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra: nunca más volvió a verse en Alemania, y la opinión más corrientemente admitida es la de que, descontenta de su actitud favorable a Hitler desde noviembre de 1932, la Santa Sede le había obligado a retirarse de la escena política. El hecho tiene suma importancia, ya que Monseñor Kaas ha sido frecuentemente como prueba de las simpatías de la Iglesia católica hacia Hitler. Desde luego, pueden citarse casos de obispos católicos acusados justamente de patizar con el nacional-socialismo: Monseñor Groeber, [189]

por ejemplo, obispo de Friburgo, o Monseñor Berning, obispo de Osnabrück. Pero esos casos se dieron *después* de la ascensión de Hitler al poder, y constituyen excepciones de la regla general. En tanto que, del lado primestante, *antes* del triunfo de Hitler y mucho tiempo *después*, las excepciones entre los obispos son los casos de hostilidad a Hitler, como no tardaremos en ver.

Volviendo al Reichstag, la sesión de apertura solemne del 21 de marzo, en la cual se aprobó la declaración de política general por 441 votos contra 94 (los de los socialdemócratas, secundando la actitud de su jefe), fue seguida por otra, celebrada el 23 de marzo y en el curso de la cual, por la misma mayoría, Hitler obtuvo los plenos poderes por cuatro años en forma de una ley llamada «Ley para aliviar la angustia del pueblo y del Reich» (*Gesetz zur Behebung der Not von Volk und Reich*). Al presentar aquella ley, Hitler declaró:

«El gobierno sólo hará uso de esos poderes en la medida en que son esenciales para adoptar decisiones de una necesidad vital. Ni la existencia del Reichstag ni la del

Reichsrat están amenazadas. La posición y los derechos del presidente (del Reich) permanecen inmutables... no cambiará la existencia individual de los Estados de la federación. Los derechos de las Iglesias no se verán disminuidos y sus relaciones con el Estado no se modificarán. El número de casos en que una necesidad interna exige tener que recurrir a una ley semejante es muy limitado» (8).

Durante aquel discurso anunció también «su esperanza de llegar a unos acuerdos entre las Iglesias y el Estado», y de un modo especial «de mejorar nuestras buenas relaciones con la Santa Sede», aludiendo claramente a su deseo de establecer un Concordato con ella.

[190]

La Conferencia de Fulda del episcopado católico alemán, reunida el 29 de marzo de 1933, declaró:

«Hay que reconocer que el representante supremo del gobierno del Reich y al mismo tiempo jefe autoritario del movimiento nacional-socialista, ha hecho unas declaraciones solemnes que afirman la inviolabilidad de la doctrina y de la fe católicas y de las misiones, y de los derechos inmutables de la Iglesia, declaraciones en las cuales asegura de un modo explícito que los tratados de Estado concluidos entre ciertos países alemanes y la Santa Sede permanecen en vigor» (9).

Comentando este texto, Monseñor Preysing, arzobispo de Munich, añadió el 30 de marzo: «Las declaraciones que el canciller del Reich hizo el 23 de marzo ante el Reichstag alemán, autorizan a los obispos a suspender, en los momentos actuales, la oposición que han manifestado hasta ahora» (10). Se trata, desde luego, de la oposición al gobierno, no de la oposición a la doctrina nacional-socialista. Obsérvese, además, la precaución: **en los momentos actuales**, lo cual no significa **definitivamente**.

Todos los obispos del Reich repitieron a sus fieles la declaración de Fulda en los mismos términos, y el *Osservatore Romano* (11), y en consecuencia la Santa Sede, dio su aprobación.

[191]

La tregua entre la Iglesia y el Tercer Reich no duró mucho: el tiempo de firmar un Concordato. Apenas firmado, se reanudó la lucha con motivo de las múltiples violaciones de que fue objeto por parte de las autoridades del Tercer Reich: de ahí las notas de protesta del cardenal Pacelli, la encíclica *Mit brennender Sorge*, las reiteradas condenas del nacional-socialismo por el Cardenal Pacelli convertido en Pío XII, etc. No insistiremos en el tema.

Durante ese período, ¿cómo se comportaba la jerarquía protestante con respecto a Hitler y al nacional-socialismo?

Sólo a principios de 1934 empezaron a cuartearse las relaciones entre el Tercer Reich y la Iglesia protestante, y aun entonces únicamente entre el Tercer Reich y una pequeña minoría de pastores. La diferencia sobrevino a propósito de la constitución de la Iglesia protestante en Iglesia del Tercer Reich, proyecto que Hitler acariciaba paralelamente a su proyecto de Concordato con la Santa Sede.

Al principio, aquel proyecto tuvo la adhesión de toda la jerarquía protestante en su conjunto. Al menos, entre los 17.000 pastores no se alzó ninguna voz para protestar. En cambio, nos dice William L. Shirer, 3000 de ellos, acaudillados por un tal Ludwig Mueller, capellán militar del distrito de la Prusia oriental, amigo del Führer y nazi convencido, eran militantes activos del N.S.D.A.P., «sostenían en el seno de la Iglesia protestante las doctrinas raciales nazis y el principio de la supremacía alemana, y querían verlos aplicar a una Iglesia del Reich, que [192]

reuniría a todos los protestantes» (12). Los estatutos de aquella «Iglesia del Reich» fueron elaborados por los representantes de las diversas Iglesias protestantes de Alemania -- ¡las había de 28 clases! --, siendo reconocida oficialmente por el Reichstag el 14 de julio. No hay que olvidar que el primer reproche que se hace a Pío XII, entonces Cardenal Pacelli y secretario de Estado del Vaticano, es el de haber entrado en contacto con las autoridades del Tercer Reich con vistas a la firma de un Concordato, a pesar de todas las fechorías del nazismo: los protestantes que le han formulado ese reproche estaban también en contacto con ellas. Y lo mismo puede decirse de las democracias inglesa y francesa, que en aquella época preparaban el famoso Pacto de los Cuatro. Al parecer, la lógica de todos esos individuos establece que durante el verano de 1933 todo el mundo tenía el derecho moral de negociar con el Tercer Reich... menos la Santa Sede.

No habiendo surgido ninguna objeción de principio en los medios protestantes, fue abordada la etapa siguiente: el nombramiento del Papa de la nueva Iglesia. Se procedió a él a principios de septiembre, en el sínodo de Wittenberg. El candidato de los delegados de aquel sínodo era el pastor Friedrich von Bodelschwingh, y el del Führer, tal como lo manifestó públicamente por radio la víspera de la elección, su amigo Ludwig Mueller. El pastor Friedrich von Bodelschwingh retiró su candidatura y Ludwig Mueller fue elegido por unanimidad. Ni el Führer ni nadie había pensado en el reverendo Dr. Martín Niemöl- [193]

ler. Malas lenguas afirmaron que el Dr. Niemöller quedó profundamente dolido por aquel olvido pero, si bien es cierto que de allí emana su oposición a Hitler, hay que reconocer que no la manifestó inmediatamente. Había contribuido a crear una asociación de pastores, *Der Pfarrernotbund* (Unión de los pastores contra la necesidad), de la cual era presidente, y a fin de que nadie pudiera desconfiar de sus intenciones, inmediatamente después del nombramiento del Dr. Ludwig Mueller como jefe de la Iglesia del Reich dirigió una circular a todos los pastores que decía: «Los miembros de la Unión de los pastores contra la necesidad se alinean incondicionalmente al lado del Führer Adolfo Hitler».

El 14 de octubre siguiente, Alemania abandona la Sociedad de Naciones dando un portazo. El presidente Niemöller, en nombre de la Unión de los pastores contra la necesidad, telegrafía a Hitler:

«En esta hora decisiva para el pueblo y la patria alemana, saludamos a nuestro Führer y le reiteramos nuestro apoyo fiel y nuestros profundos pensamientos.»

Su actividad en nombre de aquella organización le lleva a la cabeza de una de las 28 sectas protestantes alemanas, la *Iglesia confesante*, la cual trata de cristalizar una oposición a la *Iglesia del Reich* recientemente creada.



Pero aquella oposición dirige sus tiros contra la Iglesia del Reich más que contra Hitler y \*el nacional-socialismo, ya que, habiendo conseguido Hitler poner a las dos partes en presencia, el 25 de enero de 1934, con vistas a un acuerdo, Niemöller declara ante el Führer:

«No necesitamos aseguraros hasta qué punto os estamos agradecidos por haber arrancado al pueblo alemán.

[194]

de la desintegración interior y exterior y por haber liberado sus fuerzas a través de una nueva expansión.»

No pasa nada, y las disensiones entre la Iglesia confesante y las otras sectas protestantes quedan como estaban. En realidad, aquellas disensiones en el seno de la jerarquía sólo traducen, nos dice William L. Shirer, por parte de las Iglesias protestantes «la resistencia a la nazificación de una minoría de pastores y de una minoría todavía más débil de fieles» (13).

En julio de 1935, Hitler trata una vez más de eliminar todas aquellas disensiones que, sin que lleguen a inquietarle, le molestan. Encarga pues a su ministro de los Cultos, el Dr. Kerrl, que provoque una nueva reunión. De ella surge un *Consejo de la Iglesia*, presidido por el doctor Zoellner, un venerable pastor al que todas las facciones protestantes estiman y respetan. El Dr. Martin Niemöller, sin dejar de sostener que su Iglesia protestante es la única Iglesia protestante verdadera, acepta colaborar con el Consejo.

En mayo de 1936 dirige una nota cortés a Hitler para protestar contra las tendencias anticristianas del régimen y pedirle que se ponga término a la injerencia del Estado en los asuntos eclesiásticos. Hitler no se la toma en cuenta.

El 27 de junio de 1937 se coloca públicamente en la oposición con un sermón pronunciado en la iglesia de Berlín-Dalhem, basado en el tema de su nota de mayo de 1936. Aquel sermón contenía un párrafo que era un desafío: «No pensamos en utilizar nuestros propios po-

[195]

deres para escapar al brazo de la autoridad más de lo que lo hicieron los apóstoles de antaño. Ni estamos dispuestos a guardar silencio por orden del hombre cuando Dios ordena hablar. Ya que, hoy y siempre, debemos obedecer a Dios antes que al hombre» (14).

El 1 de julio fue detenido, encarcelado, y el 2 de marzo de 1938 compareció ante un tribunal especial (*Sondergericht*) que le condenó a siete meses de cárcel y dos mil marcos de multa. La detención preventiva cubría la pena de prisión: a su salida de la sala donde se había celebrado el juicio, fue recogido por la Gestapo y enviado a un campo de concentración (a Sachsenhausen durante unos meses, luego a Dachau) como «prisionero personal del Führer», lo cual representaba una especie de protección. Salió de aquel campo liberado por las tropas americanas.

Lo menos que puede decirse es que, viniendo de un hombre que se había adherido al nacional-socialismo en 1924, que lo había apoyado en todas las circunstancias, y de un modo especial en sus campañas electorales, autor de un libro que era una apología

del nacional-socialismo (15) y terminaba con una nota expresando su satisfacción por el hecho de que la revolución nacional-socialista hubiera finalmente triunfado, provocando aquel renacimiento nacional, aquella toma de posición llegaba un poco tarde. Si estuviéramos seguros de que aquel salto a la [196]

oposición no era sospechoso, diríamos de buena gana: «Más vale tarde que nunca». Pero, ¿qué pensar de aquella carta que en septiembre de 1939, una vez estallada la guerra (y tras un internamiento que se prolongaba desde julio de 1937), escribió a su amigo el gran almirante Raeder?:

«Dado que espero inútilmente desde hace mucho tiempo mi orden de incorporación al servicio, me presento expresamente como voluntario. Tengo 47 años, estoy perfectamente sano de cuerpo y de mente, y os ruego queráis destinarme a un puesto cualquiera en los servicios de guerra» (16).

Voluntario en los ejércitos del nacional-socialismo, con pleno conocimiento de causa de los objetivos que perseguía: he aquí un hecho que arroja una luz especial sobre la naturaleza y la sinceridad de su «oposición al régimen».

Tal es, en Alemania, uno de los hombres más eminentes, el cual, después de haber inducido durante años enteros a los hombres sobre los cuales ejercía alguna influencia a que se unieran al nacional-socialismo, y que no participó en la aventura nazi porque Hitler no le admitió en sus ejércitos, pidió a continuación que se depurara sin piedad a los que habían seguido su consejo. Y el cual figura entre los acusadores de más peso de Pío XII y los partidarios más ardientes de M. Rolf Hochhuth, quien por otra parte es una de sus ovejas.

La detención del pastor Niemüller decapitó a la Iglesia confesante: apenas se oyó hablar más de ella. En el otro clan protestante, el 12 de febrero de 1937, el doctor [197]

Zoellner había presentado la dimisión de su cargo de presidente del Consejo de la Iglesia, porque la policía del Tercer Reich le había impedido trasladarse a Lübeck, donde habían sido detenidos nueve pastores protestantes, para efectuar una encuesta. A finales de año, el doctor Marahrens, obispo de Hannover, que le había sucedido en el cargo, declaró públicamente: «El concepto nacional-socialista de la vida es la enseñanza nacional y política que determina y caracteriza el comportamiento del pueblo alemán. Por eso resulta indispensable que las cristianos alemanes se adapten también a él ...». En la primavera de 1938, llegó al extremo de ordenar a todos los pastores de su diócesis que prestaran juramento de fidelidad al Führer. «En poco tiempo -- nos dice William L. Shirer -- la inmensa mayoría de los eclesiásticos protestantes prestaron aquel juramento» (17). Y lo mismo ocurrió en toda Alemania. No cabe duda de que muchos pastores se resistieron a la nazificación de la Iglesia protestante alemana: centenares y centenares de ellos fueron detenidos y enviados a campos de concentración. Pero también fueron detenidos y enviados a campos de concentración centenares y centenares de sacerdotes católicos. Lo que importa señalar es que los resistentes protestantes iban contra la línea general de su Iglesia, en tanto que los resistentes católicos estaban en la línea general de la suya. Se me disculpará el haber recurrido con tanta frecuencia a M. William. L. Shirer, pero se da el hecho de que, a pesar de ser protestante, nadie ha sabido reflejar mejor que él la conducta general del conjunto de pro-

[198]

testantes alemanes, pastores y ovejas reunidos, acosados entre los partidarios de una Iglesia protestante transformada en Iglesia del Reich, y los de su independencia política absoluta. «En medio -- escribe -- se encontraba la mayoría de los protestantes que parecían demasiado timoratos para unirse a las filas de uno de los dos grupos combatientes y que terminaron, en su mayoría, por aterrizar en los brazos de Hítler, aceptando el verle intervenir en los asuntos de la Iglesia y obedeciendo sus órdenes sin protestar abiertamente» (18).

Ni de ninguna otra forma.

Esas afirmaciones no poseen un gran valor indicativo: hay que tener en cuenta el temor que el régimen inspiraba al clero y a la masa de los protestantes alemanes. Pero ese régimen, que inspiraba los mismos temores a los católicos, no obtuvo de ellos que «la mayoría», con el clero a la cabeza, cayesen «en brazos de Hitler» y aceptasen «verle intervenir en los asuntos de la Iglesia». Hay que convenir en que los católicos tenían una apreciable ventaja sobre los protestantes: un nuncio en Berlín y un Papa en Roma, el primero inviolable y el segundo fuera del alcance de las represalias, que podían protestar en nombre suyo y que no dejaban de hacerlo. Dicho esto, recordemos que fue un obispo católico, monseñor von Galen, de Munster, y no un obispo protestante, el que se alzó contra la eutanasia...

Era necesario recordar con detalle el comportamiento de la Iglesia protestante, de su episcopado y de sus 17.000 pastores tomados en su conjunto. No lo hemos hecho [199]

con el corazón alegre: si la misericordia para todos los pecados es la ley del Dios de los cristianos, es también la de la conciencia de los ateos, aunque por desgracia no sea la de los hombres en general. Si, olvidando la ley de su propio Dios hasta el punto de cargar la conciencia de un inocente con un pecado que no cometió y ella cometió, aquella Iglesia no se alzara hoy como acusadora, nos habiéramos guardado mucho de hacerlo. Y si lo hemos hecho, no ha sido para imitar a un Hochhuth y lanzar contra ella un anatema cualquiera, sino únicamente para recordar el viejo proverbio del ladrón que grita al ladrón. Por otra parte, descendiendo del terreno de los principios al de los hechos, sabemos perfectamente que, bajo una dictadura al igual que en la guerra, la conducta de los hombres pierde todo su sentido y escapa a todo juicio válido. Lo he experimentado personalmente en el campo de concentración (en los mismos términos que Louise Michel) y en las operaciones de guerra. Ningún factor racional interviene ya en ella, y con mucho más motivo entre los hombres de Fe. Eso es lo que, en el caso de Pío XII, obliga al respeto, en el sentido de que la conducta de aquel hombre de Fe, le fue dictada por principios racionales, los cuales, al contrario de los de la Fe, son siempre humanos.

Bajo Hitler, pues, volvamos la hoja. Pero, ¿y antes?

Antes, queda el hecho de que, en su conjunto, el clero de la Iglesia protestante e incluso, en su seno, la pequeña minoría que más tarde, mucho más tarde, pasó a la oposición, con el pastor Martin Niemöller como tipo más representativo, tomó partido por Hitler y fue uno de los factores de su éxito cuando Alemania era una República [200]

y no se ejercía en ella ninguna presión. Mientras que el clero católico, la Santa Sede, Pío XI y el Cardenal Pacelli, futuro Pío XII...

Ese pecado le será perdonado también a la Iglesia protestante: en medio de la ruina de los tiempos... Y, de todos modos, las Escrituras dicen también: «Al que ha pecado mucho, mucho le será perdonado». En virtud de lo cual, le será perdonado incluso el pecado mucho más grave que consiste, hoy, en erigirse en acusadora. Pero, tras haber pasado así la esponja del perdón, queda el derecho a decir que nos hubiera gustado que no cometiera ese último pecado. Que se hubiera dado cuenta de que si alguien podía permitirse acusar en este asunto no era precisamente ella. Y que si, por ventura, uno de sus fieles, descarriado hasta el punto de haber perdido todo sentido moral, como en el caso de M. Rolf Hochhuth, descendía hasta la infamia que es *El Vicario*, sólo se hubiera asido a la ocasión para entonar su propio *mea culpa* y, lo más humildemente posible, rendir homenaje a un hombre que, siendo Papa, no dejó de ser mucho más grande ante el nacional-socialismo y la guerra que cualquiera de sus pastores, e incluso que todos los protestantes reunidos en un gigantesco haz.

Sé perfectamente por qué no lo ha hecho.

En primer lugar, existe aquella disposición de ánimo ya señalada, y que muy pocos hombres consiguen superar, que consiste, en los que tienen el sentimiento de su propia culpabilidad, en tratar de tranquilizar su conciencia buscando a alguien tanto o más culpable que ellos. Es algo instintivo y muy humano... en el sentido en que [201]

este epíteto califica una debilidad del hombre en el terreno de la inteligencia de las cosas, en un sentido que se halla en los antípodas del humanismo. En este caso particular existe, además, el antipapismo congénito de los protestantes, que es lo esencial del dogma. Y, finalmente, la situación política completamente nueva creada por la Segunda Guerra Mundial, y en la cual se encuentra hoy la Iglesia protestante alemana.

Hija de la Prusia protestante, nacida bajo el signo de la *Kulturkampf*, la Alemania de 1914 era un Imperio en el cual los protestantes vivían con los católicos en la proporción de dos contra uno: el emperador era protestante, el canciller del Imperio era protestante, los jefes del ejército y de la policía eran protestantes. La Iglesia protestante ejercía una considerable influencia sobre la política: no se hubiese concebido a un alto funcionario católico.

Expresión de un principio liberal, nacido de una reacción de Bismarck contra la política de Pío IX y especialmente el dogma de la infalibilidad pontificia que aquel Papa hizo promulgar por un Concilio (Vaticano I) el 18 de julio de 1870, la *Kulturkampf* (vocablo que significa lucha por la cultura) se tradujo en el nivel gubernamental por unas leyes de excepción contra los católicos (supresión de la libertad de la Iglesia, por ejemplo, a pesar de que estaba garantizada por la Constitución prusiana de 1850) que no alcanzaba a los protestantes y que, si se hubiese tratado únicamente de Prusia no hubieran presentado graves inconvenientes, a pesar de su evidente injusticia, pero que al afectar a toda Alemania cristali- [202]

zaron en contra de él al tercio católico de su población, precisamente en el momento en que el marxismo en ascensión movilizaba casi otro tercio contra Bismarck; para no

quedar en minoría en el Reichstag, tuvo que ceder (1880: ley llamada de la paz religiosa), sin que los católicos hubieran hecho ninguna concesión. Aquélla fue la primera derrota política del protestantismo alemán, el cual, desaparecida la *Kulturkampf*, perdía su medio de propaganda más eficaz.

A partir de entonces, la Iglesia católica no dejó de ejercer y de, aumentar paulatinamente su influencia en la política alemana. En competencia con la Iglesia protestante. Los progresos fueron lentos: muy lentos, incluso. Los cargos importantes continuaron siendo durante mucho tiempo privilegio exclusivo de los protestantes, y hubo que esperar a 1930 para que un católico, el Dr. Brüning, accediera al puesto de canciller. Sin embargo, cuando se produjo el advenimiento de Hitler al poder la influencia de la Iglesia protestante era aún preponderante, y, aunque católico de origen, el propio Hitler simpatizaba más con ella que con la Iglesia católica: el solo hecho de que decidiera convertirla en una Iglesia nacional del Reich lo prueba de un modo indiscutible. Podría añadirse, incluso, que desde que Alemania existe, en todas las épocas, los medios protestantes fueron los que expresaron el nacionalismo alemán en su forma más excesiva, lo cual no de jaba de ser otro puente entre Hitler y ellos. Se ha dicho de aquel nacionalismo que era «prusiano». De acuerdo, pero yo formulo la pregunta: «¿Prusiano porque era protestante, o protestante porque era prusiano?».

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial terminó tam-  
[203]

bién la influencia preponderante del protestantismo sobre la política alemana. En primer lugar, Alemania quedó partida en dos: de 17 a 18 millones de sus habitantes del lado oriental del Telón de Acero, de 51 a 52 millones del lado occidental. Pero, los 17 a 18 millones de alemanes del lado oriental son precisamente los protestantes, y el hecho tuvo dos consecuencias:

1. Al otro lado del Telón de Acero, sometido a la dictadura comunista, el clero protestante ha visto cómo se le prohibían ciertas tomas de posición, y, al parecer, soporta esa prohibición con la misma buena voluntad con que soportó, antaño, las que le fueron impuestas por el régimen hitleriano. De un modo especial se deja orientar de muy buen grado hacia la doctrina de la paz preconizada por la Unión Soviética. Y, en la Alemania occidental, el clero protestante sigue un camino paralelo: el pastor Martin Niemöller, comandante de submarino durante la Primera Guerra Mundial, autor de un libro que es una profesión de fe de un nacionalismo exacerbado y que termina con una nota de entusiasta adhesión a la «Revolución nacional-socialista», voluntario para el servicio en los ejércitos hitlerianos en 1939, es en la actualidad el obispo más influyente del protestantismo alemán... y el caudillo de un movimiento que hace suyas sistemáticamente todas las consignas de la Unión Soviética en materia de paz. Los pacifistas alemanes no podían encontrar a nadie más calificado para presidir sus destinos. Resumiendo, en lugar de haber sido, para los veintiocho fragmentos de la Iglesia protestante alemana, un factor más de división, el Telón de Acero ha sido un factor de unión, en el sentido de que les permite manifestar, de cuando en  
[204]

cuando, una unidad de criterio, al menos acerca de un punto: la paz. Por otra parte, se trata de una tradición del protestantismo en general: dividido en una infinidad de sectas opuestas en lo que respecta a los dogmas, nunca ha encontrado el medio de afirmar su unidad más que acerca de unos problemas que no corresponden a la religión que profesa.

2. Limitado por el régimen al papel de agente de la Pax soviética en sus tomas de posición públicas al otro lado del Telón de Acero -- régimen que, entre paréntesis, al igual que a todas las Iglesias, no le concede más libertad para el ejercicio de su culto que la que concede a las personas --, la Iglesia protestante alemana ha visto igualmente limitada por una razón de número su influencia política en la Alemania del Oeste: en 1965, protestantes y católicos no se encuentran ya, como en la Alemania anterior a 1914 o de entreguerras, en la proporción de dos protestantes por un católico, sino únicamente de seis protestantes por cinco católicos (19), es decir, un número sensiblemente igual, con una leve ventaja para los protestantes. Políticamente, la situación se traduce así: cuando el presidente de la República es protestante (Heuss), el canciller es católico (Adenauer), y cuando el presidente es católico (Lübke), el canciller es protestante (Ehrhard). Como si se hubiera establecido un compromiso en el seno de la C.D.U.-C.S., entre las dos Iglesias, un compromiso que no satisface a ninguna de las dos y cada una de ellas

[205]

vigila a la otra, dispuesta a aprovechar la menor ocasión que le permita actuar unilateralmente. El extraordinario éxito del canciller Adenauer juega en favor de los católicos, bien situados ya por su actitud ante el nacional-socialismo: van viento en popa. Contra los protestantes juegan la ayuda que prestaron a Hitler en su marcha hacia el poder, y ese criptocomunismo mediante el cual creen haberse redimido. Al darse cuenta de ello surgió *El Vicario*, cuyo objetivo era el de asestar a los católicos un golpe del cual no pudieran reponerse, y al mismo tiempo hacer aparecer a los protestantes como uno de los elementos esenciales de la resistencia a Hitler.

Tal es el primer aspecto de la operación *Vicario*: un argumento de los protestantes en la lucha que libran en la Alemania del Oeste para combatir en ella la influencia política de los católicos. Y, desde luego, cosa esencial en ese combate, para aumentar o, como mínimo, conservar una clientela a la que su conducta política de ayer y de hoy ha acabado por convertir en sumamente flotante. El hecho de que todas las Iglesias protestantes del mundo, como un solo hombre, hayan repetido el argumento por su cuenta, resulta muy lógico: es, en su forma, el argumento antipapista por excelencia. Tal como acabamos de ver, en el fondo, como diría Kipling, es otra historia.

Por lo demás, se trata de un argumento de tendero... de tendero de las primeras épocas del comercio: «A igualdad de precio, todo es de mejor calidad aquí que enfrente, la prueba ... ». Y ante el cual el comerciante de hoy esboza una sonrisa, divertido por tanta ingenuidad. En el curso de la discusión, una de las innumerables sectas protestantes ha confesado ingenuamente el objetivo per-

[206]

seguido, invocando las *Escrituras*: «Sal de ella (de la Iglesia católica), pueblo mío, si no quieres participar con ella en sus pecados y si no quieres recibir sus azotes. Ya que sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de aquellos actos de injusticia» (20).

Traducción: sal de ella y entra en nuestra casa.

Esa es la conclusión a que todos llegan. En la más recóndita de nuestras aldeas, el último de los tenderos de nuestra época es mucho más hábil.

### III. El frente único contra el Papa

Hay que analizar ahora los móviles a los cuales han obedecido los adversarios de la Iglesia católica que se han asociado a la Iglesia protestante en esa especie de «Frente único».

Recordemos sólo de pasada aquel movimiento que, a principios de siglo, cuando el socialismo había realizado su unidad y el sindicalismo había encontrado su camino, desvió al mundo del trabajo dispuesto a lanzarse al asalto del régimen bajo la consigna de: «¡El capitalismo, he aquí el enemigo!», demostrándole que el enemigo no era el capitalismo, sino el clericalismo: «¡El clericalismo, he aquí el enemigo!». La maniobra de diversión tuvo éxito: a partir de entonces, la izquierda europea no se distinguirá ya de la derecha más que por un anticlericalismo que treinta años más tarde, fue casi una reedición de la *Kul-*

[207]

*turkampf*. Mientras el mundo del trabajo estaba ocupado batiéndose contra los curas católicos, el régimen consolidaba tranquilamente sus estructuras y preparaba no menos tranquilamente la Primera Guerra Mundial. La continuación es conocida: el movimiento obrero no se recuperó nunca de aquel golpe. En cuanto al movimiento anticlerical, corrió la misma suerte que la *Kulturkampf*: del mismo modo que Bismarck había tenido que ceder ante León XIII, los conservadores sociales que lo habían lanzado para evitarse el llevar a cabo las reformas que habían prometido para llegar al poder, tuvieron que ceder ante Pío XI, restablecer por iniciativa suya las relaciones con el Vaticano, y paulatinamente abolir las leyes de excepción que afectaban a la Iglesia católica, etc. El anticlericalismo murió. En Francia, donde fue más violento y tuvo más éxito, pequeñas sectas tratan de resucitarlo. En vano: sus armas más temibles son el mandil de cuero, la escuadra, el compás y el salchichón del Viernes Santo. No es cierto que el ridículo no mate ya.

Sin embargo, en su principio, la separación de la Iglesia y del Estado era una cosa muy buena. Faltaba únicamente que significara «una Iglesia libre en un Estado libre», según la fórmula de Víctor-Manuel II, una Iglesia, en suma, reducida a la condición de partido político, con los mismos derechos que todos los demás. Pero, en la fase de la aplicación, significó el desahucio de la Iglesia católica en beneficio de otra cuya religión sería el Estado, con sus fundadores como sacerdotes, en la comunión del Gran Arquitecto del Universo. A golpes de leyes de excepción, por añadidura. Sólo por sorpresa se consiguió que el mundo obrero picara en el anzuelo a principios de si-

[208]

glo. Y no por mucho tiempo. Los del mandil de cuero, la escuadra y el compás, que sueñan en volver a aquellos tiempos dichosos de su esplendor, tienen que hacerse a la idea de que la historia no retrocede: el pequeño padre Combes no ha salido de su tumba, y sus retrógrados discípulos no han sido un factor decisivo en la amplitud del debate provocado por El Vicario. Los que le han proporcionado esa amplitud han sido el bolchevismo y el movimiento sionista internacional. Y, aunque sus respectivas tomas de posición en el asunto no participen de la misma intención, las dos están inspiradas en el problema alemán, tal como ha quedado planteado a causa del desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo los mismos caminos, no pueden dejar de llegar al mismo resultado final: la muerte de la libertad de Europa, mediante la caída de la propia Europa bajo la férula del bolchevismo.

He dicho y escrito a menudo que, bajo la capa de una revolución mundial destinada a liberar todos los pueblos del yugo del capitalismo, el bolchevismo no era más que la forma moderna de aquel panslavismo que, bajo ' la misma capa, el pansintoísmo trata de rechazar desde hace poco. Durante el reinado de Stalin se cayó ya en la cuenta de que lo que se perseguía no era la liberación de los pueblos por medio de la revolución, sino el extender, al amparo de una guerra, la dominación bolchevique a toda Europa, la cual habría quedado aprisionada en las estructuras económicas y sociales, mucho más atrasadas que las del capitalismo liberal, que esclavizan actualmente a Rusia. Aquello sirvió para definir la calidad del socialismo soviético y para volver a situar en sus justas proporciones de engaña-bobos a aquella revolución.

[209]

En la práctica, los cálculos de Stalin sólo han fallado a medias: si bien no consiguió mantener a Rusia al margen del conflicto, la Segunda Guerra-- Mundial entregó la Mitad de la Europa Central al panslavismo y llevó sus fronteras a cincuenta kilómetros de Hamburgo. Si la Alemania occidental se derrumba, el camino del Atlántico quedará libre ante él. En consecuencia, cada vez que se da un paso en dirección a una reintegración de la Alemania. del Oeste -- e incluso de la del Este, a través de la reunificación de las dos -- a la comunidad de los pueblos europeos, por otra parte abierta a todos, los sucesores de Stalin se desatan en invectivas contra el militarismo alemán, los revanchistas neo--nazís de Bonn, la Alemania responsable de la Segunda Guerra Mundial, los criminales de guerra, etc. Es su argumento moral, destinado a mantener en la opinión pública aquella mentira evidente que los trece procesos de Nuremberg promovieron al rango de verdad histórica, es decir, que Alemania era la única responsable de la Segunda Guerra Mundial y, en consecuencia, sólo ella debía asumir la carga de la reparación de los daños.

Hacer pagar a Alemania, ahora y siempre, significa precipitarla al desastre económico. Al amparo del caos subsiguiente; los sucesores de Stalin esperan sacar tajada de la situación.

Y eso será la muerte de la Europa liberal, ya que sin una Alemania libre, independiente y reintegrada con igualdad de derechos a la comunidad de los pueblos del antiguo continente, aquella Europa es inconcebible. Entonces, las fronteras del panslavismo habrán avanzado notablemente hacia el Oeste, y el bolchevismo no tendrá que ha-

[210]

cer apenas nada para que se confundan con la costa atlántica.

Tales son los cálculos del bolchevismo.

Tal es la empresa a la cual, con *El Vicario*, el clero protestante en su conjunto acaba de aportar un argumento propagandístico por motivos de prestigio religioso en el seno de un Estado. Con la adhesión del Movimiento Sionista Internacional, por motivos de interés. En efecto, reafirmar la culpabilidad única de Alemania significa justificar el pago de las indemnizaciones que le permiten consolidar el Estado de Israel y «reconstruir la vida judía» en el mundo. Señalemos, de paso, que esas «reparaciones» sólo son pagadas por la Alemania del Oeste. Su volumen es tal, que, en comparación, lo exigido por el Tratado de Versalles era una bagatela. (Véase p. 263, Apéndice V).



¿Y los cristianos progresistas? Con la preocupación de tranquilizar su conciencia y hacerse perdonar la actitud que, sordos a los llamamientos de Pío XII, adoptaron *ante* y *durante* la guerra -- un *durante* a menudo equívoco: conozco casos de personas que hoy hablan en tono muy alto y que, sin embargo... --, se ven trabajados por la tentación del marxismo, cuyos métodos, a sus ojos, son los únicos que pueden salvar a la Iglesia católica: la apertura a la izquierda. En el preciso momento en que la experiencia de Rusia demuestra el fracaso del marxismo, y en que, en el resto del mundo, la izquierda no es ya, socialmente, más que un mito artificialmente mantenido por el bolchevismo, el cual, en el panorama político, se sitúa, no a la izquierda, sino al Este, es decir, en la extrema, derecha, y probablemente mucho más que los viejos par-

[211]  
tidos que estamos acostumbrados a clasificar en ella. Ya que en la extrema derecha se encuentra el totalitarismo bajo cualquier color doctrinal que se presente, y en materia de totalitarismo aquellos viejos partidos no le llegan a la suela del zapato al bolchevismo. Lo que queremos decir aquí es que a partir del momento en que, al hablar de apertura a la izquierda, nos dirigimos al bolchevismo, en primer lugar nos dirigimos a la más extrema de las derechas, y en consecuencia a la peor, y en segundo lugar, a lo único que puede llegarse es a hacerle el juego. Si, por preocupación doctrinal, se quiere por añadidura dotar a la Iglesia del sistema marxista de pensamiento, el desenlace es aún más evidente. Y más rápido: todos sabemos en qué aventura, acometida con la bendición del que es llamado el buen Papa Juan XXIII, ha estado a punto de precipitar a Italia la apertura a la izquierda. ¡Estremece pensar lo que hubiese podido ocurrir si el clero italiano hubiera sido marxista! La política de «la mano tendida a los católicos» del bolchevismo, que los trata a latigazos en el Este, ha sido en el Oeste una reedición de la «gallina a desplumar» que con tanto éxito, desde hace cincuenta años, practica con el socialismo. La experiencia enseña que, en ese terreno, su técnica es de las más depuradas. El menor contacto que se establezca con él, la menor concesión que se haga a sus métodos o a su doctrina, permite que el lobo se introduzca en el aprisco, donde es más fuerte que todos los corderos juntos.

Es un simple problema de proporción de fuerzas.

Y, para los que ceden a la tentación, de ceguera política.

Dicho esto, el lector habrá comprendido ya que el au-

[212]  
tor no ve con malos ojos, sino todo lo contrario, que la Iglesia evolucione, que desaparezca de la vida espiritual de los pueblos como ha desaparecido, o poco menos, de su vida material. Pero si ha de hacerlo cediendo su clientela al bolchevismo, la cosa cambia.

A estos móviles de orden puramente político que, sobre el tema de *El Vicario*, han reunido a protestantes, judíos, cristianos progresistas y bolcheviques en una ofensiva común contra la Iglesia católica, hay que añadir otro de orden puramente religioso, que pone en tela de juicio un dogma del cristianismo y que es propio del Movimiento Sionista internacional: la acusación que desde hace dos mil años pesa sobre el pueblo judío haciendo de él un pueblo deicida en toda la cristiandad. El anuncio de la convocatoria del Concilio por Juan XXIII no podía dejar de sugerir a aquel Movimiento Sionista internacional que se le presentaba una ocasión magnífica para hacer levantar oficialmente aquella acusación. Tanto más por cuanto la suerte que

corrieron los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, por el solo hecho de ser judíos, había provocado en el mundo entero una indignación general que, incluso si el acontecimiento era despojado de todas las exageraciones que lo habían hinchado desmesuradamente y era devuelto a sus justas proporciones, no dejaba de estar justificado, creando en la opinión un clima favorable a la revisión de aquel juicio de anatema.

[213]

#### *IV. Por la Paz*

Tales son las diferentes piezas de «la operación *Vicario*», y ése es su ensamblaje en un mecanismo político.

Resumiendo: la preocupación de la Iglesia protestante por reconquistar sobre la Iglesia católica el predominio que había perdido en Alemania, las ambiciones paneslavistas del bolchevismo, la afición de los cristianos progresistas al marxismo con salsa bolchevique y el interés del Movimiento Sionista internacional en relación con las indemnizaciones de guerra que reclama a Alemania y su deseo de hacer levantar la acusación del crimen de *deicidio* o, para hablar con más propiedad, de *Cristicidio*, que pesa sobre el pueblo judío.

Todo eso gravita sobre el problema alemán tal como ha sido planteado por el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, es decir, sobre la responsabilidad unilateral de Alemania en su desencadenamiento: no habiendo conseguido demostrar jurídicamente aquella responsabilidad unilateral en Nuremberg, ahora se piensa únicamente en demostrarla ante la opinión, a golpes de procesos espectaculares y de libelos escandalosos, en lo que respecta a los crímenes que los alemanes cometieron *durante* la guerra, es decir, *después* de su desencadenamiento. Por el mismo procedimiento, podría demostrarse también que los únicos responsables de aquella guerra fueron los franceses, los ingleses o los rusos -- o todos juntos y de acuerdo --: bastaría substituir Auchswitz por Dresde, Leipzig y otras cincuenta ciudades alemanas, sin olvidar Hiroshima y Nagasaki, o por Katyn, etc. Lo más lamentable de ese

[214]

modo completamente nuevo de razonar es que lo practican profesores eminentes, tan cargados de pergaminos como de medallas, cuyos méritos se proclaman a bombo y platillos...

No nos detendremos más en lo absurdo de la tesis según la cual, cuando estalla una guerra, es posible que la responsabilidad recaiga sobre un solo pueblo o sobre los dirigentes de un solo pueblo. Es lo que Pío XII había comprendido perfectamente, y aquella tesis es la que trató de hacer prevalecer en los hechos que se le reprochan de un modo especial.

Al término de este estudio, no queda más que una alternativa: o se admite que, obrando siempre sin discernimiento, los pueblos son siempre inocentes de las decisiones que adoptan sus dirigentes -- y no sólo en materia de guerra y de paz --, que, cuando estalla una guerra, son sus dirigentes, y todos sin excepción, de uno y otro lado de la línea de fuego, los únicos responsables y, en consecuencia, el proceso no se sitúa ya entre los pueblos vencedores y el pueblo vencido, sino entre la

comunidad de los pueblos, vencedores y vencidos reconciliados, y la comunidad de sus dirigentes; o seguimos revolcándonos en el cieno del pasado, renunciado a salir de ese círculo vicioso e infernal de la guerra que engendra la guerra y volvemos a condenar inmediatamente, sin esperar a más, al pueblo judío, al menos por el crimen de Cristicidio.

En el primero de los casos, el problema quedará resuelto rápidamente: los pueblos son generosos, ignoran el rencor, su disposición natural de ánimo es el perdón. «Anmistía general -- decretarán --, acometamos todos jun-

[215]

tos la tarea de reparar los daños, y terminemos de una vez para siempre con ese genocidio continuamente suspendido sobre nuestras cabezas.» Evidentemente, es muy difícil que los dirigentes de los pueblos oigan ese lenguaje si no se les obliga a ello, y aquí es donde falla el razonamiento, ya que en las estructuras tradicionales a las cuales se aferran por egoísmo disponen aún de muchas fuerzas, ocultas o de otra clase, para ponerlas en juego en el momento oportuno. Pero, tarde o temprano ese espíritu triunfará sobre la espada, y los espantosos progresos de la ciencia atómica atestiguan ya, por las reacciones que provocan, que no estamos muy lejos de esa victoria. De lo que no cabe duda es de que los pueblos son asequibles a ese lenguaje: basta comprobar el favor de que han gozado en la opinión pública francesa las campañas para la amnistía de todos los hechos considerados como crímenes, sea en beneficio del F.L.N., sea en beneficio de la O.A.S., a consecuencia de la guerra de Argelia, cuando apenas había terminado. Hasta tal punto que el Poder, en contra de su voluntad, se vio obligado a ceder ante la opinión pública. El día en que alguien se levante y diga en voz alta lo que todo el mundo piensa en voz baja, y hable de amnistía europea para todos los hechos relacionados con una guerra que terminó hace veinticinco años y aplicable a la propia guerra incluídos sus responsables, todos los pueblos reaccionarán del mismo modo que el pueblo francés ante las consecuencias de una guerra recién terminada. Entonces se abrirá de nuevo el camino de la esperanza en dirección a la verdadera paz.

En el segundo de los casos, no queda más que la ley del

[216]

talión del Antiguo Testamento que arranca los dientes de los hijos hasta la 77 generación para castigarles porque sus padres comieron uvas verdes, lo cual revela el espíritu de venganza más bajo llevado al paroxismo y que, por ser amorosamente conservado y venerado en el arsenal de los argumentos de la teología y de las jurisdicciones hebraicas, se remonta a las primeras épocas de la humanidad, y, en el siglo xx, no es más que un grosero insulto a los principios más nobles de una civilización que, si no ha llegado aún a sus fines en los hechos, tiene al menos el mérito de haber colocado, en espíritu, la dignidad del hombre en el primer plano de sus preocupaciones. Aquella ley del talión que condujo a la humanidad de ignominia en ignominia, después de haber condenado a todos los hombres sin excepción a ser ineludiblemente unos criminales reclamando y justificando ese crimen colectivo que es la guerra, ha llegado a inventar el crimen *individual* de guerra, y, veinte años después, la imprescriptibilidad de este último crimen. Y todo ello, a fin de cuentas, para convertir la germanofobia sistemática en la ley fundamental de la política europea y crear un foco permanente de guerra en el Oriente Medio.

Entre los partidarios de cada uno de los términos de la alternativa continúa la discusión. Y siendo propio del odio y del espíritu de venganza no acceder nunca al desarme (21), no parece que toque a su fin: la polémica que se [217] desarrolla alrededor del *Vicario* tiende a demostrar que los santones Y santurrones de aquellos dos sentimientos pierden terreno, pero...

Pero, si bien es cierto que el buen sentido se abre paso poco a poco y que, en el terreno del espíritu, la masa de aquellos santones y santurrones ha disminuido sensiblemente, sus cabecillas no dejan por ello de estar poderosamente organizados: en el terreno de los hechos, continúan manteniendo en sus manos los destinos del mundo. Si consiguen enderezar la situación, o si ese cambio en la opinión cuyos primeros síntomas son ya visibles tarda demasiado, tendremos que enfrentarnos con el triunfo del bolchevismo paneslavista, es decir, con la muerte por asesinato de Alemania, de esa Europa que contra todo lo que atestiguan las encuestas y otros sondeos no menos trucados de la opinión, se encuentra, en sueños y en estado de vigilia, en el corazón de todos los europeos.

El lector estará de acuerdo en que esa perspectiva merecía esta advertencia.

Tanto más por cuanto que, después...  
Es preferible no pensar en lo que vendría después.

## NOTAS

- (1) William L. Shirer, *Le IIIe Reich, des origines à la chute*, *op cit.*
- 2) *Le Procés Eichmann ou Les Vainqueurs incorrigibles*, Les Sept Couleurs (Publicado en español -- *El verdadero Proceso Eichmann* -- por Ediciones Acervo, Barcelona).
- 3) Subrayado por el autor.
- 4) William L. Shirer, *op. cit.*, tomo I de la edición francesa, pp. 175-176.
- 5) *Id.*, p. 185.
- 6) William L. Shirer, *op. cit.*, tomo I de la edición francesa, p. 259.
- 7) *Die deutschen Briefe*, *op. cit.*
- 8) William L. Shirer, *op. cit.*, p. 219.
- 9) *Documentation catholique*, 8 de abril de 1933.
- 10) *Id.*, 8 de abril de 1933.
- 11) *Id.*, 3 de abril de 1933.
- 12) *Op. cit.*, p. 258.
- 13) *Op. cit.*, p. 260.
- 14) Citado por William L. Shirer, *op. cit.*, p. 261.
- 15) *Vom U-Boot zur Kanzel (Del submarino al altar*» el pastor Martin Niemöller había sido comandante de submarino durante la Primera Guerra Mundial), Ed. Warneck, Berlín, 1934. El libro fue un verdadero *best-seller* en la Alemania nacional-socialista y conoció numerosas ediciones. Su propaganda fue hecha por la prensa nacional-socialista.
- 16) *Deutsche National Zeitung*, 16 de abril de 1963.
- 17) William L. Shirer, *op. cit.*, p. 262.
- 18) *Id.*, p. 258.
- 19) En números redondos, la población de Alemania puede calcularse así en el terreno religioso: Total: 53 millones de habitantes; protestantes: de 27 a 28 millones; católicos: de 23 a 24 millones; indiferentes y diversos: el resto.
- 20) *Réveillez-vous* (órgano de los Testigos de Jehová), 22 de julio de 1964. La referencia dada es: Revelación, 18:2, 4, 5.
- 21) En Roma, han llegado a colocar unas bombas bajo las ventanas del Papa, sin que ninguno de esos buenos apóstoles indignados por las bolas malolientes del Ateneo de París haya protestado. Sin duda porque las bombas responden mejor a la cuestión que las bolas malolientes (!!...)

[219]

## POST—SCRIPTUM

Apenas terminado el presente estudio cuando, como salido de una caja de Pandora, un nuevo Fiscal, más amenazador y más categórico aún que todos sus predecesores, se ha erguido en el estrado de la acusación: «Sí, el Papa sabía», ha declarado en un tono que no admitía réplica. «Sabía, y se calló».

Se trata, esta vez, del «más farnoso de los periodistas italianos en asuntos religiosos». Su nombre: Carlo Falconi, lo cual probablemente significará para numerosas personas que aquella fama era un secreto muy bien guardado. Su presentador: *Candide*, cosa bastante inesperada en una publicación que, hasta ahora, se había inclinado más bien en favor de la tesis contraria. Pero, ¿acaso el periódico absurdo no es el que no cambia nunca?

Resumiendo: en viñetas fulgurantes, ocupando toda su primera plana, con la fotografía de Pío XII en el centro, *Candide* (1) publica un resumen de la tesis próxima a aparecer (2) del nuevo Fiscal, encabezada por el título,

[220]

en un rojo agresivo: «El documento que lo revela todo», reiterado por otro subtítulo que quiere ser el tiro de gracia: «El documento definitivo sobre el Vaticano y los campos nazis».

No puede formularse un juicio válido sobre un libro a base de su resumen. Pero, cuando menos, cabe esperar que en ese resumen figure lo que el libro tiene de más significativo y más atrayente para el lector eventual. En ese caso, ese «documento definitivo que lo revela todo». Leemos el resumen. Nos enteramos de que el autor ha descubierto «en los archivos de la Santa Sede» la prueba de que «Sí, el Papa sabía». Pero, de documento, nada. El documento es... ¡la propia tesis del Fiscal!

Un procedimiento digno de admirar.

En cambio, en ese resumen encontramos dos nuevos testigos, con su fotografía: el Almirante Canaris, ex jefe del contraespionaje nazi, y von Papen, ex embajador de Hitler en Ankara, donde mantenía estrechas relaciones con Monseñor Roncalli (el difunto Juan XXIII), que era el Nuncio de Pío XII en aquella ciudad.

El procedimiento empleado aquí no es menos notable. Debajo de la fotografía del primero, el siguiente pie: «Canaris, jefe de los servicios secretos de Hitler, *habría* informado al Vaticano de las atrocidades nazis». El acostumbrado condicional hipotético de todos los acusadores de Pío XII. Buscamos en el texto lo que justifica la afirmación: la fórmula se repite, pero sin la menor referencia. Una simple insinuación, en definitiva.

En cuanto a von Papen, el pie que figura debajo de la fotografía es afirmativo: «El embajador de Hitler *había transmitido* ciertas indiscreciones al delegado del Va-

[221]

ticano, Monseñor Roncalli». Acudimos al texto y nos enteramos de que ello ocurrió «según todas las probabilidades». En cuanto a las «indiscreciones» ni media palabra.

En el caso de von Papen, afortunadamente, sus declaraciones en Nuremberg nos permiten saber lo que pudo transmitir a Monseñor Roncalli:

«Nuestro conocimiento general era el siguiente: los judíos habían sido trasladados a unos campos de concentración de Polonia, pero no supimos nada acerca de un exterminio organizado... (3). Yo creía que debían ser deportados a Polonia, señor presidente, pero en aquella época, en 1944, ignorábamos que iban a recibir la muerte allí... no supimos que el traslado tenía una finalidad de aniquilamiento» (4).

Durante la instrucción del proceso, el 19 de septiembre anterior, von Papen había concretado que únicamente «aquí (en Nuremberg) me he enterado de todos esos crímenes» (5).

Por lo tanto, no pudo haberle comunicado a Monseñor Roncalli lo que no sabía. Pero el lector sabe, por los textos de Pío XII citados en el presente estudio (dé un modo especial sus alocuciones rituales del 2 de junio de cada año, incluida la del 2 de junio de 1945 y su carta al cardenal Preysing), que en el Vaticano se sabía todo aquello, de un modo mucho más concreto, desde mucho antes de 1944 (desde 1939 por lo que respecta a Polonia, 1941 para Eslovaquia, 1942 para Holanda, etc.). La carta del Carde-

[222]

nal Tisserant atestigua, por otra parte, que no se supo nada más, particularmente sobre Auschwitz, «hasta la llegada de los Aliados a Alemania», es decir, a finales de 1944 o comienzos de 1945.

A juzgar por ese resumen, pues, la tesis del periodista Carlo Falconi no aporta ningún elemento nuevo al debate, excepto en un punto: la de sus predecesores en el estrado de la acusación se limitaba a callar unos hechos o a interpretarlos tendenciosamente, la suya no vacila en inventar. Su única originalidad consiste en que pasa del condicional de suposición en su enunciado, al presente afirmativo en sus conclusiones.

En cuanto a los hechos reales citados por M. Carlo Falconi, no era necesario ir a buscarlos en los archivos de la Santa Sede: por haberlos encontrado en la prensa, todo el mundo los conocía perfectamente antes de que él nos los revelara. Secretos de Polichinela, en suma. Además, nadie ha sostenido nunca que Pío XII los ignoraba. Lo notable en este caso es que, a pesar de que admite que todos pronunciaron protestas diplomáticas del Vaticano (cosa que no siempre han hecho sus predecesores y que parece revelar cierta honradez en M. Carlo Falconi), nuestro autor no deja de encabezar sus conclusiones con un título sensacional: «Los verdaderos motivos del silencio de Pío XII» (6).

Exponiendo a continuación esos «verdaderos motivos» a fin de que nadie se engañe acerca de sus intenciones, M. Carlo Falconi nos advierte de buenas a primeras que

[223]

«Pío XII era extraordinariamente valeroso», que tenía «un temperamento tímido y reservado» y que «nunca se atrevió». Así, todo a la vez.

Tras formular esa idea de una lógica tan rara, añade que «los motivos aducidos en El Vicario son contrarios a la realidad», pero he aquí los que él ha encontrado:

-- «la preocupación de Pío XII por asegurar a la Iglesia, en toda Europa, la posibilidad de sobrevivir y con fuerzas suficientes para influir de una manera decisiva, en la postguerra, sobre el futuro del continente y del mundo entero»;

-- «su convicción de que el debilitamiento del nazismo, sería útil al comunismo, sobre todo teniendo en cuenta la confianza ciega que los jefes de los Aliados ponían en sus dirigentes (del comunismo)»;

--«su germanofilia, acerca de la cual se ha escrito mucho y de un modo convincente».

En virtud de lo cual, no acertamos a ver en qué se distingue esa tesis de la de los señores Rolf Hochhuth, Saül Friedländer, Jacques Nobécourt y compañía, cuyas principales acusaciones son precisamente éstas.

Por lo tanto, nos limitaremos a decir una sola palabra a propósito de M. Carlo Falconi, una palabra válida para todos los que le han precedido y para todos los que le seguirán -- habrá más de uno que le siga, sin duda alguna -- por ese carruno:

Si tales acusaciones, siempre las mismas, sostenidas por tales procedimientos, siempre los mismos, también, pueden continuar siendo puestas en circulación y reteniendo la atención del público, se debe únicamente al hecho de que los defensores de Pío XII no han tenido el

[224]

valor suficiente para elevar la discusión por encima de esta cuestión secundaria: lo que Pío XII sabía o no sabía, permitiendo que sus adversarios la convirtieran en «la clave del problema» (Carlo Falconi *dixit*) de su conducta.

Sin embargo, se sabe perfectamente que la clave de aquel problema no está allí, sino en su teoría de la Paz -- del retorno a la Paz cuando ha estallado la guerra --, expuesta de un modo muy brillante y muy adecuado, por cierto, en un libro que acaba de aparecer (7) y que, por ligeros que se hayan revelado hasta ahora algunos de los que han asumido la defensa de Pío XII, no leerían quizá sin provecho.



## APÉNDICES DOCUMENTALES

[227]

### APENDICE I

#### LO QUE SE OPINABA GENERALMENTE DE PIO XII

#### HASTA M. ROLF HOCHHUTH

*I. Le Populaire (3-III-1939).*

Jaque a Mussolini.

*El Cardenal Pacelli, vetado por el conde Ciano, ha sido elegido después de la primera sesión del Cónclave.*

*Para subrayar la continuidad de su política de paz y de resistencia al racismo, asume el nombre de Pío XII.*

Bajo ese título y esos dos subtítulos exponentes de una opinión perfectamente definida y de una satisfacción no disimulada, podía leerse en *Le Populaire* del 3 de marzo de 1939 y en primera plana, a tres columnas, un artículo

[228]

de Pierre Brossolette, el cual se felicitaba de que, en unos momentos en que la paz estaba gravemente amenazada, el Cónclave, al elegir al Cardenal Pacelli como futuro Pío XII, hubiera «aportado una contribución casi inapreciable a la salvaguardia de la paz»:

«Si el único drama que se representa en este momento no fuera el de la paz, hubiésemos podido asistir con indiferencia a la elección pontificia. Liberal o autoritaria, sabemos que la Iglesia es siempre la Iglesia, que su fe la opone a la libertad de las mentes, que son muy raros los casos en que su práctica no la ha opuesto a la libertad de los hombres. ¡Quién sabe si mañana el socialismo no pasará por la experiencia, del mismo modo que la República la ha pasado, durante tanto tiempo y tan amargamente!

»Sin embargo, la designación del sucesor de Pío XI no se inscribía en esa batalla. «*Pace! Pace!*» había murmurado al morir el difunto pontífice. No era un deseo piadoso y vano. La gravedad de la amenaza que los dictadores mantienen en suspenso sobre el mundo había ensombrecido sus últimos años. Sin duda, los daños causados por los regímenes totalitarios a los intereses espirituales y materiales de la iglesia habían agudizado en él aquella clara inteligencia del peligro; pero, ¿qué importa? Lo que cuenta es que, apenas presentado el peligro, su ardiente piedad le impulsó a erguirse contra él, y que en el curso de los últimos meses la tenaz actuación del

papado, así como su solemne condena del fanatismo y de la violencia, han aportado una contribución casi inapreciable a la salvaguardia de la paz.»

Pierre Brossolette había experimentado un gran temor:

«Sin embargo, ¿iba a hacer suya la Iglesia la clari-

[229]

videncia de su último pastor? Entre los sucesores que podían imaginarse de Pío XI, ¿iba a escoger al que parecía más capaz de continuar su política, después de haber sido su instrumento más activo y más ilustre? Las intrigas, las componendas, la presión ejercida por el gobierno fascista sobre un colegio de cardenales en su mayoría italianos, ¿no bastarían para impedir que se votara, en la persona del Cardenal Pacelli, a favor de la firme actitud manifestada por Pío XI? Todo el sentido del Cónclave dependía de la respuesta a esas preguntas.

»Se sabe, por otra parte, que el Cardenal Pacelli contaba con la desventaja de su calidad de Secretario de Estado del Papa difunto. La Iglesia no es partidaria de las dinastías. Un sólido prejuicio la inclina normalmente a no dar como sucesor de un Papa al que fue su colaborador más directo. Desde la elección de León XIII, ni el cardenal Rimpolla, ni el cardenal Merry del Val, ni el cardenal Gasparri habían conseguido vencer aquel obstáculo. El Secretario de Estado de Pío XI ha sido más afortunado: la tradición se ha roto en favor suyo, ante la necesidad de afirmar por medio de un gesto resonante la continuidad de una política dispuesta a no conceder a la violencia el derecho a turbar la paz o a dictarla.»

A pesar de las circunstancias que jugaban en contra del Cardenal Pacelli, «cuya ardiente piedad le había movido a erguirse contra el peligro representado por los regímenes totalitarios», a pesar de «las intrigas y las presiones», la respuesta del Cónclave había sido...

« ... resonante. A pesar del veto formulado por el *Telegrafo* (o tal vez a causa de ese veto), a pesar de la perseverante campaña desarrollada en los medios fascistas

[230]

contra la elección de un Papa «político», el Cardenal Pacelli ha sido elegido para el trono de San Pedro. Hecho casi único en los anales de la Iglesia, el voto le ha sido otorgado en la tercera vuelta de] escrutinio, en la primera sesión del Cónclave.

»Corridos por el fracaso, los medios fascistas italianos insinuaban anoche que, a fin de cuentas, ellos habían observado una neutralidad benevolente en favor del Cardenal Pacelli, y faltó poco para que dijeran que esperaban mucho del nuevo pontífice, dado que es más fácil entenderse con un «político» que con un «santo». No seremos precisamente nosotros quienes iratemos de desilusionarles, aunque estemos convencidos de que, si bien la actuación de los «políticos» es a veces menos impresionante que la de los «santos», tiene por lo menos la ventaja de ejercerse más útilmente, puesto que se ejerce más pronto. No necesitamos que se fulmine a las

dictaduras el día en que habrán declarado la guerra. Lo que pedimos ardientemente es que se nos ayude a impedir que la desencadenen.

»Sin embargo, en el mundo entero priva el convencimiento de que el sucesor de Pío XI contribuirá a ello con un celo tan ardiente como el del propio Pío XI. El nuevo Papa, por otra parte, ha fortalecido ese convencimiento escogiendo por nombre el que había llevado su predecesor.

»¡Ojalá Mussolini lo comprenda! ¡Ojalá lo comprenda también Hitler! Ojalá comprendan que, en la persona de su nuevo jefe así como en la de sus cardenales, el catolicismo acaba de pronunciarse de un modo inapelable contra las dictaduras y la política de la amenaza, de la violencia y de la guerra. Y ojalá la interrumpen a tiempo,

[231]

pensando que nadie en el mundo, llámese Hitler o Mussolini, puede ganar un envite en el cual tendría contra él a los pueblos y al Papa.»

Pierre Brossolette

(*Le Populaire*, 3 de marzo de 1939, p. I)

II. *L'Humanité* (3-III-1939).

**Rápida elección del Cardenal Pacelli, Pío XII, como sucesor de Pío XI.**  
***La insolente recusación lanzada contra él por los gobiernos fascistas de Berlín y de Roma ha recibido su respuesta.***

Ese título y ese subtítulo de primera plana, a tres columnas, de *L'Humanité* del 3 de marzo de 1939, no son menos significativos ni atestiguan menos satisfacción que los del *Populaire* del mismo día. El autor del artículo, Pierre-Laurent Darnar, es más categórico aún que Pierre Brossolette: «Es un Papa antirracista, amigo de la libertad de conciencia y respetuoso con la dignidad humana», el que nos presenta en la persona del Cardenal Pacelli, convertido en Pío XII:

«Con el nombre, ¿no se propone acaso continuar la acción de su predecesor, del cual fue el colaborador más directo, en su calidad de Secretario de Estado de todos estos últimos años?

»Ya que no podía separarse al Cardenal Pacelli del

[232]

Papa cuando se trataba de condenar la necedad del racismo, la persecución hitleriana, los atentados del fascismo contra la libertad de conciencia y la dignidad humana.

»Recibido por el gobierno socialista del Frente Popular con grandes honores en 1937, el Secretario de Estado de ayer -- el Papa de hoy -- es partidario del acercamiento a

las democracias para la defensa común de los bienes más elevados de los hombres amenazados o perseguidos.

»¿Cómo podían dejar de apreciar los comunistas franceses, cuyo jefe Maurice Thorez abrió su mano extendida, convertida en símbolo del llamamiento a una política de unión desde abril de 1936, una aportación a la causa de la paz y de la libertad, según las palabras de homenaje del Presidente Herriot?

»La elección del Cardenal Pacelli en la primera sesión del Cónclave adquiere aún más sentido si se tienen en cuenta las insolentes recusaciones lanzadas por Hitler y Mussolini contra su persona y contra lo que significa para ellos.

»"Demasiado amigo de Francia", decía de él con odio el *Telegrafo* del conde Ciano, dos días después de la muerte de Pío XI ... »

Los gobiernos fascistas no eran menos hostiles a la elección del Cardenal Pacelli de lo que éste se lo era a ellos:

« ... Los gobiernos fascistas hubieran querido cortar de raíz la tendencia del Vaticano, imponerse al papado, someterlo a sus órdenes. Confiaban en la elección de alguien débil, miedoso y dócil.

»Ya tienen su respuesta.

»Tanto más cortante por cuanto los cardenales italia-

[233]

nos constituyen mayoría y, para elegir al Papa vetado por Mussolini, muchos de ellos tuvieron que dar su voto sobre el terreno.

»Berlín y Roma dejan traslucir ya su furor. Los ultrajes no dejarán de llover sobre ese «judeo-marxista». Como si hubiese colusión de doctrinas, cuando en realidad los hombres se limitan a unirse para su salvaguardia y la libertad de conciencia busca el asilo de la libertad a secas.

»Pero Pío XI era ya "el Papa de Moscú" para la Gestapo: la elección de Pío XII será sin duda «una maniobra bolchevique».

» ¡Pobres gentes! El acontecimiento es mucho más profundo y significativo que todo eso.»

P. L. Darnar

(*L'Humanité*, 3 de marzo de 1939, p. 1)

Como si el artículo de P. L. Darnar no bastara, en la tercera página del mismo número de *L'Humanité* Gabriel Péri insistía en el tema bajo el título: «La reacción hitleriana».

## LA REACCION HITLERIANA

«Berlín, 2 de marzo. -- La elección del Cardenal Pacelli ha provocado una vivísima emoción en los medios políticos alemanes, en los cuales se afirma que los cardenales «han hecho un gesto insólito al elevar a un «politico profesional» al puesto supremo del mundo católico.

»Como es sabido, el nuevo Papa ha sido siempre muy atacado por los nazis.

[234]

»En efecto, el Cardenal Pacelli desempeñó un papel -- muy importante en los medios diplomáticos extranjeros de Berlín durante el período de post-guerra, y él fue quien negoció y firmó el nuevo Concordato entre la Santa Sede y Alemania después de la revolución de 1918 ... »

## SALVAR AL FASCISMO O SALVAR LA PAZ

« ... Es un hecho evidente que el Cónclave acaba de elegir al antiguo y más directo colaborador de Pío XI, a pesar de los consejos de von Bergen y de las recusaciones del *Telegrafo*. »

Gabriel Péri

(*L'Humanité*, 3 de marzo de 1939, p. 3)

[235]

## APENDICE II PIO XII POR SI MISMO

*Carta de Pío XII a Monseñor Preysing, arzobispo de Berlín*

El 30 de abril de 1943, Pío XII dirigió a Monseñor Preysing, arzobispo de Berlín, la carta siguiente:

«Nos queremos en primer lugar, venerable Hermano, agradecer los buenos deseos que nos habéis expresado, personalmente o en nombre de vuestro clero y de vuestra diócesis, en diversas circunstancias, especialmente en diciembre, con ocasión de las fiestas de fin de año, y en el aniversario de Nuestra elección para el sumo pontificado. Nos sabemos de qué corazón fiel y lleno de espíritu de fe proceden. Nos os agradecemos particularmente, a vos y a vuestros fieles, vuestras santas plegarias. En vuestra carta del 27 de febrero último, nos asegurabais vuestras encarecidas preces, con plena conciencia de que "raramente Dios había impuesto una carga tan pesada sobre los hombros de un Papa al comienzo de su pontificado, con

[236]

esta espantosa guerra mundial y todos los males y pecados que se derivan de ella". Desde luego, hay que obrar siempre con prudencia cuando se quiere comparar el presente con el pasado, y Nos no queremos en modo alguno subestimar las

preocupaciones y las miserias que han pesado sobre los hombros de Nuestros predecesores. Sin embargo, la sincera voluntad del Papa de ir, con toda imparcialidad, por delante de todas las potencias de este mundo, en el vasto y subversivo conflicto que las enfrenta, y al, mismo tiempo proteger cuidadosamente a la Santa Iglesia contra sus consecuencias... ha constituido raramente para la Santa Sede una prueba tan dura como ahora. Pero lo más angustioso son "todos los males y pecados derivados de la guerra", según vuestra acertada expresión. La crueldad de la técnica de guerra, que se desarrolla de un modo desenfrenado, hace insoportable la perspectiva de que esa matanza recíproca pueda continuar aún por mucho tiempo. Día tras día llegan a Nuestro conocimiento actos inhumanos que no tienen nada que ver con las necesidades reales de la guerra y que nos llenan de estupor y de espanto. Sólo el recurso a la plegaria al Dios que lo ve todo, junto al tabernáculo del Redentor, presta la fuerza moral necesaria para superar físicamente la impresión causada por tales actos.»

*La actitud nazi ante los esfuerzos del Papa para hacer menos inhumana la guerra:*

«Vos también habéis tenido que conocer la terrible experiencia de la guerra bajo esa forma tan penosa que

[237]

son los bombardeos aéreos. Una vez más, Nos os decimos a vos y a vuestros diocesanos hasta qué punto Nos deploramos la destrucción de la catedral de Santa Eduvigis a consecuencia del último raid sobre Berlín. Los fieles deben saber que Nos tenemos cada día una oración y una bendición especiales para los que, en uno u otro bando, caen víctimas de los bombardeos aéreos. Nos hacemos lo que está en Nuestro poder para atenuar los males de la guerra, y trabajamos sin cesar para que la población civil se vea afectada lo menos posible por ellos, sin que nos desalienten las escasas posibilidades de éxito. No es culpa Nuestra si la absoluta equidad ante los problemas planteados por la guerra Nos obliga, ahora que es Alemania la que más sufre a causa de los ataques aéreos, a llevar a cabo una discreta mediación... independientemente del hecho de que las autoridades alemanas, a raíz de la presencia en Roma del arzobispo de Nueva York, o mejor dicho, a raíz de los rumores que han circulado a propósito de su visita a Roma, han hecho saber públicamente que no estaban interesadas en los esfuerzos del Papa para hacer la guerra más humana. En nuestras gestiones para hacer la guerra más humana, Nos tenemos la misma solicitud por todas las víctimas de la guerra, por todos los que sufren material o moralmente a causa de ella. Y ellos, en Alemania al igual que en el resto del mundo, ponen su esperanza en Nuestra ayuda.

»Nos habríamos deseado vivamente que Nuestro servicio de noticias de los prisioneros pudiera aprovechar a Alemania lo mismo que a los otros países. A raíz de las peticiones de intervención dirigidas a la Santa Sede, y a las cuales a menudo otras autoridades no hubiesen podi-

[238]

do contestar, fue desarrollándose ese servicio hasta convertirse en lo que es ahora. Al mismo tiempo que Nuestras otras obras de guerra -- y Nos damos gracias a Dios, por ello --, ha tenido ocasión de hacer mucho bien. Nos no llegamos a comprender qué motivo ha podido impulsar a las autoridades alemanas a prohibir que las obras, pontificias tuvieran acceso al territorio alemán. Esa prohibición se ha lamentado particularmente aquí cuando se ha tratado de un millar de noticias relativas a

prisioneros, alemanes, dirigidas a Nuestro servicio para ser transmitidas a sus familias en Alemania. Nos lo hemos conseguido finalmente, pero de un modo desviado y con las mayores dificultades. Desde el otoño de 1942 llegan de Alemania, en número siempre creciente, peticiones a propósito de desaparecidos o de prisioneros que se encontraban en el frente ruso, sobre todo en Stalingrado. Esas peticiones expresan una angustia conmovedora. Por Nuestra parte, llevaremos a cabo todas las gestiones posibles para tener noticias de los prisioneros que se encuentran en Rusia, pero, desdichadamente, hasta ahora no hemos obtenido ningún resultado.»

*Las cartas pastorales de los obispos alemanes.*

«Nos os estamos muy reconocidos, venerable Hermano, por las palabras claras y sinceras que, en diversas circunstancias, habéis dirigido a vuestros fieles, y a través de ellos al público. Nos pensamos, entre otras, en vuestras declaraciones del 28 de junio de 1942 sobre el concepto cristiano del derecho; del domingo de difuntos de noviem-

[239]  
bre último sobre el derecho de cada hombre a la vida y al amor; Nos pensamos especialmente en vuestra carta pastoral del Adviento, que ha sido asimismo adoptada por las provincias eclesiásticas alemanas del Oeste, sobre los derechos soberanos de Dios, los derechos del individuo y de la familia.

»Que nadie crea que las valerosas tomas de posición de los obispos perjudican a vuestra patria ante la opinión pública mundial cuando aquéllos reivindican cerca de su gobierno los derechos de la religión, de la Iglesia y de la persona humana en favor de los que se encuentran sin defensa y oprimidos por la fuerza pública, sean o no las víctimas hijos de la Iglesia. Lejos de comprometer a vuestra patria, esa valerosa defensa del derecho y de la humanidad le valdrá, a ella y a vosotros, el respeto de la opinión mundial, y podrá, en el futuro, revelarse como beneficosa.

»Como Pastor supremo de los fieles, Nos tenemos la preocupación de que las convicciones y la fe de vuestros católicos permanezcan al margen de compromisos con unos principios y unos actos contrarios a la ley de Dios y al espíritu de Cristo, y que en ocasiones incluso representan un escarnio de esa ley y de ese espíritu. Para citar un ejemplo reciente, fue para Nos un consuelo enterarnos de que los católicos, especialmente los de Berlín, habían dado pruebas de mucha caridad, ante los sufrimientos de los «no-arios». Nos aprovechamos la ocasión para expresar Nuestro paternal reconocimiento y Nuestra profunda simpatía a Monseñor Lichtenberger, que se encuentra en prisión.

»Pero nos duele el solo pensamiento. de que paulatinamente, y tal vez inconscientemente, esos conceptos pue-

[240]  
dan penetrar en la mentalidad de los católicos, en particular de los jóvenes, por la fuerza de la costumbre y de una incesante propaganda. Vos sabéis que la Santa Sede ha considerado las cuestiones litúrgicas que se han planteado en vuestra patria como suficientemente importantes para ocuparse de ellas. Sin embargo, Nos reconocemos que concedemos infinitamente más importancia al hecho de que las conciencias cristianas sean protegidas contra todos esos venenos que las amenazan. ¿De qué servirá hacer más bella la liturgia de la Iglesia si, fuera de la Iglesia, el pensamiento y los actos de los fieles se hacen, en su vida, extraños a la ley y al amor de Cristo?»

*Los motivos de la reserva del Papa.*

«En lo que atañe a las declaraciones episcopales, Nos dejamos a los pastores en función sobre el terreno el cuidado de apreciar si, y en qué medida, el peligro de represalias y de presiones, así como tal vez otras circunstancias debidas a la duración y la psicología de la guerra. aconsejan la reserva -- a pesar de los motivos que existieran para intervenir --, a fin de evitar males mayores. Ese es uno de los motivos por los cuales Nos mismo Nos imponemos unos límites en Nuestras declaraciones. La experiencia adquirida en 1942, al dejar reproducir libremente para uso de los fieles unos documentos pontificios, justifica Nuestra actitud, en la medida en que Nos podemos apreciarlo.

»Nos os hemos hablado extensamente de esas cuestiones, no porque tengáis necesidad de Nuestra exhortación

[241]

para obrar, sino porque conocemos vuestro valor y vuestra gran preocupación por el honor de la Santa Iglesia, por una parte, y por otra parte, porque sabemos que juzgáis la situación con prudencia y sanfre fría. Para el representante de Cristo, el sendero por el cual debe caminar para mantener el justo equilibrio entre las exigencias contradictorias de su cargo pastoral es cada vez más abrupto y pedregoso.

»Nos pensamos en las medidas contra la Iglesia de que Nos habéis informado en vuestra carta: confiscación de bienes eclesiásticos, ocupación de vuestro seminario de Hedwigshoehe, limitación o prohibición del apostolado cerca de los polacos deportados a Alemania, o de la enseñanza religiosa de los niños polacos, etc. Todo ello no es más que una parte del amplio plan destinado a ahogar la vida de la Iglesia sobre el territorio donde se ejerce la autoridad alemana. La más duramente castigada, como sabéis, es la Iglesia católica de la Warthegau. Nos sufrimos vivamente por la angustia indescriptible de los fieles de aquella región, tanto más por cuanto todas las tentativas de intervención en favor suyo cerca del gobierno han chocado con una negativa brutal. Las consideraciones de que Nos os hablábamos más arriba -- y, en el caso particular de la Warthegau, sobre todo el temor de que lo que en ella subsiste de vida pastoral se vea a su vez amenazado --, Nos han contenido hasta ahora en Nuestro deseo de denunciar abiertamente la situación en que se encuentra la Iglesia.

»Nos Estamos relativamente bien informados acerca de la situación y la suerte de los sacerdotes que se encuentran en campos de concentración, entre los cuales los

[242]

polacos son con mucho los más numerosos. Si se presentara la posibilidad, habría que hacer saber a cada sacerdote y a sus compañeros de cautiverio que son objeto de Nuestra más profunda simpatía, que en estos tiempos de sufrimientos y de crueldades pocos destinos están tan cerca de Nuestro corazón como el suyo, y que Nos rezamos mucho cada día por ellos.

»Nos tenemos ante Nuestros ojos el texto de la memoria dirigida por el episcopado alemán al gobierno del Reich. Vos podéis ver ahora por vos mismo las pocas posibilidades de éxito que puede tener una súplica confidencial dirigida al gobierno. Sin embargo, al margen de la acogida que pueda tener, esa memoria servirá para justificar al episcopado alemán ante el mundo después de la guerra.»



### *La actuación de la Santa Sede en favor de los judíos.*

«Para los no-arios católicos, así como para aquellos de confesión judía, la Santa Sede ha ejercido en la medida de sus responsabilidades una acción caritativa en el terreno material y moral. Por parte de los organismos de ejecución de Nuestras obras de socorro, aquella acción ha exigido mucha paciencia y mucho desinterés para responder a la petición -- incluso podría decirse a las exigencias -- de los que solicitaban ayuda, y también para superar las dificultades diplomáticas que surgían. No hablemos de las elevadas sumas que Nos hemos tenido que pagar en moneda americana por los transportes por barco de los emigrantes. Nos hemos entregado esas sumas [243]

de buena gana, ya que aquellas personas se encontraban en la desgracia. Han sido entregadas por amor, de Dios, y Nos no hemos esperado en ningún momento el reconocimiento aquí abajo. Sin embargo, unas organizaciones judías han dado calurosamente las gracias a la Santa Sede por sus operaciones de salvamento.

»En Nuestro Mensaje de Navidad, Nos hemos hablado de lo que se lleva a cabo actualmente contra los no-arios en los territorios sometidos a la autoridad alemana. Fueron pocas palabras, pero han sido perfectamente comprendidas. No hace falta decir que Nuestro Amor y Nuestra solicitud paternales son hoy mayorías en lo que respecta a unos católicos no-arios o semiarios, hijos de la Iglesia como los otros, cuando se hunde su existencia exterior y conocen la miseria moral. Desgraciadamente, en el actual estado de cosas, Nos no podemos prestarles más ayuda eficaz que Nuestras oraciones. Sin embargo, Nos estamos decididos, de acuerdo con lo que las circunstancias señalarán o permitirán, a elevar de nuevo Nuestra voz en favor suyo.»

### *La educación nazi*

«Nos hemos oído estos últimos días cosas muy consoladoras a propósito de la inquebrantable fidelidad de los católicos alemanes a su fe y a su Iglesia. Por encima de todos los motivos de inquietud y de esperanza, el único problema grave que queda para Nos en lo que respecta al futuro es éste: después de haber sido completamente sometida a la influencia y a la educación de un sistema [244]

cerrado, ajeno al cristianismo, emanadas de la organización del partido y de las prescripciones ya conocidas del futuro *Volksgesetzbuch*, ¿cómo podrá la juventud católica, la generación que sube, conservar y transmitir intacta su fe católica? Nuestro consuelo Nos lo encontramos únicamente en aquella promesa de la Escritura: «Dios es fiel; no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas. Con la tentación, os dará el medio para salir de ella y la fuerza para soportarla» (I Cor. 10-13).

»En prenda ese "medio para salir de ella", Nos os damos "bajo el signo de la Cruz", tal como vos decíais en vuestra carta pastoral del último "Domingo del Papa a vos mismo, venerable Hermano, a vuestros colaboradores en el apostolado y a todos vuestros diocesanos, con afecto paternal y de todo corazón, la Bendición apostólica implorada» (8).

[245]

## APENDICE III

### LOS PRINCIPALES ARGUMENTOS DE LOS

#### DEFENSORES DE PIO XII

MAÏMONIDE (Boletín del Ateneo israelita, de Bruselas, núm. 2, junio de 1963).

Los hechos fueron tales que, a partir de 1937, los periódicos alemanes pudieron escribir: «Pío XI era medio judío, el cardenal Pacelli (Pío XII) lo es del todo».

Edith Mutz.

Dr. Safran, gran rabino de Rumania:

La mediación del Papa «salvó a los judíos del desastre, en el momento en que la deportación de los judíos estaba decidida».

*Maimonide, loc. cit.*

Paul Kletzki, dirigió en Roma, el 26 de mayo de 1955, a noventa y cuatro músicos judíos, originarios de catorce países, que fueron allí para interpretar la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

[246]

«En prueba de agradecimiento a la grandiosa obra humanitaria llevada a cabo por Su Santidad para, salvar a un gran número de judíos durante la Segunda Guerra Mundial.»

M. Pinhas Lapide, cónsul de Israel en Milán (de la época de Pío XII:

«El Papa, personalmente, la Santa Sede, los nuncios y toda la Iglesia católica han salvado de 150.000 a 400.000 judíos de una muerte segura. Cuando fui recibido en Venecia por Monseñor Roncalli, posteriormente convertido en Juan XXIII, y le expresé el agradecimiento de mi país por su actuación en favor de los judíos en su puesto de nuncio en Estambul, me interrumpió varias veces para recordarme que había obrado obedeciendo órdenes concretas de Pío XII. Por otra parte, no concibo la actual campaña contra Pío XII, después de los homenajes que le han sido rendidos aquí, en Israel, durante muchos años. Inmediatamente después de la liberación de Roma, formé parte de una comisión de soldados de la brigada palestina que fue recibida por el Papa y que le transmitió la gratitud de la Agencia Judía, organismo dirigente del Movimiento sionista mundial, por lo que había hecho en favor de los judíos.»

M. Pinhas Lapidé subraya que el día de la muerte Pío XII, la señora Golda Meyer, ministro israelí de Asuntos Exteriores, había dado las gracias cordialmente a Pontífice «porque su voz se había alzado en favor de los judíos». «Con la palabra "voz" -- continúa M. Lapide --, la señora Meyer aludía evidentemente a las numerosas manifestaciones del Papa en favor de los judíos, y consi-

[247]

deraba a aquella voz mucho más valiosa que una protesta pública. Una cosa es

evidente: numerosos jefes de Estado y príncipes de la Iglesia --incluso de otras Iglesias cristianas -- que se hallaban en condiciones de ayudar al judaísmo con palabras y con hechos, hicieron mucho menos que Pío XII contra la «crucifixión de innumerables hermanos del Señor.»

*Le Monde*, 3 de enero de 1964.

«Se quejan de que el Papa no habla. No puede hablar si hablara, sería peor.» Citando esas palabras que pronunció Pío XII en el curso de una entrevista que sostuvo con él, el P. Paolo Dezza, ex rector de la Universidad gregoriana, señala que el arzobispo de Cracovia, cardenal Adam Sapieha, y otros obispos polacos, hicieron saber al Santo Padre que era preferible no publicar las cartas que le habían dirigido para denunciar las atrocidades nazis, a fin, decían, de no empeorar la suerte de las víctimas. El religioso recuerda a continuación que el gran rabino de Roma, M. Zoll, se hizo bautizar, después de la liberación de la Ciudad Eterna, en agradecimiento a lo que el Papa había hecho por sus correligionarios. Añade que M. Zoll, después de haber recibido el bautismo, fue quien solicitó de Pío XII la eliminación de la palabra «pérfidos» calificando a los judíos en la liturgia de la Semana Santa.

Los periódicos del 2 al 5 de enero de 1964.

El gran Rabino Ullmann visita después de la liberación al cardenal Van Roey para darle las gracias por

[248]

haberle salvado personalmente de la deportación y por lo que hizo en favor de los judíos de Holanda.

En Eslovaquia, las «presiones» de la Santa Sede a partir de 1941 obtienen «la interrupción de las deportaciones de los judíos en el verano de 1943 y la supervivencia de la cuarta parte de ellos».

El gran Rabino de Roma, Israel Zoll, se convierte y se hace bautizar con el nombre de Eugenio, que es el nombre de pila de Pío XII, para expresar su agradecimiento al Santo Padre. «El 29 de septiembre de 1945 se vio entrar en el Vaticano a un grupo de judíos de rostro marcado por el sufrimiento: 70 escapados de los hornos crematorios acudían a dar las gracias a Pío XII por su actitud durante la guerra».

*Maimonide*, junio de 1963.

El fiscal general Robert M. W. Kempner, declara:

M. Robert M. W. Kempner, israelita alemán y ex fiscal general norteamericano en el proceso de Nuremberg, ha hecho, a propósito de la obra teatral de Rolf Hochhuth, *Der Stellvertreter*, las declaraciones siguientes. Se basa en documentos oficiales, así como en entrevistas particulares:

«1. Sólo un rápido hundimiento militar del régimen hitleriano, y no una protesta de Pío XII, que no podía apoyarse en fuerzas armadas, hubiese podido salvar del exterminio a los judíos europeos que hasta entonces se habían salvado. Esto lo sabía perfectamente el Papa, del mismo modo que lo sabían Franklin D. Róosevelt y Wins-

[249]

ton Churchill. Si Pío XII llegó a aquel convencimiento, se debió a que estaba informado y tenía conocimiento de ciertos hechos, de los cuales sólo citaremos algunos:

2. -- En 1942 y 1943, el presidente Roosevelt, los gobiernos en el exilio y la «Declaración de Moscú» habían amenazado oficialmente con un castigo a los asesinos de los judíos y otros criminales. Pero aquella amenaza no surtió efecto. El régimen nazi no se dejó intimidar y, tal como supimos en Nuremberg, sus funcionarios anotaron al margen de la declaración observaciones tales como «Me siento muy honrado» o «Para archivar».

3. -- El Papa, desgraciadamente, sólo había cosechado resultados negativos en lo que respecta a sus numerosas protestas relacionadas con-- las persecuciones infligidas a sacerdotes católicos y a ciertos judíos. Aquellas protestas no surtieron efecto, y el Servicio de Seguridad del Reich, así como los engranajes de la «justicia' nazi », asesinaron en Alemania' en Austria, en Polonia, en Francia y en otros países ocupados, a más de 3.000 sacerdotes católicos, tal como atestigua una *Chronique des prêtres martyrs* publicada por la señora B. M. Kempner.

4. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores del Tercer Reich, Joachim von Ribbentrop, que en varias ocasiones había dado unas respuestas falaces a las intervenciones y a las protestas del Papa, se enteró de que el Vaticano preveía una toma de posición oficial sobre esas cuestiones, envió al embajador de Alemania cerca del Vaticano, Ernst von Weizsäcker, la nota conminatoria siguiente (telegrama núm. 181, del 24 de enero de 1943):

«Si el Vaticano llegara a tomar posición contra Alemania en el terreno político o en el de la propaganda,

[250]

sería indispensable darle a entender de un modo inequívoco que un empeoramiento de las relaciones (entre Alemania y la Santa Sede) no acarrearía perjuicios únicamente a Alemania: el gobierno del Reich, en efecto, dispone de un material de propaganda suficientemente eficaz y de posibilidades de acción lo bastante amplias para responder adecuadamente a toda tentativa de ataque del Vaticano contra Alemania».

5. Lo más tarde después de la victoria de Hitler, debían ser tomadas determinadas medidas, entre ellas las siguientes: a), cada Estado católico debería elegir su propio Papa; b), el obispo de Munster sería fusilado (9); c), la peste judeo-cristiana sería eliminada rápidamente. Estas declaraciones de Hitler, y otras por el estilo, están sacadas de párrafos todavía inéditos del *Diario* de Alfred Rosenberg (Cf. la revista *Der Monat*, núm. 10, 1949). El propio Rosenberg atrajo, en 1943 la atención sobre este punto: «El Vaticano continúa incansablemente su trabajo de zapa».

6. Debido al hecho de aquella toma de posición y del avance de los Aliados, Pío XII no podía elevar una protesta oficial. Era preferible, por el contrario, actuar por medio de los arzobispos, de las intervenciones locales adecuadas, como por ejemplo en Eslovaquia, en Hungría y en algunos otros países. El mismo Papa debía callarse oficialmente, obrar oficiosamente (tal como lo hizo, por otra parte) y esperar un rápido avance de los Aliados. Toda intervención oficial, no sólo hubiese equivalido a

un «suicidio provocado», como había declarado Rosen-  
[251]

berg, sino que hubiera apresurado la ejecución de un mayor número de judíos y de sacerdotes católicos».

*Katholische Nachrichten Agentur*, núm, 22, 1963.

Maurice Edelman, presidente de la Asociación anglo-judía y diputado laborista:

«Londres, 21 de enero. -- M. Maurice Edelman, diputado laborista, presidente de la Asociación anglo-judía, ha declarado hoy en un discurso en el Consejo londinense de la Asociación, que la intervención de Pío XII había permitido salvar a decenas de millares de judíos durante la guerra. Ha revelado que el Papa le había recibido, después del final de la guerra, y le había anunciado haber dado secretamente órdenes al clero católico para proteger a los israelitas de la persecución *nazi*».

*Gazette de Liège*, 23 de enero de 1964.

Armand Baruch ha editado en los Estados Unidos un folleto publicado especialmente por la importante sociedad judía Bnai Brith, para defender la memoria de Pío XII:

«Rompo el silencio porque, en los meses en que se desarrolla la acción del *Vicario*, yo era miembro de la embajada alemana cerca de la Santa Sede, y porque creo, con mi experiencia de doce años de nazismo y de terror, poder contribuir a establecer un juicio sobre los hechos romanos.

»La tarea de nuestro embajador cerca del Vaticano no era fácil. En su histerismo, Hitler era capaz de cualquier crimen. Siempre había previsto la posibilidad de hacer prisionero al Papa y de deportarlo al «Gran Reich»... en  
[252]

el Período que va de septiembre de 1943 a junio de 1944, es decir, hasta la llegada de los Aliados. Si el Papa se hubiese opuesto a aquella medida, era posible que se le liquidara «cuando trataba de huir», como sé anunció en aquellos momentos a propósito de ciertos muertos... *auf der Flucht erschossen!*

»Nosotros creíamos que nuestro principal deber consistía en evitar al menos aquel crimen (el asesinato del Papa), villanía que habría sido perpetrada en nombre del pueblo alemán.

»M. von Weizsäcker tenía que luchar en dos frentes: recomendar a la Santa Sede -- al Papa, en consecuencia -- que no emprendiera ninguna acción desconsiderada, es decir, una acción de la cual tal vez no percibía sus últimas y catastróficas consecuencias... Por otra parte, debía tratar de convencer a los nazis, por medio de informes diplomáticos redactados con arte, de que el Vaticano daba muestras de «buena» voluntad y de que las innumerables acciones particulares de la Santa Sede en favor de los judíos eran cosas insignificantes, que no debían ser tomadas en serio.

»Todos los miembros de la embajada alemana cerca del Vaticano, aunque de opiniones distintas sobre la situación, estábamos de acuerdo, sin excepción, acerca de un punto: una protesta solemne de Pío XII contra la persecución de los judíos le

hubiese expuesto, probablemente, a él y a toda la curia romana, a un peligro muy grave; y, desde luego, en el otoño de 1943, aquella protesta no hubiese salvado la vida a ningún judío. Una vez desencadenado, Hitler reaccionaba de un modo tanto más terrible cuanto más resistencia encontraba ... »

Albrecht von Kessel,

colaborador de von Weizsäcker, embajador de Alemania cerca del Vaticano. (*Osservatore della Domenica*, 28 de junio de 1964).

Sería injusto dejar de citar los dos libros: *Pour ou contre «Le Vicaire»*, de Dom Claude Jean-Nesmy (Desclée de Brouwer) y *Pie XII, le Pape outragé*, de Alexis Curvers (Robert Laffont), los cuales, aunque dejen de lado el verdadero problema histórico, no dejan de constituir dos notables alegatos filosóficos. Se los recomendamos al lector.

[255]

## APENDICE IV

### EL CARDENAL MERRY DEL VAL Y LA

#### PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El 27 de julio de 1914, el conde Palffy, consejero de la embajada de Austria en el Vaticano, acudió a informarse cerca del secretario de Estado de Pío X, de sus impresiones sobre el ultimátum a Serbia del 23 de julio. A partir del día siguiente, 28 de julio, empezaron a circular unos rumores según los cuales el cardenal había «expresado la esperanza de que la Doble Monarquía iría hasta el final», es decir, a la guerra. Inmediatamente, anotó en un diario la entrevista que sostuvo con el conde Palffy, para sí mismo y para la historia.

«Vino a mi casa para conocer mis impresiones sobre el ultimátum a Serbia. Le dije que me parecía muy duro. «¿Vuestra Eminencia cree que Serbia lo aceptará?», me preguntó el conde. «Lo dudo mucho -- contesté --, sobre todo en algunos puntos» (10). «¡Tedo o nada!», exclamó el

[256]

conde. «En tal caso, es la guerra», dije. «Sí -- replicó el conde --, y espero que Serbia no la aceptará». «Siendo así, existe el peligro de una conflagración general», observé: «Que venga la catástrofe, será preferible a continuar en la situación actual», dijo el conde. Me limité a contestar que aquello me parecía muy grave. Es cierto que **después del crimen atroz de Sarajevo le dije al conde Palffy que Austria debía mantenerse firme y que tenía derecho a las más solemnes reparaciones** (11) y a salvaguardar su existencia, pero no expresé en ningún momento la esperanza o la opinión de que Austria recurriese a las armas. No se dijo nada más. Esta es la verdad» (12).

He aquí ahora el texto del despacho que el conde Palffy envió, el 29 de julio, al conde Berclitold, ministro austro-húngaro de Asuntos Exteriores:

«Durante la conversación que sostuve, hace dos días, con el cardenal secretario de Estado, éste salió a hablar espontáneamente de los grandes problemas y de las gran-  
[257]

des cuestiones que agitan a Europa en este momento. Hubiese resultado imposible captar en las palabras de Su Eminencia un espíritu de indulgencia y de conciliación. Calificó, es cierto, de muy dura la nota a Servia, pero de todos modos la aprobó sin ninguna reserva y expresó, al mismo tiempo, de manera indirecta, la esperanza de que la Monarquía iría hasta el final: Desde luego, añadió el Cardenal, era una lástima que Servia no hubiese sido humillada más pronto, ya que entonces hubiera podido hacerse sin poner en juego, como hoy, unas posibilidades tan inmensas. Esta declaración corresponde también al modo de pensar del Papa, ya que en el curso de estos últimos años Su Santidad ha expresado varias veces su pesar por el hecho de, que Austria-Hungría dejara de castigar a su peligroso vecino danubiano» (13).

La comparación de esos dos textos dice todo el crédito que puede concederse a los mensajes por medio de los cuales los embajadores dan cuenta a sus gobiernos de las conversaciones que han sostenido con los personajes calificados de los países donde están acreditados, mensajes que en el caso de la acusación lanzada contra Pío XII son todo el argumento de M. Saül Friedländer.

En sus *Memorias*, publicadas en 1923, el conde Sforza, que fue embajador de Italia en París antes del fascismo y ministro de Asuntos Exteriores de aquel país en 1945, cita el despacho del conde Palffy, para demostrar que «el Vaticano vio con satisfacción, al menos al principio, una empresa (la guerra) que al producir el aplastamiento de Servia significaría una disminución de la influencia de  
[258]

Rusia», porque veía en esta última «el principal obstáculo a una reconciliación de la Iglesia de Oriente con la Sede de Roma». Pero no cita la puntualización del Cardenal Merry del Val, que por otra parte le era desconocida, ya que no fue publicada hasta el 23 de mayo de 1936. En cambio, cita otro despacho fechado el 26 de julio de 1914, del barón Ritter, representante de Baviera en el Vaticano, despacho que corrobora en estos términos el del conde Palffy: «El Papa aprueba que Austria proceda severamente contra Servia. No tiene en mucho a los ejércitos de Rusia y de Francia en caso de guerra contra Alemania. El cardenal secretario de Estado espera que, esta vez, Austria no cederá. No concibe cuándo hará la guerra Austria si ahora no se decide a rechazar por medio de las armas una agitación extranjera que ha conducido al asesinato del heredero del trono y que, después de todo, amenaza en las condiciones actuales la existencia de Austria. Todo esto demuestra también el miedo que el paneslavismo inspira a la Curia» (14).

El cardenal Merry del Val no pasó en silencio esa acusación. He aquí su respuesta:

«El recuerdo de los días angustiosos entre el 29 de junio y el 20 de agosto de 1914 continúa tan vivo en mí que recuerdo todo lo que dije en mis conversaciones, sea con el barón Ritter, sea con otros diplomáticos, y el cuidado con que medí mis palabras. Es cierto que después del horrible crimen de Sarajevo, declaré varias veces que Austria debía mantenerse firme, que tenía pleno derecho a las reparaciones más

solemnes y a salvaguardar eficazmente su

[259]

existencia. Pero no utilicé para nada las expresiones que me son atribuidas en los telegramas del barón Ritter, ni expresé nunca la esperanza de que Austria recurrese a las armas. Esto constituye una glosa y una interpretación que no admito en absoluto» (14).

Los señores Pierre Dominique (15) y Jacques Nobécourt (16), que en 1964 conocían todos esos textos, los citan y están de acuerdo, los dos, en que los despachos del conde Palffy y del barón Ritter son sospechosos, en que la versión del cardenal Merry del Val, en cambio, no lo es. Pero, a la hora de la verdad, subrayan la frase «mantenerse firme» (*tener forte*, en el original) como si hubiese sido pronunciada el 27 de julio de 1914 y no, como dice el cardenal, «después del crimen atroz de Sarajevo».

Para llegar a la conclusión de que la responsabilidad del Vaticano, en el primer conflicto mundial, está comprometida.

[261]

## APENDICE V

### EL PROBLEMA DE LAS REPARACIONES

#### DEBIDAS POR ALEMANIA

En el actual estado de cosas, un acuerdo firmado en Londres el 27 de febrero de 1953 entre los antiguos Aliados y Alemania pospuso hasta el momento de la firma del Tratado de Paz con la Alemania reunificada el arreglo de todas las reivindicaciones que podrían serle presentadas por todos los países que se consideran perjudicados por ella a causa de la guerra. A cambio de lo cual, la Alemania occidental aceptó indemnizar inmediatamente a todas las personas expoliadas o perseguidas por motivos de raza, de religión o de *opinión política*, aceptación que se tradujo en unas leyes de indemnización (*Entschädigungsgesetz*) y de restitución (*Reicherstattungsgesetz*), concretadas en diversas ocasiones por unas leyes complementarias (*Bundesergänzungsgesetz*), especialmente el 1 de octubre de 1953, el 29 de junio de 1956, el 19 de julio de 1957 y, recientemente, el 24 de junio de 1964. Cabía esperar que la Alemania del Este se asociara a esas medi-

[262]

das. Pero no lo ha hecho. Hasta el punto de que por todas partes se preparan facturas, unas en nombre de Estados perjudicados, a presentar, al menos teóricamente, en el momento de la conclusión del Tratado de Paz, del cual se espera que consagrará definitivamente la actual división de Alemania, lo que significa que la del Oeste será la única en pagar, otras en nombre de las víctimas individuales del nazismo, que pueden presentarse ya al cobro únicamente en la Alemania occidental.

En lo que respecta a las primeras, sólo han sido hechas públicas las de Yugoslavia (70 mil millones de dólares, nos dice *L'Express* del 20 de febrero de 1964) y Grecia (20 mil millones de dólares). No cabe duda de que cuando Rusia y sus satélites hayan



elaborado las suyas, la cuenta presentada a Alemania, reunificada o no, será de órdago.

Entre las segundas figuran las indemnizaciones por daños físicos (muertes, derechohabientes, invalidez etcétera) y daños materiales (robos de bienes) causados a las víctimas del nazismo. A raíz de unos acuerdos establecidos en Luxemburgo el 10 de septiembre de 1952 entre la Alemania occidental, por una parte, y la *Conférence on Jewish Material Claims against Germany* y el Estado de Israel, por otra, acuerdos que posteriormente han sido concretados por todas las leyes sucesivas anteriormente citadas, la Alemania occidental fijó en 5.000 marcos (1.250 dólares) la indemnización por daños físicos a que tenía derecho cada una de las víctimas del fascismo, o, en caso de muerte, 3.000 marcos (750 dólares) por cada uno de los derechohabientes. Y, en el curso del año 1964, todas las víctimas del nazismo, judías o no, han sido índemnizadas a ese tenor.

[263]

Con los tres mil millones de marcos, pagaderos en diez anualidades, que le han sido concedidos por los acuerdos de Luxemburgo, y que posteriormente diversas negociaciones (de un modo especial la que el proceso Eichmann hizo inevitable en 1960-61) han ascendido a cuatro, pagaderos en quince anualidades, el Estado de Israel, que se ha instituido en heredero de los 6 millones de judíos dados como exterminados por los nazis y se considera perjudicado en 1.250 dólares por cada uno de ellos, se encuentra con que no le salen las cuentas. De ahí sus perpetuas reclamaciones en el sentido de un aumento de la indemnización que le ha sido otorgada. Si obtiene satisfacción...

Por su parte, la *Conférence on Jewish Material Claims against Germany* no pierde de vista el problema de la restitución por Alemania de los bienes que ha sido acusada de haber robado a los judíos del mundo entero. Reunida en Bruselas los días 8, 9 y 10 de marzo de 1964, ha hecho balance de las sumas que Alemania tendrá que restituir a los judíos del mundo entero a ese título, y *La Terre retrouvée* (1 de abril de 1964) nos da las cifras, expresadas en millones de dólares:

Judíos alemanes. . . . .	2.000
eslovacos . . . . .	140
polacos . . . . .	3.000
belgas. . . . .	.600
rumanos . . . . .	1.000
checoslovacos . . . . .	.650
húngaros . . . . .	570
franceses . . . . .	.950
holandeses . . . . .	.450
griegos . . . . .	120
Total. . . . .	9.498

[264]

En números redondos: 10 mil millones de dólares (17).

De acuerdo con los datos conocidos y muy incompletos, el total general que se obtiene alcanza ya a proporciones astronómicas: ¡más de 100 mil millones de dólares!

Estremece pensar a cuánto ascenderá el total cuando todo el mundo haya presentado su factura.

En comparación, y ta: como ya he dicho, lo que se reclamó a Alemania por el Tratado de Versalles era una bagatela.

La prueba es evidente.

## NOTAS

- 1) 31 de mayo de 1965.
- 2) En las Ed. du Rocher.
- 3) Actas de los debates del proceso de los grandes criminales de guerra, 19 de junio de 1946, t. XVI, p. 438.
- 4) *Id.*, p. 439.
- 5) *Id.*, p. 354.
- 6) *Candide*, 7 de junio de 1965.
- 7) *Théorie de la Paix selon Pie XII*, por G. Herberichs, Ed. Pédone.
- 8) El texto de esta carta ha sido publicado en la *Documentation catholique* del 2 de febrero de 1964. M. Saül Friedländer la ha citado también en su libro *Pío XII y el Tercer Reich*.
- 9) Monseñor von Galen, conocido por su oposición al régimen hitleriano.
- 10) A fin de que no quede ninguna duda acerca del sentido de la pregunta que antecede y de esta respuesta, importa subrayar que la conversación tuvo lugar el 27 de julio, que el ultimátum a Servia data del 23 de julio, que esta última lo aceptó salvo en un punto que llevaba implícitos una infinidad de puntos de detalles, que, el 27 de julio, las conversaciones diplomáticas entre la Doble Monarquía y Servia tenían como objetivo, por parte de la primera, inducir a Servia a ceder en toda la línea que a consecuencia de aquellas conversaciones diplomáticas con de Palfy solicitó la opinión del Cardenal. Se sabe que las conversaciones fracasaron y que, al día siguiente, 28 de julio, Austria-Hungría atacó a Servia.
- 11) Subrayado por nosotros para destacar que no fue el 27 de julio cuando el Cardenal aconsejó a Austria que se mantuviera firme, cosa que hubiese significado su asentimiento a la guerra, sino el 28 de junio. El 27 de julio, sus palabras inducen a la conciliación, tal como el lector puede apreciar por el texto, que no es nada dudoso.
- 12) Citado según el *Osservatore Romano* del 23 de mayo de 1936.
- 13) *Memorias* del Conde Sforza.
- 14) *Osservatore Romano*, 22 de octubre de 1923.
- 15) *Crapouillot*, abril de 1964, p. 61.
- 16) *Op. cit.*, p. 120.
- (17) A este propósito una controversia entre organizaciones judías que se desarrolló en varios números del periódico *Le Monde* (11, 19 y 29 de marzo de 1964) nos permite

enterarnos de que las anualidades entregadas hasta ahora por Alemania a la *Conference on Jewish Material Claims against Germany* no eran repartidas entre las víctimas del nazismo sino, por rotación, entre las organizaciones judías adheridas a aquel organismo. Este año por ejemplo, le ha tocado la vez a las organizaciones judías de Francia. El dinero está destinado a «ayudar a la reconstrucción de la vida judía» (edificar sinagogas, subvencionar organizaciones juveniles, etc.). Así, tal como nos informa el Presidente de las organizaciones judías de Francia (*Le Monde*, 19 de marzo de 1964, el Dr. Nahum Goldman ha recibido *cientos de millones de dólares* (!) para la organización judía norteamericana de la cual es Presidente y ninguno de cuyos miembros sufrió el menor perjuicio por parte de Alemania. De cuando en cuando nos enteramos también de que, sin haber sufrido el menor daño: un israelita se hace inmoral por un supuesto robo... establecido mediante un falso testimonio: escándalos Auerbach, Deutsch, etcétera. Un gangsterismo sin freno. El reinado de la inmoralidad en todo su esplendor. ¡Qué importa! Alemania paga... la Alemania occidental, únicamente.